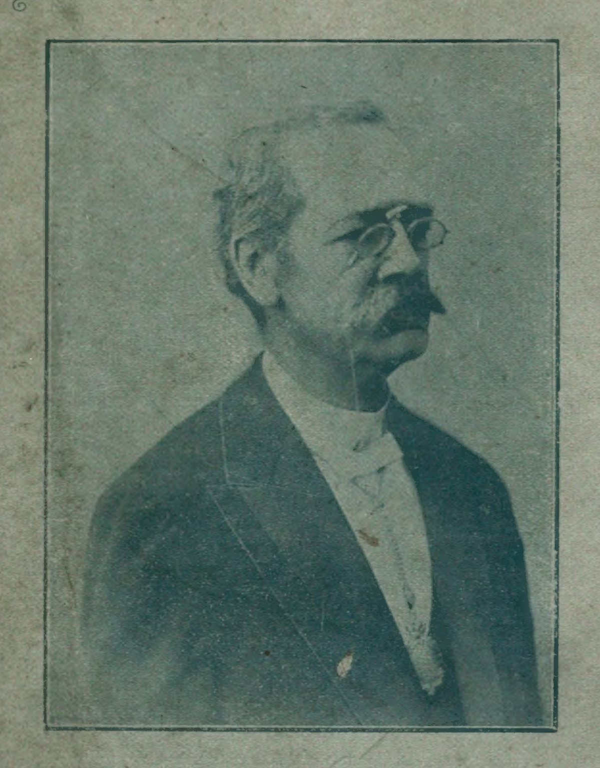

3 1761 04253 8165

POESÍAS COMPLETAS



de Ricardo Palma

Maucci Hermanos.--Cuyo, 1059 al 1065.--Buenos Aires

POESÍAS COMPLETAS

POESÍAS COMPLETAS

DE

RICARDO PALMA



BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1059 al 1065

1911



Compuesto en máquina *Typograph.*—Barcelona

A GUISA DE PROEMIO

Lector, para que después no te llames á engañado, empiezo por prevenirte que este libro vale poquita cosa.

Y no lo digo por modestia, virtud en que no creo, pues la asimilo á la hipocresía, como que alguien definió la modestia llamándola el tartufismo de la soberbia. Ni Dios con ser Dios fué modesto, pues según la Biblia, que no sabe mentir, después de creado el mundo se declaró complacido de su obra. No embargante, el rey don Alfonso el Sabio, echándose á crítico de trabajo ajeno, estampó que si este mundo no estaba mal hecho, por lo menos lo parecía.

Todo el cariño literario que abrigo por mis Tradiciones ó leyendas en prosa, sólo puede igualarse al desapego que siento por mis renglones rimados. Si en los días de la mocedad pudo el amor propio alucinarme hasta el punto de creerme poeta, hoy, en horas de desencanto senil y de razonamiento frío, apenas si me tengo por mediano versificador. Saber cómo se laboran los versos nada tiene de portentoso. Eso es, para el cultivador de las bellas letras, como para el artesano, el conocimiento y manejo de las herramientas del oficio.

Entonces ¿por qué consiento y autorizo la publicación de este libro que contiene, amén de mucho de lo ya conocido, no poco de inédito? Porque con versos me inicié en la labor literaria, y pecaría de ingrato si me creyera con derecho para renegar de ellos. Además, para que el saldo de cuentas con mi siglo sea en forma, cúmpleme presen-

tar á los pósteros el cuerpo íntegro del delito: mi prosa y mis versos.

Creo con *Fernanflor* que hacer versos sirve para todo, menos para ser poeta; pues ser poeta, dice, es pensar en verso, y versificar es como un solfeo para aprender á manejar la prosa. No es cierto que la forma poética está llamada á desaparecer, pues el verso, más que á los poetas, nos haría falta á los prosistas ó prosadores.

Impresos existen, desde há casi medio siglo, mis tomitos de versos JUVENILIA, ARMONÍAS y PASIONARIAS, y no son pocas las personas que tienen el mal gusto de pedir en las librerías ejemplar de librejos que, acaso no por su merecimiento, sino por lo antiguos se han agotado. Avéngome hoy á reimprimir esos tres libritos que fueron como mi iniciación en la vida de las letras y en el romanticismo que, por entonces, se había adueñado de los espíritus juveniles. ¡Ah! los románticos de 1845 á 1860, en América, fuimos verdaderos neuróticos por lo revesado y contradictorio de nuestros ideales, reflejados en versos, ora henchidos de misticismo ampuloso y de candor pueril, ora rebosando duda cruel ó desesperanza abrumadora.

Al coleccionar en este volumen VERBOS Y GERUNDIOS, TRADUCCIONES, NIEBLAS y FILIGRANAS, lo hago porque en sus versos resaltan mis ideales sociológicos del presente y mi independencia y espontaneidad del pensamiento y de doctrinas.

Pongo punto al proemio y ¡abur! como dijo el diablo, que

ya tiene edad para morir mañana
quien ha visto dos veces (1) la silueta
del cometa de Halley, un cometa
que no es anca de rana.

RICARDO PALMA.

Lima, 1910.

---

(1) En 1835 y en 1910. Como el cometa tarda setenta y cinco años para volver á visitarnos, no será este servidor de ustedes quien lo espere hasta 1985. Me tiene sin zozobra la caída de su merced

JUVENILIA

1850 á 1860

He publicado con el título de JUVENILIA *los versos que conceptúo menos malos entre lo muchísimo que publiqué en los primeros años de mi vida literaria y que se publicaron en Lima, en 1860, en un tomito impreso por José Macías. Pensé hacer algunas correcciones, en forma y fondo; pero he meditado que ellas harían perder á los versos su carácter primitivo, imposibilitando toda comparación con mis posteriores producciones rimadas. Si en* JUVENILIA *el arte está descuidado ó ignorado, y si hay no poco que refleja á Zorrilla, á Espronceda y á otros grandes poetas románticos, en cambio hallará el lector la ingenuidad del sentimiento, que es lo que constituye la juventud del alma.*

———

La palabra de pase de la vida

Siempre el dolor! Siempre el llanto!
La desgracia cubre al hombre
con su manto.
Hasta en medio de la orgía
hay una nube de vaga
melancolía.

No es el himno de la fiesta
el que, en medio de la noche,
nos contesta;
es que el mundo un ¡ay! murmura,
que también tiene armonías
la amargura.

Y cuando la noche al orbe,
en el silencio y tinieblas,
lenta absorbe,
la humanidad ¿no os parece
que lanza un débil suspiro
y se estremece?

El dolor, desde la cuna,
nuestra existencia fatídico
importuna;
y es una queja sentida,
ay!!! la palabra de pase
de la vida.

El juzgamiento de Cristo

El pretorio está abierto!
Escribas! levantad vuestra cabeza!
En el nombre de Aquel que en el Mar Muerto
abrió tumba al Jordán, el juicio empieza.
Acusad al caído!
Crimen que le imputéis será atendido.

Ante su juez sereno
el Justo se halla—¡impíos!
—Eres, dime, Jesús el Nazareno?
¿Eres, responde, el rey de los judíos?
—Tú lo dices—el Cristo le contesta;
y Caifás, escuchando la respuesta,
exclama lleno de furor insano:
—Atenta contra el César soberano!
¿Qué más, gobernador de la Judea,
tu justicia desea?
Se ha confesado del delito reo!
—Crucifícale! grita un fariseo.
—Crucifícale! gritan los villanos.
—Pues lo queréis, crucificado sea?—
Pilatos dijo, y se lavó las manos.

Y desde entonces, hombres insensatos,
os hace siempre vuestro encono adusto
encontrar para un Justo,
un Judas y un Pilatos.

Dios

La luz es la orla que ciñe tu manto,
tu planta infinita la esfera sin fin,
tu voz el murmullo más mágico y santo,
tu sombra las nubes henchidas de encanto,
tu aliento el aroma del nardo y jazmín.

Si airado rebrama fatídico el viento,
si trémula gime la brisa fugaz,
mi sér se conmueve ¡Señor! yo te siento
y á ti, en misterioso, veloz pensamiento,
mi espíritu implora seráfica paz.

Mi fe de cristiano no es ráfaga vana:
sin verte te adoro de hinojos ¡oh Dios!
Si el cielo azulado con tintes de grana
decora naciente la aurora galana,
yo admiro la lumbre que dejas en pos.

Mas ¡ah! te sentimos y no te miramos
que, al ver tanto brillo, tan gran majestad,
los que una mirada terrena gastamos
y á tí nuestra débil querella elevamos,
dejáranos ciegos tu espléndida faz.

Al Sol

Espléndida hoguera que vás refulgente,
rasgando de oriente los diáfanos tules,
y en nubes azules tu faz trasparentas
y al orbe calientas;
¡oh sol de los Incas! si deben tus hijos
vivir en prolijos afanes profundos,
de la haz de los mundos mi patria tan cara,
incendia y separa.

Soneto

Tuvo un Judas el santo apostolado;
muchas tiene el riquísimo diamante;
la mujer cuanto hermosa es inconstante;
y hay nubes en el éter azulado.

Nunca está satisfecho el gobernado,
ni jamás es feliz el gobernante;

no se vió sin peligros navegante,
ni se halló sin zozobras un casado.

No existió Paraíso sin manzana,
ni sin espinas el rosal frondoso,
ni redención sin cruz infamatoria.

¿A qué engreirte, pobre raza humana,
si el que blasonas tanto orgullo odioso
es miseria, y no más, lodo y escoria?

El ángel de las ilusiones

Voy á contarte la vaga historia
de cómo nace grata y sutil,
la ilusión flébil en la memoria;
óyela atenta, niña gentil.

Cuando á los rayos de blanca luna
el niño cruza por el verjel,
ó cariñosa mece su cuna
con blando halago su madre fiel,

cuando los cuentos de la nodriza
miedo le causan ó diversión,
y cree que el viento los armoniza,
con su pausada murmuración;

entonces baja, vistiendo tules,
desde los cielos un serafín,
trayendo en ramos lirios azules,
rosa encendida, blanco jazmín.

Son esas flores las ilusiones
que aleve el tiempo marchitará...
¿dónde sois idas? ¿á qué regiones
las que yo tuve volasteis ya?

Tuve ilusiones color del cielo,
otras del fuego crepuscular,

y muchas blancas ¡oh desconsuelo!
como la espuma que arroja el mar.

Ya sólo tengo, mísero bardo,
hastío, penas, desilusión,
que traigo herido con férreo dardo
lo más sensible del corazón.

En todas partes vi el egoísmo,
do quier cobarde perversidad;
siempre el vacío, siempre el abismo,
siempre espantosa la realidad!

En torpe orgía miré al magnate
caer al peso de la embriaguez;
mientras el pueblo sufre y se abate,
y pan y fueros pide á la vez.

Miré la joven de labios rojos,
seno de nácar, casta expresión,
saciar, de llanto llenos los ojos,
del potentado la corrupción.

Oh! sufro mucho cuando contemplo
que marcha el vicio del vicio en pós,
y que es la infamia del mundo templo,
altar el crimen y el oro Dios.

Con ilusiones de ópalo y rosa
hoy se recrea tu juventud;
la vida encuentras alegre, hermosa;
es una aurora de beatitud!

En torno tuyo la poesía
en nubes flota de leve tul;
para tí el mundo tiene armonía,
la flor aroma y el cielo azul.

Mas ¡ay! si hiere, niña del alma,
tu sér la triste desilusión!
¡Ay! si perdida tu dulce calma
estalla roto tu corazón!

Curiosidad

Pues ya se ha acostado el día,
¡ alma mía
en la esmeralda del mar,
y es todo sombras el suelo
y cada horizonte un velo
imposible de rasgar;

decirme sabrás ¡oh bella!
cuál estrella
de esas fúlgidas asaz,
da su esplendor á tus ojos,
su fuego á tus labios rojos
y á tu sonrisa su paz.

Bien haya la caprichosa
mariposa
que vaga libre y gentil
y á quien de un ángel las alas,
por prestarla nuevas galas,
dan su color más sutil.

Así tú, niña querida,
de la vida
cruzando vás la extensión,
y tan feliz como pura
tienes de ángel la hermosura
y de ángel el corazón.

Corres una y otra calle
de este valle
de mezquindad y dolor,
y en todo hallas armonía,
y entusiasmo y poesía,
y sentimiento y amor.

Oh! dime, cuál es la estrella
que destella
sobre tí su claridad;
cual el genio que en tus horas,
ha vertido seductoras
la paz, la tranquilidad.

Deleite

Dicen los orientales, hermosa mía,
que mieles deliciosas la Arabia cría;
pero á tus labios,
reina de mis amores, hacen agravios.

Que tienen lo encendido de los corales
y el perfume exquisito de los rosales.
¡Dichosa suerte
en la miel de tu boca beber la muerte!

Desencanto

Ayer me amaste, señora;
ayer rayos de topacio
al cruzar por el espacio
el rojo sol,
sobre tu faz sonriente
reflejaba blandamente...
él te negará mañana,
en la bacanal mundana,
su arrebol.

Flor á quien plácido aroma
trajo en sus giros el viento,
robándolo al puro aliento
del querub,
malhayas tú que orgullosa
desdeñas la mariposa,
y puesta en un albo seno
pierdes frescor, gala y vida...
mal hayas, flor escogida,
si hoy en el cáliz veneno
guardas tú.

Blanca paloma que alzaba
su arrullo hasta el mismo cielo,

sin que gemido de duelo
funeral
á interrumpirla viniera
en su canción placentera,
¡guay! si tu nido precioso
dejas, y hallas espantoso
temporal!

—Bardo ¿qué buscas?—Amores.—
¿Que hay en tu sér?—Sentimiento.
—Huye, no es este elemento
para tí.
Cubre con una careta
tus sentimientos, poeta;
miente amistad, amor miente,
metaliza tus sentidos,
que es, en la feria insolente
por do cruzamos perdidos,
todo así.

Una verdad

Como en las tardes de enero
las flores del jazminero
del tallo se precipitan,
como lirios que, mecidos
por vientos embravecidos,
se marchitan;

así, mujer, una á una
perecen las alegrías
que encanto al alma ofrecieron;
y queda sólo importuna
la memoria de esos días
¡ay! que fueron.

Horizonte

¿Esa nube contemplas? Es su encanto
opticismo fatal de los sentidos;
como esa nube quedarán perdidos
los ensueños ¡oh niña! que amas tanto.

¡Esa nube es la vida! Las cambiantes
con que el sol la arrebola,
¡ay! son las ilusiones deslumbrantes
tras la que audaz la juventud se inmola.

De la existencia en los mejores años
el alma goces apurar ansía...
¡nubes que se hunden en la mar bravía!—
y encuentra, al fin, caudal de desengaños:
la realidad sombría.

Plegaria

¡Señor! tú que dotaste de vida y movimiento
la creación sin cuento
del anchuroso mar;
que diste á las estrellas del claro firmamento
su lumbre misteriosa, su raudo titilar;

¡Señor! tú de cuya ira remeda la tormenta,
que horrísona revienta,
el éco sin rival,
y luces, con colores que el éter trasparenta,
de tu clemencia el iris magnífico, triunfal...

¡Señor! perdona al que presa
de fatal escepticismo,
de la duda en el abismo,
no encuentra un rayo de luz.
Perdona al que en su infortunio,

todo lo niega y maldice,
y al fin sucumbe, infelice,
bajo el peso de su cruz.

Diablos azules

¿Quién se explica el misterio de esta vida,
amalgama de dichas y dolores?
¿Creéis en la amistad y en los amores?
Palpáis el desengaño de seguida.

¿Traéis el alma por la angustia herida?
Pues bálsamos no halláis consoladores;
abrojos cosecháis si sembráis flores,
y véis que el mal la frente lleva erguida.

Siempre la duda en medio del camino
ó la ignorancia con su adusto ceño!
¡Ay! ¿sé yo, acaso, á dónde del Destino
el incansable y afanoso empeño,
mi tienda llevará de peregrino
para dormir en paz mi último sueño?

¡Noel!

(En el naufragio de la fragata «Mercedes»; homenaje al comandante don Juan Noel).

¡Contempladle! Allí está... como la roca
que de los vientos resistió el embate!
Nada la voz de su deber sofoca
ni su valiente corazón abate.
Del recio mar contra la furia loca
traba reñido, desigual combate:
de su alma la titánica energía
no desmaya ni en medio á la agonía.

Tal el sol, al hundirse entre la bruma
que forma en lontananza el Oceano,
cuando da brillo al nácar de la espuma
y hermosos tintes al extenso llano,
más va ostentando su grandeza suma
cuando más á sumirse está cercano,
y es una inmensa deslumbrante hoguera
en el azul clavada de la esfera.

POEMA EN CUATRO SONETOS

I

Filosofía

¿Qué es el hombre? Un misterio.—¿Qué es la vida?
Un misterio también—dijo un poeta.—
¿Esta vida á otra vida está sujeta
ó en el no ser concluye la partida?

¿Será el alma una antorcha combatida
del viento vario de la duda inquieta
ó, cerca del morir, una secreta
voz nos revela la verdad temida?

Aquello que llamamos desventura
es nuestra imperfección, que no consiente
el que hagamos cantando la jornada?

¿Será la Eternidad frígida, oscura,
ó la hoguera del sol resplandeciente?
—Vamos á preguntárselo á la almohada.

II

Amor

¿Del Paraíso la primer aurora
es idilio de dicha, ó quizás Eva,
al someter á Adán á dulce prueba,
cedió sólo á la sierpe tentadora?

¿Es el Amor la fuente redentora
en que su sed el peregrino abreva?
¿El mal ó el bien en sus misterios lleva?
¿Es arca de salud ó de Pandora?

En fin ¿es el Amor rayo divino,
dos epidermis en contacto acaso
ó una expansión del alma soberana?

¿Astro que alumbra nuestro erial camino
ó el abismo en que se hunde nuestro paso?
—Quede la solución para mañana.

III

Patria

Acaso de Nerón el rigorismo
cercenando cabezas vocingleras,
ó entregando á las fauces de las fieras
á los que predicaban cristianismo,

un reflejo no fué del patriotismo
que á la revolución pone barreras?
Del dios Exito rojas las banderas
no glorifica siempre el egoísmo?

¿Y patriotas serán los lenguaraces
que en carne de cañón á la obcecada
turba convierten tras matanza impía?

¿Los programas no son siempre falaces?
¿Cuándo la patria no quedó burlada?
—Dejemos la cuestión para otro día.

IV

Suicidio

¡No más vivir! Salgamos de la escena
que á tan imbécil sociedad me liga.

La carga de la vida me fatiga
como al triste galeote su cadena.

Una hora de placer no ví serena,
no hay necio que sus cuitas no me diga
ni hombre leal, ni cariñosa amiga
me han consolado en mi angustiosa pena.

¡¡¡Escrito estaba!!! Cúmplase mi sino.
Con la carne luchar es necesario,
y vencida la tengo en el combate.

¡¡¡Adiós, vida!!! Valiente el peregrino
va á romper de su espíritu el sudario.
—Pero antes tomaremos chocolate.

¡Veintiun años!

¡El alba pasó yá! De mi existencia
las flores, una á una marchitaron
los que hórridos bramaron
aquilones de bárbara inclemencia;
y apenas por mi frente,
ya pálida y rugosa,
una ilusión de amores esplendente
consoladora y mágica se posa,
como en las playas con la lenta bruma
del mar salobre la argentada espuma.

¿Dó sois idas, galanas, hechiceras,
mis veinte primaveras,
ricas de luz, de amor y poesía,
que himnos mundanos, trovas placenteras
á la garganta mía
supisteis arrancar...? Ora cuidoso,
y la mirada fija en el mañana,
siento doblarse mi amargura insana,
que el porvenir contemplo nebuloso,
y, nave sin timón, á los azares
del mundo abandonado

seré, desventurado,
presa tal vez de los airados mares.

Tú mi gentil, mi encantadora amiga,
única flor que mi existir halaga,
y cuyo aroma celestial me liga
con esta sociedad, donde tan sólo
altar se erige al dolo
y dó el más puro corazón se estraga,
tú sabes, ángel mío,
cuánto he sufrido, cuánto...!
Por doquier desencanto,
infortunio doquier, doquier hastío.

Mas, cual se alza un lucero,
clavado entre las nubes
por la mano inmortal de los querubes,
el paso iluminando del viajero;
como arroyo de plata
que en hilos se desata,
refrigerio brindando
al que de sed sintióse agonizando,
en el camino de la vida odiosa,
amante y pura te encontré y hermosa.

Delicada, amorosa, sensitiva,
tortolilla inocente,
te amaré mientras viva,
mientras palpite el corazón ardiente.

¡Oh! si fuera una brisa de verano
te trajera el perfume de las flores,
y estampara en tu labio soberano
el beso celestial de mis amores.
Si yo fuera una plácida armonía
en tu oído vibrara dulcemente,
y los sueños del ángel, alma mía,
inspirara á tu frente.
Mas si el destino huraño
que acosa á tu poeta,
antes que expire otro año,
á cortar viene mi carrera inquieta,

tú, corona de flores
el arpa en que he cantado mis amores.

Coquetería

Como las flores,
voluble niña, son los amores
tras los que vas.
Su aroma, galas y lozanía
duran un día.
—¿No más?
—¡No más!

Las mariposas
tan presto besan las lindas rosas
como el ciprés.
Luego sus alas bellas inflama
vívida llama.
—¿Así es?
—¡Así es!

Niña inconstante,
no las imites: fíjete amante
sólo un amor,
que los caprichos matan la calma
y dan al alma...
—¿Dolor?
—¡Dolor!

¡Duerme en paz!

Ayer en su pura frente,
al ostentar en oriente
la corona de arrebol,
el rayo más esplendente
reflejaba el almo sol.

La mañana ayer tenía
hechizos para ella mil
y misteriosa armonía,

y las flores ambrosía,
y encanto el aura sutil.

Fué un ángel que visitó
el valle del desconsuelo,
y puro al Edén volvió...
espinas no hay en el cielo
y aquí espinas encontró.

Duerme, paloma inocente,
y tu sueño blandamente
arrulle un genio de paz
con el murmullo fugaz
de alguna apartada fuente.

En un álbum

Há tiempo que del arpa
del infeliz poeta
enmudeció la triste
solemne vibración;
mas quieres que hoy olvide
la pena que me inquieta,
y mandas... y obedece
mi voz al corazón.

Tuviera yo el acento,
la plácida armonía
con que, en la tarde, se oye
cantar al ruiseñor,
y entonces ¡oh sultana!
te alzara el alma mía
el himno de los cielos,
el himno del amor.

Mas ¡ay! que sólo tengo
pesares y congojas;
las flores de la dicha

me abandonaron ya,
cual caen del jazminero
las perfumadas hojas
al soplo de la brisa
que susurrando vá.

¡Oh niña! si supieras que el mundo es una feria,
do todo se cotiza con impiedad cruel,
tal vez con el poeta bajaras tus miradas
para llorar, mi vida, para llorar con él.

Mas ¡no! por siempre ignora
que hay nubes en la vida:
no sufra tu existencia
tan ruda decepción.
La dicha es una arista
del viento combatida:
halague tus ensueños
siquiera una ilusión.

Apenas se levantan
para mirar al cielo
tus tímidas pupilas
con infantil afán;
tal alza la paloma
por el azul su vuelo,
sin sospechar que exista
sañudo gavilán.

Que siempre te contemple
ciñendo peregrina,
bellísima guirnalda
de lirios á tu sien;
y que el Señor conceda
su bendición divina
al hombre venturoso
que llames tú—*mi bien.*

A una mujer

Dícenme que te burlas de los versos
en que, entusiasta, hablé de mi pasión:
malos serán... mas nunca tan perversos
como tu corazón.

Pesimismo

Triste dón es la vida
del huracán por siempre combatida!
¿Dónde está la ventura?
¿Cuál el astro que vívido fulgura
rayos de bendición á los mortales?
¿Serás tú, sociedad, germen de males,
quien consuelo le brinde?
No eres madre del hombre, eres madrastra,
si hasta tocar de la existencia el linde
como un galeote tu cadena arrastra.

¡Libertad!—¡Ironía!
Palabra que inventara algún verdugo
para imponer su yugo
al necio que con ella se extasía.
¡Libertad! y cadenas
desde que nace apenas
aprisionan al hombre, y rema y boga,
y, esclavo de las leyes, va demente
surcando borrascosa la corriente,
hasta que al peso del dolor se ahoga.

¿Y en dónde el bien está? Si busca un seno
de blanca trasparencia
que tesoros promete de inocencia,
inoculado en él halla el veneno.
¡Nunca el cáliz del mal se miró lleno!

¡Sembrad el bien, mortales!
Cosecha rica lograréis de males.

¡Belleza! ¡Juventud! Todo se vende.
¡Amores y virtud! Se compra todo.
Bien, social esqueleto, se comprende
que eres inmundo lodo.
La misma religión es mercancía,
y ministros del Dios de las alturas
venden á las humildes criaturas
el cielo por pedazos.—¡Roma! ¡Roma!
tú haces de la doctrina del Mesía
tráfico innoble, de la fé carcoma.

¿Dónde está lo que tiene de divino
ese sér que creaste
á tu imágen, Señor, y semejanza?
¡Padre Adán! desque huíste peregrino
del Edén que habitaste,
el celestial aroma en él dejaste;
y á tu prole, en lugar de bienandanza,
legaste por herencia, ¡brava suerte!
egoísmo y miseria, mal y muerte.

—

Así exclama, en su aciago pesimismo
el hombre descreído... ¡pobre loco
que á ver se niega de la luz el foco!
Suena la hora fatal, y ve el abismo
á sus plantas abrirse... En torno suyo
el viento de la duda, y se abalanza
á encerrarse en la tumba
sin el consuelo fiel de la esperanza.

Siglo de oro

De Baltasar en el festín se sienta
la humanidad y, estúpida, se embriaga;
de su presente, en la abyección, se halaga
porque no tiene el porvenir en cuenta.

Si un cuadro de dolor se le presenta
en torno suyo, indiferente, vaga:

la fé su luz esplendorosa apaga
ante la luz del oro amarillenta.

¡El hombre no ama al hombre! El mundo aleve
del egoísmo religión va haciendo...
¡Pobre mortal del siglo diecinueve!

¿Qué habrás de responder, cuando, tremendo,
te pregunte el Eterno Soberano:—
¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?

Semejanzas

Como la luz de una estrella
que apaga el albor del día;
como en la playa sombría
de ola argentada la huella;
como sol que el horizonte
oculta, al morir la tarde;
como la niebla, que alarde
de coronar hace el monte;
como el perfume en la flor,
como melódica nota,
como rósea y pura gota
que se convierte en vapor;
así de mejor edad
las ilusiones huyeron,
y á nuestras almas trajeron
fatídica realidad;
y vamos en la vital
senda, entre mil decepciones,
¡ay! de nuestros corazones
celebrando el funeral.

En un naufragio

Vapor Rimac.

El alba risueña
su mano extendía,
del cielo argentado
la vasta región;
todo era misterio,
todo era armonía,
y mansa era toda
del mar la extensión.

La niebla nocturna
lejano horizonte
trazaba en la costa...
confusas se ven
las rocas salientes,
la cumbre del monte
la espuma de la ola
que muere al vaivén.

Bendita la aurora,
gentil peregrina
que anuncia del día
la grata visión!
La mente del nauta
su brillo fascina;
confiado palpita
su audaz corazón.

Yo he visto cien veces
tan gran panorama,
en medio al rugido
solemne del mar;
y al sol, que aparece
cual faro que inflama
la mano increada,
solemne brillar.

No sé por qué entonces
mi genio vagaba,
perdido en un mundo
de extraña ilusión;
no sé por qué entonces
mi sér se agitaba,
sintiendo cristiana,
sublime emoción.

Misterio hay entonces
en cuanto miramos;
misterio en la nube
que va de otra en pos.
Misterio insondable,
y absortos alzamos
la vista á los cielos,
el alma hacia Dios.

A Dios, cuyo rostro
se oculta sereno,
tras esa flotante
cortina de tul,
que ve de los mares
el hórrido seno,
que puebla de estrellas
la bóveda azul.

¡Señor! aquí á solas
te admira el poeta;
te ve en los celajes
de vario color;
te siente en la brisa
que mécese inquieta;
te escucha en el eco
del mar mugidor.

La nave gallarda ligera cortaba
las ondas tranquilas del diáfano mar;
blanquísimo cisne tal vez semejaba
las aguas tranquilas de un lago al rizar!

De pronto las olas con furia estridente
se elevan, y gira la nave al azar...
Resiste ¡oh mi nave! ¡la recia rompiente...!
resiste ¡oh mi nave! ¡los tumbos del mar!

Al fin, do se tienden confusos los ojos,
espanto y zozobra fatídica ven,
y flotan horribles, mortales despojos,
que mecen las olas con rudo vaivén.

Y en fúnebres ayes, en hondos lamentos,
exclaman las almas que vuelan á Dios:
¡quedad, los recuerdos! ¡quedad, pensamientos!
¡adiós, ilusiones! ¡amores, adiós!

—

¡Allí está la ribera! Se dilata,
al contemplarla, el ánimo angustiado,
cual la espuma de la ola que ha chocado
se extiende en hilos de luciente plata.

La furia atroz de la tormenta ingrata
ya sus iras cobardes ha enfrenado,
y, la arena al pisar, el desdichado
náufrago al Dios del firmamento acata.

Himnos de adoración y de alegría
de la atmósfera azul rasgando el velo,
llegan al trono en esplendor fecundo.

¡Prostérnate! ¡Prostérnate, alma mía!
y exclama, ahogando la expansión del duelo:
¡Bendito seas, Hacedor del mundo!

ARMONIAS

1861 á 1865

Amores y esperanzas,
ensueños y alegrías,
del patriotismo arranques
y notas de aflicción;
pues fuísteis de mis horas
constantes armonías,
vivid en este libro,
carísimos efluvios, flores del corazón.

Las ARMONÍAS se publicaron en París, en 1865, por la casa Bouret, formando un tomito en 8.º, sirviéndolas de prólogo las siguientes líneas:

DON RICARDO PALMA

La condesa de Agoult, tan conocida bajo el seudónimo *Daniel Stern*, una de las más bellas inteligencias de la Francia, ha dicho, al hablar de las poesías de madama Ackermann:—amo más el talento por lo que es que por lo que hace: en la poesía busco al poeta.

En Palma, el talento nos encanta por lo que es y por lo que hace. Este joven, tan inteligente como modesto, pertenece á la brillante generación que ya ha aumentado el esplendor de la literatura peruana, y que se distingue así por las dotes del espíritu como por las cualidades del corazón.

Palma empezó por ser poeta, y pronto, sin dejar la lira, empuñó la pluma del periodista y se lanzó en la ardiente arena de la política militante. Desde que leímos sus primeros versos, comprendimos que era uno de los favorecidos de las musas, y que su talento estaba realzado por los más nobles sentimientos.

Cuando llegaron á nuestras manos sus primeras poesías, en 1855, pudimos exclamar con Du Cornau,

Ilusions, saintes chiméres!
Ah! suspendez pour nous vos heures ephemère
Durez pour embellir ou consoler nos jours;
vous faites rayonner nos ardentes jeunesses;
vous gardez l'etincelle a nos vertes vieillesses,
Durez, durez toujours!

La vida del poeta del Rimac no presenta muchos incidentes. Como Gutierrez decía de Eusebio Lillo, la biografía de Palma está en el porvenir. Sin embargo, ya ha servido útilmente á su patria, á la causa americana, y escrito mucho en prosa y verso.

Ricardo Palma nació en Lima el 7 de febrero de 1833. En 1855 dió á la estampa, en un pequeño volúmen, varios de sus cantos. De 1851 á 1856 dió al teatro algunos dramas y comedias. Desde 1853 se hizo periodista, y ha colaborado en distintos diarios y revistas del Perú, Chile y Buenos Aires. El *Correo de Ultramar* lo cuenta entre sus más activos colaboradores. En 1863 ha publicado un interesante libro—*Anales de la Inquisición de Lima*—que es la más completa historia de ese sangriento tribunal en América.

Palma fué oficial de la marina de guerra peruana. El 1.º de marzo de 1855 naufragó en las costas del Perú, á bordo del vapor *Rimac* cuya comisaría desempeñaba. Entonces dió á luz una bellísima poesía dictada por las impresiones del naufragio.

En noviembre de 1860, nuestro poeta tomó parte en una revolución que hizo el partido liberal, y, habiendo sido ésta sofocada, Palma salió desterrado á Chile. Durante sus tres años de proscripción compuso casi todas las poesías que forman el presente volúmen.

En 1864 fué nombrado cónsul general en el Pará (Brasil), obteniendo un año de licencia para visitar las principales ciudades de Europa. Actualmente reside en París, donde hemos tenido la complacencia de estrechar su mano.

Palma, hijo de sus obras, se ha labrado una posi-

ción á fuerza de inteligencia y laboriosidad; y si es digno de aplauso por sus producciones políticas y literarias, mayores elogios merece por su hidalguía y su franqueza. El poeta ilustrará su nombre con nuevas obras y, mientras tanto, nosotros le repetiremos

Sic te diva potens Cypri!

París, enero de 1865.

J. M. Torres Caicedo.

Navegando

20 de diciembre de 1860.

Parto ¡oh patria! desterrado...
de tu cielo arrebolado
mis miradas van en pos;
y en la estela
que riela
sobre la faz de los mares,
¡ay! envío á mis hogares
un adiós.

¡Patria! ¡Patria! Mi destino
me arrebata peregrino
y para siempre quizás...
si desmaya
en otra playa
mi varonil ardimiento,
mi postrero pensamiento
tú serás.

A Guillermo Matta

En el estrecho linde del camino
te sientas, fatigado peregrino,
y atravesando tu deseo el monte

te finges de la patria el horizonte.
Otra luz, otro cielo y otros mares,
distinta inspiración, nuevos cantares,
siempre en tu sér reflejan la que hermosa
tu espíritu acaricia, dolorosa
memoria de la América. Perdida
no está aún la esperanza bendecida
de cambiar su fatídico presente
por el sol del mañana refulgente.

Nunca la fe de iluminarte cese,
¡Canta, poeta! Tu destino es ese...
Y, soldado constante de la idea,
lucha y vence, ó sucumbe en la pelea.
¡Otros vendrán! La humanidad ha visto
amargo cáliz apurar al Cristo.
¡Otros vendrán! Para ellos la victoria:
el martirio también tiene su gloria.
Del primer combatiente la desgracia
es ofrenda en tus aras ¡democracia!
¡Otros vendrán! El sitio de los buenos,
que caen bravos, leales y serenos,
jamás queda vacío, que es la santa
causa del libre alción que se levanta
y, al renacer de su hélida ceniza,
el triunfo del derecho profetiza.

Aura

¡Tímida brisa de la triste noche!
tú, que á la patria de mis sueños sigues,
lleva á la hermosa por quien pena el alma
mi íntimo duelo.

Dila que, lejos de sus ojos dulces,
no hallo colores en la luz de oriente;
dila que, al que ama con pasión tan honda,
muerte es la vida.

Dila que, siempre de su afecto digno,
una existencia tormentosa arrastro;

dila mis penas infinitas, dila
¡cuánto la adoro!

Ve, mensajera misteriosa... ¡Vuela!
Los rizos blondos de mi amada mece
y en ellos, tierno, palpitante, grato,
déjala un beso.

Misterio

Si está en tu memoria
presente la historia
del tiempo feliz
en que es la existencia poema de amores,
en que hay en los cielos más lindos colores,
en que hay en los busques encanto y matiz;

si no has olvidado
tu dulce pasado,
tu edad juvenil,
en que de ilusiones asaz seductoras
sentimos que corren pobladas las horas,
cual brisas serenas en tardes de abril;

¡Anciana! comprende
que aquello que enciende
con vivo color
de tímida virgen la cándida frente,
que aquello que agita su pecho inocente,
misterio es que llaman los hombres *amor!*

A una flor

Ella te envió, flor modesta,
muy más pura
que el sueño á que un niño presta
galanura.

Tú que en sus manos tuviste
exquisitas
galas, hoy en las de un triste
te marchitas.

En tu corola luciente,
de rocío
bebió gota transparente
el labio mío;

Mas mi beso apasionado,
como el fuego,
¡ay! tu cáliz perfumado
quemó luego.

Tus ojos

Me han dicho que, si cantas, de tu alma envías
un raudal infinito de melodías;
mas, si en no oir tu acento perdí un consuelo,
vi que en tus ojos llevas algo del cielo.
Apacibles del éter se ven los tules;
así son tus pupilas castas, azules;
hay en ellas lo dulce de la paloma
y lo grato del lirio que dá su aroma;
la pureza reflejan del firmamento,
mundos de poesía, de sentimiento.
Una de tus miradas es el rocío
que al corazón da vida, calma el hastío.
Si hoy, en medio á tu dicha, los ojos pones
tímidos, inocentes, en mis renglones,
al saber que me agobia pena secreta
¿no habrá una perla en ellos para el poeta?

Ilusiones

I

Niña de mi corazón,
flor ó espuma es la ilusión.

—No es así—
Pues escucha como á mí
se me antoja la cuestión.

Bordando con su espuma la ribera
y amagando absorber la creación,
el océano sigue su carrera;
así como sus olas ¡oh sílfide hechicera!
las ilusiones son.
Que es mar revuelto por las pasiones
nuestro existir,
y son sus olas las ilusiones
que, en playa ignota, van á morir.

La púdica azucena de blanco terciopelo
y el lirio perfumado de vívido color,
deshojan hoy tus manos con impaciente anhelo,
así, luz de mi cielo,
las ilusiones son.

Nocturno

Que el céfiro sutil
su aroma embriagador,
vagando en el pensil,
le robe á toda flor,
tus labios de clavel
mejor perfume dan
que todas las esencias del verjel

Que pierda su arrebol
el bello luminar
que, al sepultarse el sol,
riëla sobre el mar,
que yo lograré ver
muy más preciada luz,
si irradia en tus pupilas el placer.

Lamento

¿Contemplaste el océano infinito?
¡Como él es la congoja en que me agito!
Acaso, acaso mi bajel zozobre,
que es amarga la vida del proscrito
como las ondas de la mar salobre.

Serenata

Doncella la de lo blanco,
la que entre todas descuellas,
como en el bosque la palma
por la gracia y gentileza;
la que de nácar vestida
casta pureza reflejas,
que tu espíritu engalana
en tu juventud serena;
niña de los ojos garzos
que, cuando miras risueña,
vas prodigando esperanzas
á los que tu amor desvela;
sal, no temas á la noche,
que, en medio de las tinieblas,
es siempre cuando la luna
la creación transparenta.
Asómate á tus ventanas
y oye, tirana, mis quejas;
son vibraciones del alma
que tu amor tiene en cadenas;
son efluvios inefables
de un misterio que en mí vela,
que algo tienen de divinos
desde que Dios me condena
por esquiva á aborrecerte,
á idolatrarte por bella.

En una noche tranquila
así cantaba un poeta,

de la que de amor lo mata
cabe la entornada reja.

Secreto

¡Tú también! Tú también de mi tormento
una gota aumentar al cáliz quieres.
¡Corazón! ¡Corazón! Sí, al sufrimiento,
mezquino y débil eres
¿por qué no estallas dentro el pecho mío
como en su cauce el desbordado río?

Esperanza

(A Cristina Bustamante)

Yo bien sé, púdica virgen,
la del rizado cabello,
la de alabastrino cuello,
la de labios de coral,
que acaricias de tus horas
en la dulce bienandanza,
la ilusión de una esperanza
halagüeña, celestial.

Como tú también espero
cuando el sol nace ó desmaya...
ave triste que á otra playa
la tempestad arrojó!
Pero, niña, mi esperanza
cual la tuya no fulgura,
que tú esperas la ventura,
nueva angustia espero yo.

Esperar como tú, hermosa,
es de Dios ver la sonrisa,
es sentir plácida brisa
que refresca nuestra sién.

¡Oh! feliz tú, á quien halaga
tan serena lontananza,
que es, Cristina, tu esperanza
un efluvio del Edén.

Es un iris refulgente
de magníficos colores;
es un prado en el que hay flores
de matices mil y mil;
nunca, nunca la tormenta
borre el iris de tu cielo,
ni las flores seque el hielo
de tu mágico pensil.

Fragilidad

Su nombre imprime en las arenas cálidas
de los desiertos el viajero audaz;
mas la tormenta rápida
la firma borrará.

El escultor en los pulidos mármoles
graba sus iniciales y un laurel;
al fin la piedra rómpese,
qué de la cifra fué?

Todo, todo se borra en el espíritu
como se borra en la materia vil...
¡cuánto nos diera júbilo
se desvanece al fin!

¡Mujer! ¡Mujer! Tu vida es una página
donde hoy escribes la palabra *amor*...
¡No la borre la ráfaga
de airada decepción!

Peregrina

Fué gota de rocío trasparente,
que daba vida al cáliz de una flor:
fué la esperanza célica, inocente,
que á la desgracia concedió el Señor:
rayo de sol magnífico, esplendente,
que doró el horizonte de un amor.

Rugió la tempestad, y del rocío
la purísima gota evaporó.
Ante las iras del destino impío
al cielo la esperanza se voló!

Las nubes tormentosas te ofuscaron,
lindo rayo de luz,
y noche horrible en derredor dejaron...
¡Valor! ¡llevemos del dolor la cruz!

Y tú que la miraste
tibia aún con el hálito de Dios,
si no hay consuelo que á tu angustia baste,
al menos no olvidaste
que somos ¡ay! ¡para llorarla dos!

Duende

—¡Abuela! ¡Abuela! ¿Qué es lo que siento?
¡Pálida estoy!
¡Ya de mis ojos huyó el contento!
¡Mi sombra soy!
¡Abuela! ¡Abuela! ¿Por qué me agito
de noche yo?
—Es que algún duende, rubio y bonito,
te fascinó.
No abras ¡oh niña! la celosía
de tu balcón,
que vaga en medio la noche umbría

mala visión.
Como un fantasma que se recata
va, tentador,
duende galano que serenata
brinda de amor.
Ay de la incauta, linda doncella
que se asomó,
y que del duende la frase bella
no desoyó!
¿Volar has visto la mariposa
de flor en flor?
Así es el duende cara de rosa,
que miente amor.
Y la inocente que su falsía
no receló,
¡ay! para siempre, paloma mía,
la infamia halló.
Al lecho vete... tu luz enciende...
cierra el balcón...
y no te asomes si toca el duende
de maldición.

—

Calló la anciana. La niña
una lágrima enjugó
y dijo, ahogando un suspiro:
—abuela, ya es tarde... ¡adiós!

Amor

Amame, tortolilla encantadora,
como al zenit el sol;
ámame, así cual la risueña aurora
su vívido arrebol.

Amame como quiere su ambrosía
en el jardín la flor;
como ama de su voz la melodía
festivo ruiseñor.

Amame, como el mar ama la brisa
y á la lluvia el erial;
ámame, como el niño la sonrisa
del labio maternal.

Indignación

Levántase á los cielos en raudo torbellino
del polvo de la tierra confuso nubarrón,
y cubre con sus alas el disco diamantino
del refulgente sol.

Y dícele con burla:—¡Prosigue tu carrera!
Tus rayos de topacio nublados por mí son:
tu orgullo he confundido, monarca de la esfera
tu luz amenguo yo.—

Y el sol contesta:--En breve se ha de calmar el viento
y ¡oh nube! en lodo infecto te habrás de convertir;
en tanto yo ilumino la tierra, el firmamento,
¿y el hoy y el porvenir?—

Así la envidia estúpida con pérfida insolencia,
los lauros del talento pretende mancillar...
¡Es ella polvo inmundo y es sol la inteligencia!
¡Su lumbre es inmortal!

Italia

La mano del Señor Omnipotente
los pasos todos de los pueblos guía:
de Babel humilló la altanería
y libertó á Judá de extraña gente.

A su voz soberana, de repente
acalla su furor la mar bravía,

y el cetro de la inmunda tiranía
es frágil caña que arrastró el torrente.

La humanidad contempla conmovida
de la Europa un rincón... ¡Italia! ¡Italia!
Si hoy desde el Vaticano, envilecida,

pisotea tu faz una sandalia,
Dios al murmullo mezclará del Tibre
el hossana inmortal que entona el libre.

Claro-oscuro

Un rayo en dos partido
del esplendente sol
¿no es cierto, vida mía,
que nuestras almas son?
Si alcanza á dividirlo
la bruma del dolor,
mi bien, no desesperes
que á unir lo vuelva Dios.

Si llegan congojas
tu sueño á turbar,
ó el ruido del viento que mece las hojas,
ó el eco lejano de la ola del mar;
tu espíritu ardiente
recuerde ¡ay de mí!
que en playas remotas, insomne y doliente
el triste poeta suspira por ti.

Mejor es creer

Perfume que se pierde en el vacío
es la felicidad? Miraje hermoso
que, cuando sueña el corazón ansioso
tocarlo, se evapora?
¿Será verdad, Dios mío,

que el existir es mezcla apenadora
de ansiedad, de congoja y de ilusiones?
¿A dónde vamos? Las revueltas olas
del agitado mar de las pasiones
tras las que audaz ¡oh juventud! te inmolas
acaso estrellarán nuestra barquilla
al tocar ya la suspirada orilla?

De la borrasca á la merced boguemos
y en la bonanza próxima fiemos;
que así el águila cruza por la esfera
y al rayo desafía.
También, águila osada, el alma mía,
de la tormenta en medio, cree y espera.

Constancia

Siempre vives, alma mía,
en mis recuerdos de amor,
como el perfume en la flor,
como en la aura la armonía.
Siempre en mis sueños sonríes...
formas toma
tu imágen, cual las huríes
de Mahoma.

Si en el lenguaje gentil,
misterioso del poeta,
se desprende el alma inquieta
del lodo terrestre y vil,
eres tú, maga amorosa,
vida mía,
quien da á mi arpa deliciosa
melodía.

Que es dulce tu recuerdo idolatrado,
como el agua al viajero;
como es bella la patria al desterrado,
como la libertad al prisionero.

A cuatro hermanas

Cielo sin nubes, flor sin espinas,
es, niñas bellas, la juventud
cuando sus horas más peregrinas
dan el aroma de la virtud.

En este libro mi poesía
queréis que deje huella fugaz:
mandáis vosotras, y el alma mía
un himno os alza de amor y paz.

Tan hondo encanto vuestra pureza
lleva, y es tanta vuestra bondad,
que mi fe brilla con más fijeza...
¡no es tan odiosa la humanidad!

Mas si algún día la fama varia
que aumenta os dice la adversidad,
leed esta hoja, y una plegaria
por mí alce al cielo vuestra amistad.

Que, cuando elevan las almas puras
el santo aroma de la oración,
Dios se sonríe, y en las alturas
reluce el iris de bendición.

Excusa

En la mañana
de las pasiones,
cuando engalana
con ilusiones
el Increado tu juventud,
mi voz te diera
melancolía,
niña hechicera,
que pena impía
gime en las cuerdas de mi laúd.

Con tu alma joven
en armonía
del gran Beethoven
la melodía
enamorada se halla mejor,
que los acentos
del peregrino
que da á los vientos
de su destino
el ¡ay! profundo, desgarrador.

Oriental

Pues tienes, nazarena,
caftanes de tisú,
y chales Cachemira
brinda á tu juventud;
pues Tiro te dá púrpuras
y aromas Stambul,
y la Golconda perlas
que esconde el mar azul;
quisiera yo, sultana,
¡guarde Alah tu virtud!
ser para tu belleza
el terso espejo en que te miras tú.

Quisiera ser la onda
que juega baladí
con los dorados rizos
de tu frente gentil;
quisiera ser el himno
que entona el colorín,
para arrullar tus sueños
de rosa y de jazmín;
la flor que, ardientes, besan
tus labios de rubí
quisiera ser, ó el aura
que vaga ondula en derredor de tí.

El libro del Profeta
dice al creyente fiel
que habitan las huríes
el celestial verjel;
mas cuanto tú sonríes
con dulce languidez,
y acaso un pensamiento
de amor cruza tu sién,
dudo que las huríes
habiten el Edén,
y en ese instante anhelo
tu pensamiento enamorado ser

Antifaz

¡Esto es ser venturoso! ¿Quién lo niega?
Siempre asoma la risa en mi semblante;
siempre la burla entre mis labios juega;
siempre voy tras quimeras delirante.
¡Pardiez! Si esta no es dicha, dulce amiga,
venga Dios y lo diga.

¡No! mi risa es la risa del sarcasmo;
mi burla de la angustia lleva el sello;
y mis quimeras son del entusiasmo
juvenil ¡ay! el último destello.
Si es la faz del espíritu careta,
¡adelante, poeta!

Tristeza

Pasaron ya las auras del verano,
impregnadas de aroma y melodía!
Naturaleza, en el invierno cano,
¡se viste de letal melancolía!
Densa la niebla sepultó del llano
cuanto fuera á los ojos alegría,

ni abren al sol sus perfumadas hojas
lirios azules ni amapolas rojas.

También el corazón del desterrado
á herir viene del mundo la tristeza,
que lejos ¡ay! de lo que tanto ha amado
se inclina fatigada su cabeza.
¡Sueño que un día el alma ha acariciado!
¿Por qué tu halago á abandonarme empieza?
Cual nube de los vientos impelida
te arrastra el infortunio de mi vida.

Ave de paso

No es siempre azul y transparente el cielo,
bellísima María;
y en medio del placer tiende su velo
mortal melancolía.

No todo es ilusión, paz y ventura,
ni el sol es siempre ledo;
yo, que el cáliz probé de la amargura,
yo, decírtelo puedo.
Hoy vives halagada. Tu alegría
el dolor no consume,
y encuentras en las auras armonía
y en el jardín perfume.

En tus labios de grana tentadores
retoza una sonrisa,
pura como el aroma de las flores
mecidas por la brisa.
Tu vida es como un himno á la inocencia,
como un aroma santo,
y hechizan tu serena florescencia
las aves con su canto.

Pero se enluta el prisma. Viene un día
de amargas decepciones...
No es eterna la dicha, hermosa mía...
¡mueren las ilusiones!

¡La dicha! Audaz el corazón se afana
tras su esplendor escaso,
y en el bazar de la existencia humana
sólo es ave de paso.

Oración fúnebre

Sin ser útil á nadie, ni á ti mismo;
fuiste un pavo real en el plumaje;
y el mundo, al verte en el eterno abismo,
dice:—un pícaro menos y... ¡buen viaje!

Meteoro

Pasó como del iris los fúlgidos colores,
pasó como encantada, fantástica visión,
pasó como la brisa resbala entre las flores,
¡oh flor de mis delirios! ¡oh flor de mis amores!
pero su aroma siempre tendrá mi corazón.

Los años han corrido. Mi juventud primera,
marchita ya, se inclina bajo un atroz pesar;
poético entusiasmo mi calma ya no altera;
mas ella vive siempre romántica, hechicera...
del alma su recuerdo jamás podré arrancar.

Cuán rápida, Dios mío, corrió la dulce historia,
de amor tan infinito, de tanto frenesí!
Después de otras pasiones formar quise mi gloria;
mas siempre ella presente se hallaba á mi memoria,
y muertas ilusiones en torno caer vi!

¡Felices los que olvidan! Para alegrar mis horas,
en mi camino lóbrego hallámosnos los dos...
Pasó ella como pasan de mayo las auroras,
como la blanda magia de músicas sonoras...
más repercute su eco mi corazón ¡gran Dios!

Cantinela

Pláceme en noche callada
contemplar
de la bóveda azulada
las estrellas titilar.
Y escuchar en lontananza
una canción,
como el himno de esperanza
que arrulla á la creación.
Acaso, en la sombra vaga,
se cree ver
leve sombra de una maga
los espacios recorrer.
Las hojas agita el viento
del jardín...
quizá las mece el aliento
de un alado serafín.
Bendita ¡oh noche! tu calma...
tu quietud
inspira ensueños al alma
de infinita beatitud.
Y ardiente la fantasía,
va también
de ilusión y poesía
iluminando un Edén.
Feliz quien de ese embeleso
celestial
es sacado por el beso
de unos labios de coral!

Todo se olvida

Fuera infierno del alma la memoria,
como lo es para el crimen la conciencia,
si el buen Dios no la hiciera transitoria
prestándola mezquina consistencia
—Eternamente guardaré tu historia.
—Siempre estarás presente en mi existencia.

¡Mentira vil! Al fin de la partida
todo, todo se olvida.

Cuanto soñar tu fantasía hoy puede
después por sueños trocarás mejores;
á una ilusión otra ilusión sucede,
y también se renuevan los dolores.
Sin que el recuerdo en lontananza quede,
dan la muerte á un amor otros amores...
Triste verdad, mi bien. ¡Ay! en la vida
todo, todo se olvida.

La democracia

El joven.—¡Padre! me espera el combate
Mi potro la sangre husmea
y volará á la pelea
sin sentir el acicate.
Mas dudo de la victoria
que es muy fuerte el enemigo.
El anciano.—Mi bendición va contigo
y vivirás en la historia.

El joven. —¡Padre! Al bote de mi lanza
muchos el polvo mordieron,
y al cabo todos huyeron...
¡terrible fué la matanza!
Hemos vuelto á la ciudad
y estamos de heridas llenos.
El anciano.—Con la sangre de los buenos
se riega la libertad.

El joven. —¡Padre! me siento morir.
¡Destino ingrato y cruel!
¡que á la sombra del laurel
mi fosa se haya de abrir!
¡Señor! que tu eternidad
venturosa á mi alma sea...
El anciano.—Mártires hace la idea
que salva á la humanidad!!!

Empeño

En el libro de tu historia
en ser yo, flor de las flores,
página hermosa de amores
tengo empeño;
ó en ser la ilusión postrera
que sobre tu alma vacila,
cuando á cerrar tu pupila
viene el sueño.

Bacanal

¿Qué somos? Aristas
que arrebata la brisa fugaz.
Pasamos, pasamos,
como pasan las olas del mar...

Así se evapora
en el aire una voz de placer;
así ¡oh Dios! se borra
en la arena la huella del pie.

Pues somos esencias
que se pierden en vaga espiral,
pues somos iguales
á las nubes que vienen y van.

Hagamos, hagamos,
menos triste la vida infeliz.
¡Escánciame vino!
y la muerte suspenda el festín

Quimera

Dolientes doy al aura mis débiles cantares,
que mueren de la noche fugaz en la inquietud:

la sávia de mi genio la forman los pesares,
y á su inclemencia estallan las cuerdas del laúd.

Como la mar revuelta desprende olas de espuma,
así de mis congojas desátase el turbión!
¡Señor! si el infortunio mi espíritu no abruma
será porque aún alienta la fe mi corazón.

Por eso, en mi entusiasmo, corriendo voy reacio
tal vez tras un fantasma, soñando un porvenir;
á mi ambición gigante mezquino en el espacio
¡Laureles de la tierra! Cuán presto os vi morir.

¡Quién fuera como el cóndor que cruza el infinito
rozando con sus alas los ámbitos del Bien,
para lanzar osado tan penetrante grito
que conmover lograra las puertas del Edén!

Cuando la duda toma triunfal y regio asiento,
quién fuera como el rayo del sol primaveral
para inflamar la vida, la fe y el sentimiento,
en las gastadas fibras del mundo material!

Valor, valor ¡oh nauta! ¡Prosigue, peregrino!
la nave no abandones si airado el ábrego es...
Acaso á puerto amigo te llevará el destino...
¡Un cielo azul se augura de nubes al través!

Romance

De las tristezas más íntimas
te dejo una prenda aquí,
alma que el amor comprendes,
alma que sabes sentir.
Es una historia doliente
como el vago yarabí;
que no se nuble al oirla
tu pupila juvenil.

Para que brote, en endechas,
la historia de mi laúd,

atiéndeme, flor del valle,
tus ojos préstenme luz.
Ella lección será acaso
á tu fresca juventud,
que, si de la dicha sabes,
del mal ignoras aún.

Allá, en la edad de los Incas,
me cuentan, niña gentil,
que hubo un tirano en mi patria
cuyo funesto dormir
tan sólo se conciliaba
al cantar de un colorín,
ave de gayo plumaje,
libre, amorosa y feliz.

Alegre entonaba el ave
su melodiosa canción;
de armonías se poblaba
el viento á su dulce voz;
pero, delirante, el Inca
ansió trinos de dolor,
y al colorín inocente
¡ay! los ojos arrancó.

En lágrimas, desde entonces,
se convirtió su cantar,
que caían como gotas
de la lava de un volcán.
Suspendió sus trinos gratos,
presa del dolor tenaz,
y al cabo exhaló, muriendo,
himno tierno y celestial.

En la senda de la vida
del hombre la avilantez,
al ángel que le da goces
un cáliz brinda de hiel.
Guárdete Dios, linda virgen,
azucena del Edén!
¡Guarde Dios tus alegrías!
¡Guarde Dios tu sencillez!

Flor andina

Anoche en el baile lució tu belleza.
¡Qué bella, Dios mío, te vi, por mi mal!
Tu cuerpo de fada, tu altiva cabeza,
de reina te daban el aire triunfal.
¡Qué bella, Dios mío, te vi, por mi mal!

De flores y perlas ceñida la frente
un ángel amores sintiera por ti;
y al ver la sonrisa graciosa, inocente,
que ornaba tus labios de limpio rubí,
un ángel amores sintiera por ti.

A un traidor

Atrás ¡oh miserable!
á tu propia conciencia despreciable!
De la virtud tu aliento empaña el brillo...
Mal con máscara hipócrita te escudas;
pues sentimos sonar en tu bolsillo
los dineros de Judas.

Paseo

¡Qué triste estás, alma mía!
La blanca luna riëla
y su fulgor no consuela
tu dulce melancolía.
O es que cuando se padece,
sin fortuna,
el tormento al rayo acrece
de la luna?

¡Ay! yo también padecí
desde los primeros años;

angustias y desengaños
siempre, siempre en torno vi.
Mas hice, para consuelo
á mi dolor,
una religión y un cielo
de tu amor.

Ven, ven, y lánguidamente
reclina en mí tu cabeza...
de tu aliento la tibieza
sienta rozar por mi frente.
Los abrojos de la vida
baladí
separarás, mi querida,
¿no es así?

De rosa y nácar vestida
pareces maga entre flores...
ven, te contaré de amores
una leyenda sentida.
O al arrullo, lento y vago,
de las olas,
alzaré para tu halago
barcarolas.

El mar parece un espejo
donde Dios se transparenta...
¡Cómo la extensión argenta
la luna con su reflejo!
Escena de tan sublime
poesía
¿no te ha conmovido, dime,
vida mía?

Nuestra ardiente juventud
en nuestras venas palpita...
Bendita ¡oh noche! bendita,
tu magnífica quietud!
¡Todo calla!... Desparece
tu dolor,
y en el misterio se mece
de mi amor.

Consuelo

¡No llores más tiempo, paloma del valle!
Si el hado inclemente burló tu ilusión,
sus quejas dolientes tu espíritu acalle...
¡valor, corazón!

¿Quién hay tan estóico que dentro del pecho
no encierre secreto, tirano pesar?
Cristal es la vida de lágrimas hecho,
y es ley el llorar.

Mas siempre un consuelo tiernísimo brota
del llanto... no apures su dulce raudal;
porque ¡ay! si esa fuente divina se agota,
ya eterno es el mal.

De goces el alma se gasta y hastía,
si anduvo anhelante de goces en pos;
así, tú no gastes la fiel poesía
que al alma da Dios.

¿Tan honda congoja tu sér aniquila?
¿Ninguna esperanza contemplas lucir?
Que lágrimas guarde tu ardiente pupila
para el porvenir.

Más tiempo no llores... Es fácil que estalle
mañana en tus horas tormenta mayor,
y entonces del llanto, paloma del valle,
el bálsamo no halles tan consolador.

Siempre joven

7 de febrero de 1862.

Esta mañana, al despertar, me dije,
sobre el altivo corazón la mano:
—Chico, vamos á cuentas ¿qué te aflige?
Te siento, hoy como ayer, latir ufano.

¡Bravo! ¡Bien, corazón! Mal se colige
que en tí el destino se ensañó tirano,
y que presto seréis ceniza fría,
horas de juventud y poesía.

No te abate el dolor, pobre poeta,
ni gastas tu alma con la duda impía;
se eleva audaz tu inspiración inquieta
y roba luz al sol tu fantasía.
Aún no ha traspuesto tu existir la meta
que el paso marca á la vejez sombría;
tu juventud aún tiene reflejos...
¡quédese la vejez para los viejos!

¿Qué son las canas, padre de los buenos,
sino el fruto que engendra el desencanto?
Cada una encierra una ilusión de menos
ó simboliza un hórrido quebranto.
Quien ha vivido aún poco, con serenos
ojos del porvenir contempla el manto:
no acierta á leer en su honda lontananza;
pero puede soñar una esperanza.

.....Presto un adiós doliente
de la vida daré á la primavera:
presto su huella grabará en mi frente
del tiempo destructor la mano artera.
Mas este afán indefinible, ardiente,
¿qué dice ¡vive Dios! que así te altera?
¿Qué el anhelo infinito en que te meces?
¡Corazón! ¡Corazón!... ¡Tú no envejeces!

Similia simílibus

A linda niña de tez morena,
cuyo semblante la pena atrista,
mientras deshoja con frenesí
las blancas hojas de una azucena,

médico materialista
dicen que la dijo así:

—Las dolencias del amor
no se curan, alma mía,
entregándose al dolor...
la panacea mejor
se encuentra en la homeopatía.
Porque es tremenda locura
que descolore el pesar
tu angelical hermosura...
Amor con amor se cura...
lo demás es delirar.

Amor va, poco á poco, filtrándose en el ánimo,
del infeliz mortal,
y á dominar el alma bastante es una dosis
infinitesimal.—

—A mi dolencia
no hay en la ciencia,
doctor, remedio... ¡no existe, no!
si el que es mi dueño, si el que es mi vida,
de mí se olvida...
. . . .
y en el pañuelo la frente hundió.

Voz del alma

¡Lo quiso Dios! Me dió por compañera
el arpa del poeta plañidera,
en medio á la aflicción.
Con ella la esperanza bendecida
que, sobre mi alma por el rayo herida,
vierte consolación.
¿Por qué cantan las aves á la aurora?
¿Por que la luz los horizontes dora
y da aromas la flor?
¡Todo en la creación es armonía!
Así tiene también su poesía
misteriosa el dolor.

Rayo de luna

Al rayo que vierte la luna templada
en la inmensidad,
ual maga que cruza por senda encantada
miré tu beldad.

Y entonces un cielo de goce y ventura
osé ambicionar,
ue todas mis fibras al ver tu hermosura
sentí retemblar.

¡Bendito ese rayo de luna! Bendito
su tibio fulgor,
ue trajo á mis ojos tu encanto infinito
y asaz tentador.

De entonces las horas de halago reviste
mi ardiente pasión...
Bendito ese rayo que al pecho del triste
volvió la ilusión!
Tu pie delicado la espuma besaba
del mar mugidor,
dentro de mi alma, mi bien, estallaba
tormenta mayor.

Si el genio que traza del hombre el camino
me aparta de ti;
10 olvides, no olvides que amarte es mi sino...
que vives en mí.

En un retrato

¡Adiós! ¡Adiós! ¡La suerte lo ha querido!
Si se borra mi nombre de tu mente,
también, también sepulta en el olvido
la pobre imagen de tu amigo ausente.

Billete

¡Sí! Yo en ti siempre entusiasmado pienso
y llenas de mi espíritu el santuario,
como la nube de aromado incienso
que se eleva en el templo solitario.
Quizá este amor indestructible, inmenso,
á mi agitada suerte necesario,
es el rayo de sol que el Infinito
irradió en el sendero del proscrito.

Por él acaso la esperanza no haya
abandonado la existencia mía;
por él acaso, en extranjera playa,
tiene vida en mi sér la poesía.
Más feliz ella que tu amante, vaya
en la patria á halagar tu fantasía,
cuando se hunde en la mar vertiginosa
la faz del padre de la luz hermosa.

Si mece entonces murmurando el viento
los rizos blondos de tu frente blanca,
él á tu oído llevará mi acento
y los suspiros que tu amor me arranca.
¡Mi espíritu va á ti! De su ardimiento
el infortunio la violencia estanca;
mas si es forzoso que sucumba y ceda,
para tu amor la eternidad me queda.

No se halla, en tanto, mi existir desierto
de algo que alivio á mis dolores sea:
sueña contigo el corazón despierto
y tu memoria su ansiedad recrea.
Mi espíritu va á ti, su sólo puerto
en la borrasca atroz que me rodea,
como va al cáliz de la flor naciente
el beso perfumado del ambiente.

Envidia

En el cáliz de la rosa
se ha posado temblorosa,
una gota de acuático cristal;
y otra perla que un querube
desprendiera de la nube,
á morir va sin agravio
en tu labio.
virginal.

Quién me diera, flor divina,
ser la gota peregrina
del ligero rocío matinal,
que ha vivido un sólo instante
acariciada y amante,
entre la sonrisa loca
de tu boca
de coral!

A Heraclio Fajardo

En horas que en mi alma sembraron el duelo,
ual tú contemplando distante mi hogar,
roscrito del patrio, bellísimo suelo,
rindó á mi quebranto deleite y consuelo
tu dulce cantar.

Poeta que cantas á orillas del Plata,
us trovas sentidas llegaron á mí
ual eco lejano de cítara grata,
ligándome á ti.

Hermanos en el arte
y en la creencia hermanos,
un eco me consagras
de tu inmortal laúd;
si impide la distancia

se estrechen nuestras manos,
acepto yo tu ofrenda
con honda gratitud.

Quizá, quizá el destino
juntarnos quiera un día,
bajo la sombra fresca
de secular ombú!
Memorias, entretanto,
de afecto y simpatía,
te lleven en sus alas
las brisas del Perú.

A---

Cuando de tu alma penetré el arcano
yo, de despecho y de pasión, temblé...
Babel revuelta el corazón humano
de sentimientos encontrados es!

Sarcasmo

Y te admiras, modesta paloma
de ver que en mis labios
la sonrisa glacial siempre asoma
y el ¡ay! del sarcasmo?

He perdido del pecho la calma,
sufrí desengaños,
y agostada de entonces está en mi alma
la fuente del llanto.

¡El amor! ¡La amistad! Si supieras
que son nombres vanos
como yo, como yo sonrieras
oyendo invocarlos.

Mi alma es árbol que se alza en la cima
y herido es del rayo...

¿Quién la fe que se apaga reanima?
¿quién da vida al árbol?

Yo soy sólo un poeta que halaga
su mal solitario
con el eco que tímido vaga
de su íntimo canto.
Mas si altar se elevó al egoísmo
y al vicio y engaño;
si la fe, en tan atroz cataclismo,
se ha hundido en el caos;

Si ponzoña á la brisa va unida;
si vil desencanto
hiere el genio y enerva la vida
y el noble entusiasmo;

¿Qué nos resta á las almas ardientes
que un cielo soñamos,
y que no doblegamos la frente
en este contagio?

Tiene el mar sus salobres espumas,
espinas un ramo,
tiene el cielo azulado sus brumas,
y el hombre el sarcasmo.

La perla

(En el álbum de Mercedes)

¡En el nombre de Aláh! Dios me perdone
principiar con la sura
del Korán; màs me abone
de mi genio la innata travesura.
Y es que anoche, Mercedes,
por conciliar el sueño,
cansado de extasiarme en las paredes
que forman mi tugurio de proscrito,
me eché á leer con afanoso empeño,

los delirios de un loco morabito,
que ha comentado con gentil decoro
el libro escrito sobre planchas de oro.

Oye la alegoría
que ese moro poeta
ornó con brillantez de fantasía.
¡Dios es Dios y Mahoma su profeta!

—

Del rocío purísimo del cielo
blanca una gota, transparente y fresca,
cayó sobre el espejo de los mares,
rosada el aura al despuntar serena.
La gota, al verse abandonada y sola,
por el espacio de la mar inmensa,
se estremeció de espanto. ¡Desdichada!
¿quién dará amparo á su orfandad extrema?
Flotando por el piélago infinito,
y entre las algas cárdenas envuelta,
como al doliente espíritu la dicha,
una concha acercóse á la viajera.
—¿Dónde vas, peregrina de los cielos?
¿quién á las olas te arrojó revueltas?
Ven, que en mi seno encontrarás abrigo,
ven, yo te salvaré de la tormenta.—
Y cien soles pasaron esplendentes,
y al fin, la gota convertida en perla,
grande, bella, magnífica, envidiada,
fué á adornar el turbante del Profeta.

—

Como esa perla, querida mía,
y no lo olvide tu juventud,
es un tesoro de gran valía
la florescencia de tu virtud.

Melancolía

No es este que contemplo tu horizonte,
patria infeliz á la cadena atada:
no está aquí el natal valle, ni aquí el monte
donde altiva fijóse la mirada.

En vez de alfombra de verdor lozano,
halla espinas la planta en el sendero;
aquí ninguno me apellida hermano,
aquí soy para todos extranjero.

No hay aquí corazones que respondan
al afanoso palpitar del mío,
ni sonrisas purísimas que escondan
tesoros de entusiasta desvarío.

Las brisas de la patria aquí no orean
con su soplo mi frente enardecida,
ni alivio blando á mi congoja crean
mi padre anciano, mi gentil querida.

En la noche, el apoyo de mi brazo
tu cuerpo en vano, buscará doliente...
¡Pobre viejo! Al herirme, de rechazo,
hirió el destino tu ánimo valiente.

Gratos como la luz del firmamento,
á mi espíritu sois, seres queridos;
si levanto hasta Dios el pensamiento,
van en él vuestros nombres confundidos.

¡Oh patria de mi amor! La fantasía
á ti me lleva en la nocturna calma...
Presente siempre á la memoria mía,
vives en el altar que te alza el alma.

A una artista

Estrecha misteriosa simpatía
á los que anima santa inspiración:
tu alma es de artista y la buscó la mía,
que ambas hermanas para el arte son.

La vida te sonríe, como al niño
de tierna madre el encantado amor,
y gozas de un esposo en el cariño,
y la gloria te ofrece su esplendor.

Dios con el genio te prestó hermosura,
y un corazón de bienes talismán...
que no turbe ¡Ventura! tu ventura
el dardo envenenado del afán!

Tú, la fama hallarás en la paleta
que dió nombre inmortal á Rafael...
y yo, con mis delirios de poeta,
nunca á mi frente ceñiré un laurel!

A ti el aplauso que soñó la artista
te guarda el porvenir con profusión:
en tanto á mí, como á la leve arista,
me arrastra de la suerte el aquilón.

Pero si el nombre de hermano
no le niegas al poeta,
cuya inspiración inquieta
tiene el sello del dolor;
si esta página leyendo
tu espíritu se ha agitado,
habrás, Ventura, arrojado
en su camino una flor.

Contraste

Mi alma como la noche está sombría
y del tormento se abrasó en las fraguas.

En vano busca luz, y hallar ansía
la fe que hace marchar sobre las aguas.

Triste de aquel que en la existencia avanza
y en su sér lleva del dolor la espina!
Como á Lázaro, quien á mi esperanza
ha de decir:—¿levántate y camina?

¡Se burlan del dolor y la agonía!
Cristo arrojó, para brindar ejemplo,
los mercaderes de la grey judía...
¡No profanéis del infortunio el templo!

No quieras, sensitiva delicada,
unir tus goces con las penas mías.
Música son tus horas regalada,
mi vida está desierta de armonías.

Tú, bella como el iris en el cielo,
y risueña como él, como él radiante;
y yo, que llevo de infinito duelo
la huella indestructible en el semblante.

Tu corazón rebosa de alegría;
mi espíritu está henchido de tristeza;
mal se avienen la gala y lozanía
del lirio con la cárdena maleza.

Julio Arboleda

En la estrecha montaña que una tarde
regara con su sangre generosa
el héroe de Ayacucho, misteriosa,
y traidora, y cobarde,
para mengua del suelo granadino,
la mano alza otra vez un asesino.
De la sublime demòcracia en nombre,
que acepta al bueno, que rechaza al malo,
se ha asesinado á un hombre...
al cantor de Pubenza y de Gonzalo!!!

¡Eso dirá la historia!
Y el pueblo colombino será reo
si en él no se alza un nuevo Macabeo,
que reivindique su empañada gloria
y esa página borre infamatoria.
Si hay turba que el delito deifica
de la guerra civil en la tormenta
coronando asesinos,
vendrá el rayo de Dios que purifica;
porque El, en su jusicia, toma cuenta
también á una nación ¡oh granadinos!
¡No! no puede Colombia
soportar en silencio el torpe crimen,
que á protestar de tanta villanía
Bolívar de su tumba se alzaría.
La noble democracia no consiente
el comprado trabuco del bandido,
que ella siempre ha vencido
en combate leal, y frente á frente.

Genoveva Charny

¿Quién me dijera, linda azucena
cuando la márgen pisé del Sena,
que el primer eco de mi laúd,
un eco fuera de horrible pena,
al ver marchita tu juventud?

¡Breve en la vida fué tu jornada!
Tú que viviste enamorada
de lo sublime, de lo ideal,
la tierra dejas, flor nacarada,
por otra patria, patria inmortal!

La patria del espíritu
te abrió sus puertas de oro,
paloma peregrina
del valle del dolor;
los ángeles enjugan
de tu pupila el lloro,

y en el espacio vives
del Infinito Amor.

Mas ¿dónde el noble amigo
que te adoraba tanto,
podrá de sus dolores
hallar consolación?
Para él tú serás siempre
como un perfume santo,
que guarda allá en el puro
crisol del corazón.

En la tumba de Alfredo Musset

¡Poeta del dolor! Sobre tu losa
vino á llorar un vate americano.
fraternidad de penas misteriosa
siempre ha ligado el corazón humano.
Cansado de sufrir aquí reposa
tu cuerpo; mas tu genio soberano,
como otro sol que en el zenit se mece,
en el mundo del arte resplandece. (1)

A Laura Ascasubi

Aunque ave pasajera
por la orgullosa Francia,
el bardo americano
te brinda su canción.

(1) Visité la tumba de Musset en compañía del poeta argen[t]ino Ascasubi, quien plantó al pie de ella un sauce babilónico con [l]a siguiente inscripción:

Un poeta de América te trae
aqueste sauce, cuya sombra grata
sobre la losa de tu tumba cae
como un beso que al Sena manda el Plata.

Estamos de la patria
querida á gran distancia;
mas guarda su encantado
recuerdo el corazón.

Viniste las riberas
á engalanar del Sena,
del argentino valle
la más preciada flor;
pero esta bruma densa
tu espíritu envenena,
que aquí no tienen vida
tus sueños de candor.

¡El Plata! Allí se encuentran,
¡oh Laura! tus memorias;
la tumba de tu hermana,
los goces del hogar;
del vate y el soldado,
tu padre, están las glorias;
cuanto á soñar alcances
allí lo has de encontrar!

Yo sé que del poeta
profético es el canto;
que el porvenir más plácido
allí lograrás tú;
mas, Laura, en esos días
de misterioso encanto,
acuérdate del pobre
poeta del Perú.

En Italia

Almas de fuego la Italia cría;
en ella el genio vive de amor;
todo respira de poesía
cierto perfume consolador.

Bajo su cielo, por todas partes
la fantasía siente vagar

aquí las glorias, allá las artes...
siempre recuerdos que hacen gozar.

Magüer aún llevas cadena odiosa,
magüer tu cuello ciñe un dogal,
todos te amamos, madre gloriosa
del sentimiento, de lo ideal.

Y, pues soberbia fuiste en ideas,
bebe en el cáliz hoy de otra edad,
y, cuando Italia de nuevo seas,
sé arca que guarde la libertad.

Venecia

A Carlos Augusto Salaverry

Heme aquí, peregrino de la América,
mirando audaz lo que Venecia fué;
y al cruzar sus canales en la góndola
un cementerio me parece ver.

¡Venecia! Yo de tu pasado espléndido
quiero el recuerdo plácido evocar,
poderosa y feliz en la república,
grande y feliz bajo el poder ducal.

Mas doquier torno mis pupilas ávidas
marcas de esclavitud hallo en tu sién;
eres tan sólo ya glorioso túmulo,
como lo es Tiro y lo es Jerusalén.

Tu carnaval fantástico y tus máscaras
no turban de San Marcos al león
que, prisionero en su dorada cúpula,
duerme el sueño fatal de la abyección.

¡Oh! quién dijera al contemplarte, mísera,
que bajo el cielo que te cubre fué

donde colores encontraron mágicos
Schiavone, el Ticiano, el Veronés.

—

¡Pobre Venecia! Así dicen,
allá en el Lido tus hijos,
cuando en baja voz maldicen
llorando duelos prolijos.
Y esclavos tus gondoleros
cruzan tus tranquilas olas,
sin entonar placenteros
barcarolas.

De enero en las noches gratas
no oyes, bajo tus balcones,
de plácidas serenatas
las amorosas canciones.
que pesando vil cadena
sobre la patria infelice
mal con sus dolores dice
la amorosa cantilena.

¡Pobre Venecia! El austriaco
besa audaz á tus doncellas
y entrando en el Rialto á saco
sembró del terror las huellas;
pero odian la tiranía
siempre tus hijos leales,
y aguzan en noche umbría
sus puñales.

¡Gondoleros! Vuestro canto
sea un canto de venganza!
Que, al llorar, en vuestro llanto
tenga aún vida la esperanza!
Ante el Austria que os desprecia
protestad, nobles y bravos,
que los hijos de Venecia
no nacieron para esclavos.

¡Venecia! ¡Polonia! ¡Hungría!
hermanas que, entre cadenas,
miráis despuntar del día
las alboradas serenas;
el Austria y el moscovita
han hecho sucios girones,
vuestra libertad bendita,
vuestra vida de naciones.

Del Adriático azulado
un tiempo reina y señora;
tú que contemplas ahora
tu altivo pendón trozado
¿por qué, por qué desesperas?
ten fe, se acerca el mañana
en que á ser tornes lo que eras,
¡italiana!

El cubil de la fiera

Rockstone-house. SOUTHAMPTON

Era la tarde. El rey del firmamento
su corona de fuego desceñía,
y en la curva del mar en movimiento
chispas de oro y de plata desprendía.
A solas con mi loco pensamiento
por la umbrosa alameda discurría,
admirando el coloso de la tierra
que llamamos la vieja Inglaterra.
Mas de pronto sentíme estremecido,
como á impulso galvánico, ante un hombre.
¿Quién era ese fatal desconocido
que asi me impresionaba? ¿Cuál su nombre?
¿Por qué el sello del réprobo iba impreso
sobre su frente audaz? ¿Por qué sus ojos
brillaban con satánico embeleso?
¿Por qué vagaba por sus labios rojos
tan glacial ironía
que se heló de pavor la sangre mía?

Siempre, siempre del tigre carnicero,
que en pobre res la ruda garra embota,
al acercarse intrépido viajero
á la cueva de víctimas abismo,
el olor acre de la sangre azota
su débil organismo.

Por mi propio sendero
cruzaba, á la sazón, un extranjero,
de la América inglesa feliz hijo,
que un nombre odioso á mis oídos dijo.
Yo no sé maldecir... y siempre hermano
á todo hombre llamé; mas sentí altivo
encono que en mis fibras se dilata,
y recordando á un trovador del Plata,
también como él, un rayo vengativo
al cielo demandé contra el tirano,
borrón funesto del linaje humano.
Y como el peregrino
que huye, en su camino
víboras encontrando ponzoñosas,
de Rockstón me alejé, mansión de Rosas,
el Caín de un gran pueblo americano,
el Nerón argentino.

Aflicción intima

(Al poeta Luis Benjamín Cisneros)

Hay horas en la vida
de tedio y amargura,
en las que agota el alma
la hiel de la aflicción:
en que el insomnio viene
como fantasma impura,
y con sus manos férreas
nos prensa el corazón.

Las mágicas quimeras
de amor y poesía,

el paso libre dejan
á triste realidad:
del arpa del poeta
se apaga la armonía,
cual si extendiera en torno
su voz la tempestad.

Cobarde en esas horas
el corazón vacila
y anhela de las tumbas
la fúnebre quietud;
la fe de una creencia
sobre la duda oscila;
cadáver nos creemos
en flor de juventud.

Si el cielo es nebuloso,
si es árido el camino,
si vaga uno perdido
sin dirección, sin luz;
¿por qué maldice el mundo,
doliente al peregrino
que soportar no pudo
de su dolor la cruz?

Las zarzas punzadoras,
hiriendo la existencia,
ambicionar nos hacen
de ese tormento el fin.
¡Señor del firmamento!
¿Por qué á tan triste herencia
sujeta ha de estar siempre
la raza de Caín?

¡Atrás! dentro el espíritu
un misterioso acento
nos marca en el combate,
la ruta del deber.
La lucha purifica,
la lucha da ardimiento,
y el ánima engrandece
y eleva nuestro sér.

El libro do está escrita
del Cristo la leyenda,
la Biblia, nos enseña
severa una lección:—
Milicia son los días
del hombre en esta senda:
sus horas cual las horas
del jornalero son.—

Y si como el romano
atleta, al fin vencido,
caemos bajo el arma
terrible del dolor,
con la conciencia altiva
que da el deber cumplido,
ante su trono espléndido
el alma irá, Señor!

Camino del cielo

¡Vedla! cubren su belleza
albos, transparentes tules;
así una estrella circundan
ledas nubes.
No la despertéis, que duerme
la niña de ojos azules,
y sueña con sus hermanos
los querubes.

Cuando al lucir la mañana
el sol dilata sus luces,
y sobre cuanto es creado
calor y vida difunde,
no llores, madre, no llores;
y alienta el consuelo dulce
que va camino del cielo
la niña de ojos azules.

Esta composición ha sido traducida al portugués por el po
brasilero J. Serra, en su libro *Cuadros* y al alemán por L.
rapsky, en su libro *Andina*.
En prenda de agradecimiento á mis benévolos amigos rep
duzco ambas traducciones.

Caminho do ceo

Vede! cobre-lhe á belleza
albo, transparente vèo!
Assim, circundam estrellas
branca nuvem lá no cèo!
Não a acordeis! Ella sonha
com anjos sonhos de luz!
Não desperteis a menina,
rosa dos olhos azues!

Quando emfim raiar o dia,
e o sol no espaço lucir,
sobre toda a natureza
vida e calor diffundir,
pobre mâe! não chores, fita,
os olhos alli na cruz...
que vay caminho da gloria
rosa dos olhos azues!

JOAQUIN SERRA.

Der weg zum himmel

Duftig zarte Schleier weben
Um ihr blasses Angesicht
So umfliessen Silberwolken
Einen Stern mit mildem Licht.
Lächelnd liegi sie, wie im Schlummer;
Wecket nicht das schone Kind!
Ven den Engeln, ihren Brüdern,
Träumt sie eben süss und lind.

Wenn der Sonne goldnes Auge
Durch díe Morgenschatten bricht,
Und der Erde bange Träume
Wendelnin ein Meer von Licht:

Mutter, dann vergiss der Klagen,
Stille deiner Thränen Lauf!
Sieh! umschertz von Engels schaaren
Schwebt dein Kind zum Himmel auf.

L. Darapsky.

Cantarcillos

I

De los mares azulados
las borrascas conocí,
allá en los pasados tiempos
de mi mocedad feliz.
¡Qué mucho, pues, que no logren
tus ojos de serafín
el imán que en otros tienen
ejercer ya sobre mí!
Con la bendición del cura
esa mano de jazmín
me ofreces... ¿te has vuelto loca?
¡pues es un grano de anís!
Al cura respeto mucho
y bien sin él me sentí!
Con él no quiero más tratos
que en el trance del morir.
Que hable á tu madre dijiste
de mi cariño... ¡ay de mí!
Yo, que á las viejas profeso
un odio más que cerril,
bandera de parlamento
habré de ponerles, dí?
Ya tanta esquivez me explico,
cuando me acercaba á ti:
—Que nos observa mi tía...
Tal vez me van á reñir...
Ya murmuran las vecinas
de que usted no trae buen fin...
¡Jesús! que me ruboriza
lo que usted me va á decir...

No se me aproxime tanto...
si ya estoy como el carmín...
y tantos otros repulgos
de coqueta baladí.
¡Yo una suegra!! ¡No, en mis días!
Renuncio á tu amor febril,
cantándote un cantarcillo
que del pueblo recogí:

Niña de los ojos negros,
bucarito de alhelí,
te conocí el barlovento
desde que te vi venir.

II

Bañas con lágrimas, niña,
tus mejillas de alabastro,
y no piensas que las lágrimas
marchitarán tus encantos.
Así es la vida, azucena
de las auroras de mayo,
en cuyo cáliz se posa
el rocío delicado,
llanto que lloran los ángeles
desde el firmamento gayo.
Tus males, prenda querida,
bien quisiera consolarlos;
mas á enfermedad del alma
remedio no presta el canto.
Espera, que la esperanza
es de los duelos el bálsamo;
espera, que no es eterno
de las almas el quebranto,
La bonanza sigue siempre
al huracán más insano,
y vienen horas de gozo
tras las de tormento amargo.

Rema, mi vida, rema,
vamos remando,

que otra orilla veremos...
¡Dios sabe cuándo!

III

¿Por qué así, tortolilla
de la arboleda,
del lado de quien te ama
tanto te alejas?
¿Será para que anhele
tu pronta vuelta,
y que sueñe delicias
quien por ti pena?
Si esto es cierto, alma mía,
¡bendita seas!
Pues dulzuras promete,
¡bendita ausencia!
Por eso al compás canto
de mi vihuela;

que tu madre, sin duda,
fué confitera.

IV

Con Lucas el barberillo,
hace dos noches ó tres,
que tú, al toque de la queda,
das en salir, Isabel,
á platicar en la puerta
y eso, chica, no está bien.
Vé que si esto se repite,
si esto vuelve á suceder;
te arrimo una buena felpa
ó te corto el pelo; vé
que vecinas hay chismosas
y murmuran á placer.
Vé que el honor de una moza,
bonita como un verjel,
nunca anda bien puesto en lenguas
de la vecindad, y que
ese loco chischísveo

nunca me ha sabido á miel.
—Madre, en sus tiempos pasados,
que acaso ha olvidado usted,
pudo resistirse á voces
de:—chica, te quiero bien;
serás mi media naranja,
pimpollito de clavel,
y por ti me prevarico
cual por el agua la sed—
dichas por algún buen mozo
con retintín y altivez!
No resiste á esas palabras
la que ha nacido mujer,
y en el cristal del arroyo
con buen palmito se ve,
y siente dentro el almario
un alma de fuego arder.
Y por fin, madre, se olvida
usted de cantar aquél:

Quererle cortar las alas
á dos que se quieren bien,
es echar al fuego leña
y sentarse á verla arder.

V

Virgen de los negros ojos,
la de la fuente de nieve,
la de mejillas de rosas,
la de labios de claveles,
la que perlas orientales
risueña luce por dientes,
la que cautiva más almas
que los piratas de Ostende;
sal, abandonando el lecho
en que tu beldad se aduerme,
á escuchar la serenata
de quien por tu amor se muere.
Dos tardes há que en tu casa
sostuve tu cuerpo leve,
entre mis brazos, bailando...

¡perdone Dios mi deleite!
Entonces te hablé de amores,
y mis angustias crueles
de tu corazón las puertas
fueron á tocar, y flébil
un *sí* cariñoso y tierno,
asomó á tu boca breve.
Yo tuve celos del viento
que pudiera sorprenderle;
porque ese *sí* es más preciado
para mí que muchos bienes.
Mi corazón está, niña,
prisionero entre tus redes,
y es fuerza que para Pascua
amante al altar te lleve.
Por eso cabe tu reja
me encuentro cantando alegre:

De los cien embarazos
que el amor tiene,
ya llevamos vencidos
noventa y nueve.

VI

Perla de la gentileza
llama un mi amigo á Leonor,
y á fe que, al darla ese nombre,
tiene de sobra razón.
Pie enano, breve cintura,
alabastrino el color,
labios de púrpura y ojos,
que su luz roban al sol.
Nunca más linda doncella
la imaginación soñó
en los sueños de un poeta,
que asaz fantásticos son.
Mas ¿por qué vaga una lágrima
de su párpado en redor?
Acaso la desventura
en ella clavó su arpón,
en ella que, por su gracia,

y su virtud y candor,
ser merece tan dichosa
cual los ángeles de Dios?
Cierto: en la vida á los unos
toca de la dicha el don,
y para otros por entero
es la herencia del dolor.

Hasta los troncos del monte
tienen su separación:
de los unos se hace efigies,
y de los otros carbón.

VII

Mujer de todos los diablos,
haces en quejarte mal;
si ayer fuí todo ternura,
hoy soy todo pedernal.
Hoy, á mis plantas rendida,
sufrir te toca y callar,
que ayer sufrí yo, y á todos
les llega, al fin, su san Juan.
Con desdenes me pagabas
de mi cariño el afán;
llegó mi turno, y te pago,
mujer, con moneda igual.
Quédense las jeremiadas,
faltas de oportunidad,
pues lo reza así del pueblo
un sentencioso cantar:

La del yunque y el martillo
es la ley universal;
cuando uno es yunque, recibe;
cuando uno es martillo, dá.

VIII

Te quise... porque te quise,
niña de cabellos de ángel,
porque esa fué del destino

la voluntad inmutable.
¡Cuántas lágrimas me cuesta
este cariño constante,
porque tú, luz de mis ojos,
con desdenes me abrumaste!
¡Ay, ilusiones soñadas!
¡Ay, esperanzas falaces!
¡Ante el rigor de la ingrata
cuán presto en humo os tornasteis!
Traidora asaz fué la estrella
que iluminó, en este valle,
el instante en que á tu hechizo
rendí el alma incontrastable.
Por eso vago doliente
en las yermas soledades,
y el peso de mi infortunio
hace, paloma, que cante:

Se subió mi pensamiento
arriba de aquel adarve,
y después de estar arriba
no supo cómo bajarse.

IX

Una vez—fué en el tiempo
que su fragancia
derramaban las flores
sobre mi infancia—
un sér idolatrado
grabó en mi frente
un ósculo más puro
que el del ambiente.
Sentí no sé qué vago,
dulce embeleso...
se exhaló toda su alma
sobre aquel beso!
Y aprendí desde entonces
¡ay! que en la vida
estamos siempre, siempre
de despedida.

Entre flores y abrojos
peregrinamos,
y sentidos adioses
sin cesar damos.
Feliz tú, linda niña,
la que sonríes
mostrando blancas perlas
entre rubíes,
que aún de la despedida
la pena ignoras,
que del adios no oiste
sonar las horas.

¿Dices que no se siente
la despedida?
¡Ay! di al que te lo dijo
que se despida.

X

Desde que asoma la luna
por la azulada extensión
hasta que viene del alba
el clarísimo arrebol,
ramilletico de lirios,
estoy bajo tu balcón,
á los hierros de tu reja
contándoles mi dolor.
¡Quién fuera, doncella linda,
ese blanco cinturón
que ciñe tu talle esbelto,
delicado y cimbrador,
como la enhiesta palmera
que remece el aquilón,
con el más púdico abrazo
que mi amor imaginó!
¡Quién fuera ese cortinaje
que, formando pabellón
sobre tu cándido lecho,
oculta tanto primor!
¡Quién fuera gota del fresco
rocío que manda Dios,

para besar los corales
que en tus labios puros son,
é ir á morir en el cáliz
de una fraganciosa flor!
Mas, pese á mi negra estrella,
no ablando tu corazón!
Y tú, insensible á mi queja,
cada vez con más rigor
tratas de apagar el fuego
en que abrasándome estoy.
¡Ay! por eso mis tristezas
te cantan esta canción,
niña de la negra crencha,
rosita de Jericó:

Se subió mi pensamiento
arriba de aquel adarve,
y después de estar arriba
no supo cómo bajarse.

XI

Pues por todos los santos
juras que me amas,
y que nunca olvidarme
podrás liviana,
una correccioncita
pretendo que hagas,
corrección académica,
sobre palabras.
Para un amor eterno
la vida es nada:
la vida es como el humo
que presto pasa.
Pero el alma no muere,
jamás acaba,
que es destello divino
de eterna llama.
Por eso en tus caricias
cambia palabras:
no me llames—*tu vida;*
llámame—*tu alma.*

XII

Para desengaños, hija,
el tiempo—dice un membrete
que llevan las cajetillas
de los cigarros de Allegues—
Pobre de mí si entusiasta
á ti me uno *in facie eclesiæ*,
halagado por tus gracias
y tus palabras de mieles!
De fijo que al mes cumplido
mostrabas la hilaza feble,
y yo, sin más requilorios,
que te cascaba las liendres.
¡Vaya! El ángel de mi guarda
me salvó de la pendiente;
pues anoche tus vecinas
¡Dios su caridad las premie!
cosas de ti me contaron
que me dejaron pelele,
como hay Cristo, y lo que es más
arrepentido, y por siempre,
de casarme con muchacha,
que historia más larga tiene
que la que lleva por título
los doce pares franceses.
Y canto, en son de salmodia,
por eso en la calle al verte:

Anda, dile á tu madre
que te empapele:
que el galán que te quiso
ya no te quiere.

XIII

Oh niña, niña, niña,
la del tontillo
hueco cual la cabeza
de los Ministros.
¿Sabes esta mañana

lo que me han dicho?
Que por ti en los infiernos
hay infinitos;
pues son tan tentadores
tus ojos lindos
que harán pecar á un santo
del cielo mismo.
Cuando á la calle sales
¡qué cuerpo, Cristo!
¡y qué pie tan remono,
tan repulido!
y luego un zarandeo
tan subversivo!
Por eso contemplándote
un fraile dijo:

Tus pecados mortales
son tan bonitos
que yo, aunque me condene,
te los bendigo.

XIV

Doncellica más preciada
que los fulgores del sol,
la por gentil codiciada
de cuantos cristianos son,
que aspiran á hacer conquistas
para el reino del Señor,
pues vivir hace en su guarda
sacramental bendición:
muchacha que, en el otero,
vas de una flor á otra flor,
como va la mariposa
de la ardiente llama en pos;
si, al fin, tus alas doradas
ha de quemar el calor;
si, al fin, ante algún mancebo
rendirás el corazón;
niña, lo que ha de ser tarde
que sea pronto es mejor,
y empieza ya por quererme.

¡por vida del otro Dios!
Que no perderás te afirmo
haciendo tal elección:
pues para apreciar, sin duda,
los quilates de mi amor
el pueblo, siempre poeta,
este cantar inventó:

Nació David para rey,
para sabio Salomón,
para llorar Jeremías,
y para quererte yo.

XV

Pobre nave que luchando
con el revuelto huracán,
roto el timón y sin rumbo,
boga entregada al azar,
¿quién al puerto suspirando
¡oh nave! te llevará?
Existe un Dios que á los buenos
no ha abandonado jamás,
y fía en él, marinero,
que él es fuente de bondad.
Pero, entretanto que el cielo
más felices horas dá,
canto, como canta el pueblo,
bañada en llanto la faz:

La imagen de mi fortuna
miro en las olas del mar:
los males son los que vienen,
los bienes los que se van.

XVI

Si antes, mujer, sonrisas viste en mis labios
é porque la amargura de tus agravios
ιurado no había mi corazón.
s un cielo sin iris resplandeciente,

Y voy de la existencia por el camino,
fatigado viajero cuyo destino
es ir la cruz llevando de su aflicción.

¡Bien haya ese poeta que pueblo llaman!
Bálsamo son sus cantos para los que aman
y sufren desengaños y atroz pesar.
Voy á la fuente y bebo; no la enamoro...
que acrece su corriente con lo que lloro...
¡Pueblo! ¿para mí hicistes ese cantar?

XVII

Cuando vas á la Alameda,
cuando vas al Coliseo,
todos, cristianos y turcos,
en ti clavan los gemelos.
A todos, mujer, fascina
tanta gracia y embeleso
como plugo al Infinito
poner en tu rostro bello.
Angel los unos te llaman
bajado del firmamento,
y para los otros eres
hurí del séptimo cielo.
Pero yo, que tus traiciones
pude conocer á tiempo;
pero yo, que de tus ojos
me he consumido en el fuego;
yo, que he bebido en tus labios
de la mentira el veneno,
engañadora sirena
cuya falsedad execro;
al contemplar esa turba
de enamorados que, ciegos
con la fiebre del cariño,
tus huellas marchan siguiendo,
aspirando una mirada,
una sonrisa, un consuelo,
una flor de tu peinado,
un favor el más pequeño,
digo entre dientes un canto

es lirio sin perfume que nos aliente,
juventud que carece de una ilusión.

No era un crimen ¡ingrata! quererte tanto.
Era soñar contigo mi sólo encanto,
y vivir de tu vida mi único bien.
Al perder tu cariño sentí infinito
dolor, como el que pudo sentir proscrito
Adán de las delicias del grato Edén.

¡Hoy la vida me cansa! Sin ti, bien mío,
tiene el alma profundo, fatal vacío!
¡Ay! mis sueños de gloria ya muertos son.
que, en la niñez, oí al pueblo:
Laguna cuyos cristales
vuelven del sol el reflejo,
no me acercaré á tu orilla...
yo sé que en tu fondo hay cieno.

XVIII

Emma

Virgen de los rizos de oro,
perla de la costa inglesa,
que tienes siempre en tus labios
consoladoras promesas,
para enjugar toda lágrima,
para alejar toda pena;
al mirarte, yo he sentido
una casta complacencia;
que todo en ti, dulce niña,
á la mujer me recuerda
que dejé, triste y doliente,
allá en mi patria ribera.
Acaso aleve destino
nunca á sus brazos me vuelva...
sufrí tanto que he perdido,
niña, hasta la fe en mi estrella!

Mas tú no pides sollozos
sino un cántico al poeta,

y ¡por Dios! que de su lira
son gemidoras las cuerdas.
Ni cuadra bien el hablarte
de mis íntimas tristezas,
de que llevo en el espíritu
la nostalgia de la América,
á ti, búcaro de flores,
á ti, querub de inocencia.

PASIONARIAS

1865 á 1870

A—

Horas tuve bien contrarias;
mas, del alma por consuelo,
como el iris en el cielo
brotaron mis *Pasionarias*.
Niña gentil, á ti van:
y ojalá en mis pobres flores
halles perfume y colores
que ahuyenten de ti el afán!

PROLOGO

¿Por qué nos atrevemos á escribir estas líneas al ·ente de las PASIONARIAS?

Porque hemos tenido la fortuna de que este volu- .ien haya caído á nuestras manos antes de publi- arse; porque nos ha hecho sentir, recordar, com- arar, meditar; y porque encontramos una satis- acción amistosa y vivísima al consignar aquí nues- ras impresiones personales, impresiones que, es- amos seguros de ello, compartirán con nosotros nuchos de los lectores.

En efecto, este libro está lleno de encanto para os que conocemos á RICARDO PALMA desde la pri- nera juventud, y lo hemos seguido en todas las ·icisitudes de su vida literaria, política, periodís- ica, burocrática y parlamentaria.

Hay entre la vida de los poetas y sus escritos una ·elación íntima. Si se estudian bien sus produccio- nes, fácil es adivinar su vida y su carácter. Los sentimientos políticos son los que más se reflejan en sus obras. En los últimos tiempos, como en los anteriores, comenzando desde el Dante, todos los que han sido dotados de la inspiración poética, se han dejado llevar de las agitaciones populares, y han tomado parte en ellas. Las pruebas y los ejemplos históricos sobreabundan. En la América española, donde el régimen republicano da á cada

cual parte directa en la existencia política, donde literatura propia é imperecedera está aún en gé men, y por lo mismo sometida á la influencia las pasiones más vivas, los nombres propios multiplican para confirmar esta observación. Ca no hay, en toda la cadena de repúblicas que bañ el Pacífico, un sólo nombre literario que no s al mismo tiempo un nombre político.

Ricardo Palma sufrió, desde casi niño, la obsesió de esta ley fatal. Comenzó por cantar las glori de la patria, en la epopeya de la Independencia, el sentimiento patriótico lo llevó á apasionarse las teorías liberales. El amor á la libertad se enca nó en su organización psicológica. Palma pensó, am sintió, aspiró, escribió, cantó, suspiró, combatió sucumbió ó triunfó por el principio de la liberta Soldado más ó menos prominente, más ó men oscuro en las filas de sus correligionarios, en tod las circunstancias de su vida fué leal, impertérrit mente leal, á su bandera. Ni las persecuciones, las enemistades gratuitas, ni los destierros, ni pobreza, ni los desengaños, ni los dolores íntimo nada ha podido debilitar la fe de su alma, la v lentía de su palabra, la energía de su pluma. lector encontrará, pues, en este libro, como hab encontrado en las Armonías del mismo poeta, he mosos versos escritos bajo las impresiones, sien pre fogosas, del amor á la patria y á la liberta

Pero no es sólo la cuerda ronca, sonora y vig rosa del entusiasmo la que vibra en el arpa d poeta autor de este libro; ni es ella, á nuestro ju cio, la que templa cuando arranca de su corazó los mejores cantos. Apreciamos más, en Palm la dulce y amena galantería, su sencilla y gracios fecundidad para con las bellas, su florida y cort amabilidad, su filosofía rápida, casta, suave, á v ces lóbrega, siempre verdadera, siempre melanc lica.

Se han comparado los canoros gorjeos de l cantatrices á una armoniosa lluvia de blancas pe las sobre un platillo de oro. Al leer algunas de l composiciones de Palma, sentimos nosotros la mi

na impresión. Hay trozos en los que se reproduce toda la ligera sonoridad y toda la plateada delicadeza de las perlas cuya caída se imagina el espectador cuando, en medio de los esplendores de un teatro, admirando una garganta ebúrnea y unos dientes alabastrinos, oye salir, de entre ellos, esas cascadas de deliciosas notas que se llaman gorjeos.

¿Qué cosa es la poesía? Sin pretender que se acate nuestra definición diremos que, en sí misma, la poesía es cierta *emoción especial*, vaga y profunda, que causa en nosotros la contemplación de las cosas y de los sentimientos humanos. La combinación de notas, de formas, de colores y de pensamientos que reproducen esa emoción, es lo que constituye la poesía en la música, en la estatuaria, en la pintura y en las letras. Cuanto más exacta, pura, correcta, oportuna, moderada é inefable é intensa sea la emoción reproducida, más habrá en ella. El arte puede trazar á la poesía los límites que no debe traspasar en sus manifestaciones; pero es impotente é insensato cuando aspira á señalarle, con reglas convencionales, el camino que ha de seguir. La facultad de sentir esa emoción especial y de expresar lo sentido, de manera que se reproduzca en los demás, es lo que, á su vez, constituye el dón divino del Poeta. El encanto es, incontestablemente mayor, cuando la emoción está reproducida en la hermosa y sonora forma del verso.

El dón divino es innato; pero la exactitud, la pureza y la corrección de sus manifestaciones pueden adquirirse. Basta para corroborar esta verdad que el lector compare el libro JUVENILIA, brote natural de los primeros años, con ARMONÍAS y PASIONARÍAS, frutos de la juventud ilustrada y laboriosa. En JUVENILIA notará, á primera vista, la incorrección, la inexperiencia y hasta el desaliño gramatical del adolescente poeta. En ARMONÍAS y PASIONARÍAS no sólo admirará al poeta-hombre, sino que saboreará la gracia y el arte de la forma, adquiridos en años de laborioso estudio.

PALMA, hoy senador de la república y secretario del Jefe de la nación, es ya conocido en toda la

América española, así por sus composiciones poéticas como por sus innumerables leyendas tradicionales del Perú, escritas en prosa llena de galanura y aticismo.

El volumen de poesías que el lector tiene entre las manos, es un verdadero ramillete de pasionarias. Encierra la vida, el perfume, la aterciopelada voluptuosidad y los purísimos matices de las flores con cuyo nombre ha sido bautizado. La sociedad culta de las repúblicas españolas lo leerá con particular placer, y los versos del poeta peruano encontrarán siempre corazones que los sientan, memorias que los conserven y labios que los reciten.

LUIS BENJAMÍN CISNEROS.

(El Havre, marzo de 1870.)

¡Farewel!

La curva de los mares
dilata el horizonte,
y mi nativo monte
no alcanzo á contemplar.
¡En él queda mi calma!
de muerte herida el alma
¡oh patria! te abandono á mi pesar.

Los malos se alborozan
cuando los buenos gimen:
arriba se halla el crimen
ceñido de laurel;
y un César se levanta
que, con inmunda planta,
holló de la república el dosel.

Me arroja al extranjero
mi fe en la democracia:
allí de la desgracia
me espera amargo pan;
mas ¡patria, que amo tanto!
tu nombre sacrosanto
labios sin cesar bendecirán.

Amiga cariñosa
del pobre peregrino,
no llores... el destino
nos juntará á los dos,

La noche por el cielo
extiende ya su velo...
¡Patria, amores, adiós, adiós, adiós!

¿Si yo te amo?

(Imitado de un lied.)

Duda, querida mía, que presa el ave
en riquísima jaula de oro y marfil,
libre aspirar anhele la brisa suave,
cargada del aroma que dá el pensil;

Duda que el peregrino. que del desierto
cruzando va perdido por el erial,
hallar ansíe fresco oasis abierto
y las aguas dormidas del manantial;

Que de crudas borrascas en los azares
de Dios no ame el marino la majestad;
que á perderse los ríos van á los mares;
duda que amen los pueblos la libertad;

Que en el espacio flotan músicas bellas;
que matiz y perfume tiene la flor;
duda que rayos lancen astros y estrellas;
no dudes de mi amor.

A una poetisa

Tú también, inspirada poetisa,
quieres del peregrino un pensamiento?
Si ha huído de mis labios la sonrisa,
si es como el mar profundo mi tormento,
¿á qué de tu álbum en las blancas hojas,
reflejar mis congojas?

Mas dices, bella amiga, que en tus hora
también su hiel derrama el desconsuelo,

que sueñas con espléndidas auroras
y empañan nubes de tu vida el cielo...
¿no es tu angustia fantasma, amiga mía,
que creó la fantasía?

¿Por qué te entregas del dolor en brazos?
Tú tienes juventud, belleza tienes;
amor te ciñe con eternos lazos;
te da la inspiración sus ricos bienes;
si en torno tuyo todo se colora
¿por qué tu pecho llora?

Mas es verdad. En todo lo que alienta
el germen contemplé de los dolores:
el cielo azul esconde la tormenta
y la sierpe se oculta entre las flores...
¿alma hay que del afán no se halle herida?
¡sufrir! eso es la vida.

¡Adiós! Acaso en mis paternos lares
penas me guarda la fortuna impía;
mas si el eco hasta mí de tus cantares
conduce la encantada melodía,
el raudal detendré de mi quebranto
para escuchar tu canto.

Balada

—¿Dónde vas?—A coger flores.
—¿Qué piensas?—En mis amores.
—¿Amas?—Ese es mi tormento.
—¿Tienes celos?—Matadores.
—Pobre niña,
niña de mi corazón!
No seré yo quien te riña,
pues sé lo que celos son.

—¿De dónde vienes?—Del prado,
—¿Traes flores?—No las busqué.
—¿A quién hallaste?—A mi amado.

—¿Y no te habló el desdichado?
—En brazos de otra lo hallé.
—¡Pobre niña,
niña de mi corazón!
No seré yo quien te riña;
sé lo que desdenes son.

—¿Y lloras?—Morir quisiera.
—¿No amas la vida?—Me hastía.
—¿Y si el perjuro volviera?
—Jamás olvidar pudiera...
—¿Su desamor?—¡Su falsía!
—¡Pobre niña,
niña de mi corazón!
No seré yo quien te riña,
pues sé lo que agravios son.

Castigo

Como un inmenso pabellón de duelo
tiende la noche su funesto velo
por el vasto horizonte. Todo calla,
y profundo sopor á la natura
magnético avasalla.
Mas cual ave agorera que la altura
fantástica pasea
lanzando funeral un alarido,
así en tu alma ¡oh bandido!
alza su grito la conciencia rea.

Las estrellas

Imitación de un lied.

¿Serán las estrellas sílfides
que visten ondas ricas de luz,
y vagan, muerto el crepúsculo,
por las regiones del cielo azul?

¿O flores son cuyos cálices
blandos efluvios vertiendo van,
con los que sueños fantásticos
vienen las almas á acariciar?

¡No! las estrellas son geroglíficos
que el nombre enseñan del Creador;
son letras de oro con que los ángeles
himnos le escriben de adoración.

¡Todavia!

Tú me juraste amor, y de mis labios
brotó, señora, juramento igual:
olvidamos los dos el juramento,
que todo al seno del olvido va.

Yo, en los brazos busqué, de otras mujeres
á mis sentidos distracción fugaz:
tú también, tú también de otras pasiones
te entregaste ardorosa al vendabal.

Y sin embargo, al verte todavía
pasar festiva al brazo de un galán,
se dibuja en mi rostro la tristeza
y late el corazón á mi pesar.

Y es porque vive del amor primero
dentro del alma el sentimiento ideal:
el fuego aún se esconde en las cenizas...
y quema aún la lava del volcán.

Galantería

Si me halaga la armonía
del aura fresca de tu jardín,
música es que me extasía
tu dulce acento de serafín.

En una estrella remota
hay brillo tanto que hace cegar;
pero fuego mayor brota,
hermosa mía, de tu mirar.

Roto á la tormenta el velo,
de paz el iris limpio lucir
es grato ver en el cielo;
pero es más grato tu sonreir.

Bello es ver en la llanura
una palmera piramidal;
mas, mujer, en tu hermosura
todo es más regio, todo es triunfal!

Definición

La niña de ojos azules,
que el alma le cautivó,
entre agitada y risueña
le pregunta al trovador:
—Poeta, pues el misterio
me explicaste del amor,
dime, por tu vida, dime,
lo que las lágrimas son.
—Las lágrimas son las perlas
que va á buscar el dolor,
en el profundo océano
que se llama corazón.

Romanticismo

Eres ángel venido de otra esfera
la tierra á engalanar con tu hermosura:
de matinal estrella la luz pura
en tu dulce mirada reverbera.

Flor no tiene la mágica pradera
que no te brinde aromas y frescura,

y acarician las auras con ternura
los rizos de tu blonda cabellera.

¡Mi bien! Yo te amo como se ama el cielo,
como á la luz la mariposa inquieta,
y como ama el guerrero su estandarte.

—Tal dije á Carmen. No mordió el anzuelo,
y contestó:—¡Palabras de poeta!
Vaya usted con la música á otra parte.

Fatum

Como el errante, réprobo judío,
siente su corazón hondo vacío.
¡Nada calma su anhelo!
Ni á la solemne pompa de los mares,
ni al transparente azul que viste el cielo,
su espíritu infeliz levanta altares.
La tierra tiene flores
y la atmósfera brisas,
las mujeres dulcísimas sonrisas,
trinos gratos los pájaros cantores,
un sol de rayos de oro tiene el día,
la noche estrellas mil, y su argentada
luna que por el éter vaga incierta;
y nada, nada, nada,
un eco en él despierta!
Una tumba es su pecho
que guarda la ceniza ennegrecida
de un corazón que fué.—Cayó deshecho.
al embate fatal de las pasiones,
el árbol de su vida,
y hojas marchitas son sus ilusiones.

—

¿Por qué si su existencia está maldita,
por qué si nada el existir le importa,
no busca otra región más infinita
y el pobre estambre de su vida corta?

Porque la voz de su conciencia grita,
voz misteriosa que á vivir le exhorta,
la voz de Dios que dice, amenazante:
¡Vé adelante, Ashavero, vé adelante!.

A los ojos de---

¿Que soy cobarde? ¡Corriente!
Téngote pánico atroz
y huyo de ti, dulce niña,
que soles tus ojos son
y temo arder en su llama,
mariposa del amor.
Asegurado de incendios
quisiera estar, como hay Dios,
para resistir sin miedo
de tu mirada el fulgor.
Huyo de ti que eres, niña,
animada tentación,
capaz de tornar á un santo
en un muy gran pecador.
Eva, la del Paraíso,
tus ojos lindos debió
tener, sin disputa, cuando
Adán dió aquel resbalón,
cuyas consecuencias paga
la prole hasta el día de hoy.
Los rayos del sol son nieve,
en la tropical región,
comparados de tus ojos
con el fuego abrasador.
No me mires, que me quemas
el ya enfermo corazón,
y me ha recetado el médico
que lo precaba del sol.

Fraternidad

Yo quiero del cáliz
amargo libar que hoy apuras;
mi parte en tus penas
yo debo también reclamar.
Unidos pasamos
las horas de inciertas venturas...
¡Ah! no te abandono
si toca á tu puerta el pesar.

Historia

Al poeta Rafael Pombo

I

De la aurora á la luz peregrina
que la alta colina
comienza á dorar,
contóme sus penas
una niña de tez de azucenas
y dulce mirar.

—A esa sed de sentir confundidas
en una dos vidas
¿qué nombre le dan?
Es efluvio inefable del cielo
tan íntimo anhelo,
tan íntimo afán?

Tú que cantos de amores concibes,
que mueres y vives,
poeta, de amor;
dime, dime si amor es destello,
purísimo y bello,
que manda el Señor?

II

Repercutió en mi espíritu la voz de su inoce
con cierto vago aroma de castidad. Sentí
recuerdos del pasado surgir en mi existencia,
y extático mirándola, por fin, la dije así:

Amor es, querida niña,
infierno y cielo á la vez,
cáliz de miel y de acíbar
que apuramos con placer.
No quieras de sus misterios,
niña de la blanca tez,
en tu gentil primavera
todo el velo descorrer.
Plegue á Dios conserves siempre
tu ignorante sencillez!
Nunca desparezca el ángel
por dar paso á la mujer!

III

De amor no se mueren las niñas hoy día
blasfemia cobarde, feroz ironía,
sarcasmo infernal,
de seres cubiertos de escéptico manto,
que niegan lo bello, lo noble, lo santo,
lo justo, lo ideal!

Poético vaso semeja la vida:
desborda una gota por él contenida
y estalla el cristal!
Armónica lira mecida del viento,
se rompe una cuerda y exhala un lamento,
¡un ay funeral!

IV

La niña casta y sencilla,
la de los labios de grana,
la de la tersa mejilla,

¿por qué se halla esta mañana,
cual la azofaifa, amarilla?

En su rostro, antes lozano,
¿por qué se pinta el desvelo?
¿por qué á sus ojos de cielo
lleva con trémula mano
el finísimo pañuelo?

¿Acaso será verdad
que á sus sueños de pasión
un hombre dió realidad,
hiriéndola sin piedad
en medio del corazón?

V

En este valle vagan perdidos
seres que viven de abnegación,
seres nacidos
para la vida del corazón.

Seres que mueren, y á Dios bendicen
que el cáliz rompe de su dolor;
seres que dicen
para una vida basta un amor.

Funeraria

Su vida fué la gota de rocío
sobre la flor galana;
¡ilusión del ayer y del mañana!
¡ensueño de amoroso desvarío!
Fugaces sois en la existencia humana
como es fugaz la gota de rocío.

A una brasileña

Plácidas son tus auroras,
perfumadas son tus brisas,

y músicas seductoras
te dan las aves canoras,
en medio de tus sonrisas.

No miente, niña gentil,
el que, en su amoroso afán,
te llama sol del Brasil,
y la rosa del pensil
de San Luis de Marañán.

Y pues tu alma en su inocencia
del cielo há la transparencia,
¡que nunca nube sombría
ose empañar, alma mía,
el cristal de tu existencia!

Libertad

Te busco en el ayer, en la romana historia,
y en otra edad;
encuentro por doquier que juegan con tu gloria
¡oh libertad!

El Cristo á predicar sus mágicas doctrinas
que vierten luz
vino, para alcanzar ceñir su sien de espinas
y hórrida cruz.

¿Acaso tú serás poética quimera,
sueño ideal?
Nunca te elevarás á la sublime esfera
de lo real?

¿Acaso, libertad, es tu cortejo el luto
de un funeral?
Siempre la humanidad te ha de buscar de Bru
con el puñal?

¡No! santa libertad, te han calumniado
porque no vieron tu esplendor lucir.

¡Adelante! ¡Se acerca tu reinado...
avanza el porvenir!

Sensitiva

¿Por qué del bullicio
la niña se aleja
y va, solitaria, cruzando en la noche
la verde arboleda?

¿Qué tiene la niña
de tez de azucena,
que mira esconderse la luna en el cielo
con honda tristeza?

¿Qué arranca suspiros
y tímidas quejas,
á labios que, alegres y perlas mostrando,
vi ayer en la fiesta?

Mujer que suspira
de amor es su pena:
á niña que llora y esconde su llanto,
desdenes la aquejan.

¡A las armas!

Con motivo de la intervención europea en México

¡Despiértate! ¡despiértate, sultana,
de tu sueño tranquilo y virginal!
Tus vestiduras por rasgar se afana
con sus garras sangrientas el chacal.

Tú duermes descuidada, de tus mares
al arrullo pacífico y gentil,
y, entretanto, profana tus hogares
la planta osada de extranjero vil.

Si cambiaste el ropaje de los siervos
de soberana por el blanco tul,
esa tropa fatídica de cuervos
¿á qué se cierne en tu horizonte azul?

¿Qué buscan en tu seno esos juglares
con máscara mentida de amistad?
Ellos, que al despotismo alzan altares,
quieren trozos hacer tu libertad.

¡Sús! ¡A las armas! La falaz fortuna
laureles á tu esfuerzo ha de ceñir.
Del porvenir humano eres la cuna...
¡Sús! ¡América! ¡Salva el porvenir!

No somos ya los débiles enanos
que á Pizarro cedieron y á Cortés:
blandir saben la lanza nuestras manos
y pisotear tiranos nuestros piés.

Nuestras horas de mengua y de desgracia
borraron los laureles de Junin.
Ya nos guía la fe en la democracia,
y augura el triunfo la bondad del fin.

¿Cuáles de paz y de virtud lecciones
nos dará esa bastarda intervención,
que entre el humo nos trae de sus cañones
la argolla del esclavo y la abyección?

¡Nos brindan su tutela infamatoria!
Y olvidan en su cínica ambición,
que, en cien combates, símbolos de gloria,
rompimos la tutela del león.

El mártir inmortal de la Judea
de libertad un astro dejó en pos:
¡no dudes de vencer en la pelea,
América, tu causa es la de Dios!

En el libro eternal no estará escrito
que un amo escupa sobre tu alba faz.

Como el águila herida lanza el grito,
y conmueve con él la inmensidad!

Y al sagrado pendón republicano
baluarte firme nuestros pechos dén:
que la ofensa se haga á nuestro hermano
nos aprestemos á vengar también.

En vano amagan afilados sables
de América ultrajar la dignidad...
¡Paso al sol de Ayacucho, miserables!
Sois nubes que empañáis su claridad.

¡Venid! ¡venid de vuestra rota ciertos,
filibusteros hambrientos de botín!
Nuestros Andes gigantes y desiertos
un cementerio os brindarán sin fin.

En nuestros pechos entusiastas late
la sed de glorias. ¡En tropel venid!
Generación de libres, ¡al combate!
Hijos de la república, ¡á la lid!

Curiosidad

En las calladas horas
de luto y de misterio,
cuando reposa el justo
y acecha el criminal;
cuando las sombras tienen
sobre la luz imperio,
y sólo la voz se oye
de inmunda bacanal:
Cuando de sus sepulcros
deformes esqueletos
salen, se esconden, medran,
y vagan en tropel;
y pensamientos bullen,
en la conciencia, inquietos,
y agota de sus penas
el corazón la hiel;

O bien cuando, impasibles,
al borde del abismo,
absórbennos los mundos
que pueblan la extensión;
y hiere nuestro espíritu
la fe del cristianismo,
y el cielo es un poema
y un himno el corazón;

En esas horas lentas
cuyo compás sonoro
el ánima repite
latiéndonos de amor,
y hasta el Edén se eleva
purísimo, incoloro,
el plácido perfume
de la entreabierta flor.

¿Qué buscan tus pupilas,
oh niña, por el cielo?
¿Qué dice á tu inocencia
la etérea inmensidad?
Acaso, recelando
te hiera el desconsuelo,
consultas si en tu estrella
sombra hay ó claridad?

Armonía bíblica

(En memoria de José Gálvez)

Cuando en torno el horizonte
era azul y rosicler,
posó el ángel de la muerte
sus alas sobre tu sien.
Noble y abnegado espíritu,
corazón lleno de fé,
cerebro en el que un divino
lampo brillara al través,
pagastes ¡ay! el tributo

del que lucha por el bien,
que para almas de tal temple
pobre ofrenda la vida es.
Así muere el varón fuerte
por su patria y por su ley,
y en su alcázar lo recibe
el Dios Santo de Israel.
¡Poetas! Triunfales himnos
al viento las arpas dén!
¡Hijas de Sión! ¡El llanto
en los ojos detened!
No de ciprés funerario
sino de verde laurel
ornad su tumba gloriosa,
hijas de Jerusalén.

Al mariscal Castilla

¡Libertador del indio y del esclavo!
¡Soldado de la ley nunca vencido!
Con noble audacia y continente bravo
al rigor del destino has sucumbido.

No lisonjero tu memoria alabo
que mi lira jamás servil ha sido:
nunca de mi altivez en menoscabo
brindé un elogio ó exhalé un gemido.

Deja, deja que griten insolentes
los siervos de la inmunda camarilla
contra tu nombre y mérito eminentes...

Vívido sol que en nuestra historia brilla,
tu nombre para honrar son suficientes
dos palabras no más:—¡RAMÓN CASTILLA!

La mujer

Ella de Judas no inventó el beso
que á Jesucristo sacrificó;

ni su alma al miedo prestando asilo,
fué ella el apóstol que lo negó.

Lo amó en el triunfo y en el Calvario,
con entusiasmo y abnegación;
incontrastable fué su creencia,
incontrastable su corazón.

Nos encadena con su sonrisa;
perlas sus lágrimas del cielo son;
llore ó sonría, cautiva el alma
con misteriosa fascinación.

Infame el hombre que la calumnia,
que sus virtudes niega, traidor.
Amante, esposa, madre ó hermana,
quien mujer dice nos dice *¡amor!*

En memoria de un valiente

De Caín la leyenda fratricida
eterna habrá de ser sobre la tierra,
y en vano la moral escarnecida
predica sin cesar ¡guerra á la guerra!
Dios á todos los hombres hizo hermanos
y ellos huyen vivir en armonía,
y, sangrientos milanos,
se despedazan en contienda impía.
Y se esconde, entre duelos tan prolijos,
la luz del porvenir consoladora,
y la patria infeliz, la patria llora,
viendo caer á sus mejores hijos.

Y tú también, de juventud y vida
lleno, y de abnegación y de heroismo,
cual águila caudal del plomo herida,
caiste del no ser en el abismo.
Generoso y leal, nada ha manchado
las hojas bellas de tu breve historia,
y en tu modesta tumba de soldado

florecen los laureles de la gloria;
y amigos y enemigos,
de tu esfuerzo testigos,
ante ella siempre inclinarán la frente
para decir:—¡aquí yace un valiente!

Palabras

de Netzahual, rey de Tescuco

La pompa mundanal se me figura
de los sauces coposos la verdura,
ó el agua del arroyo enrarecida
que no vuelve al caudal que le dió vida.
Lo que fué ayer no es hoy. Sobre el mañana
nada osará afirmar la ciencia humana.
El sepulcro, ya en polvo pestilente,
guarda al hombre que ayer fué omnipotente.
Es la gloria, quimera que el hombre ama,
de otro volcán Pocatepelt la llama.
¡Nada sé! ¡Nada sé! que el cielo esconde
la misteriosa cifra que responde
el enigma fatal, enigma sumo...
¡Todo sobre la tierra, todo es humo!

Anatomía

Un médico asistía acongojado,
en el trance fatal,
á don Carlos segundo el Hechizado,
y así decía el tal:

—El rey nos deja, y en la humana ciencia
no le hallo salvación:
Es su terrible, su fatal dolencia
no tener corazón—

Aquí una duda mi razón asalta...
Fué ese un doctor mambrú!

A ti, mujer, el corazón te falta
y ¿cómo vives tú?

Las ánimas

—Madre, tocan á la queda.
—Eleva, hija, tu oración,
que la voz de la inocencia
oye cariñoso Dios.
Ruega por los que padecen
en honda tribulación;
ruega por los que en el mundo
vierten llanto de dolor.
—Madre ¿es verdad que las ánimas
de las que mueren de amor,
flores que deshoja el cierzo,
vagan, de la noche en pós,
y velan por el ingrato
que mató su corazón?
¡Ah! si es verdad, madre mía,
también morir quiero yo.
—No acaricies, pobre niña,
tan fantástica ilusión...
los amores de la tierra
no llegan al cielo, no!

Margót

Un ángel de inocencia
fuiste, ¡pobre Margót!
Hoy de tu tez la blanca transparencia
impúdico el deleite marchitó.

La corona de lirios
con que adornan tu sien
te da remordimientos y martirios,
y de la sociedad glacial desdén.

Sobre tu rostro impreso
va el anatema vil,
y en vano de tu mengua bajo el peso
se doblega tu frente juvenil.

En vano al mundo imploras
para ti compasión...
te llama el mundo, cuando ve que lloras,
coqueta de ulcerado corazón.

Emponzoñadas son tus alegrías,
y envenenada está tu juventud.
Margót, queda á tus días
la paz del ataúd.

Sólo tú, siempre de miserias llena,
no perdonas, mezquina sociedad...
De Cristo á Magdalena
perdonó la bondad.

A una bella

Azules como los cielos,
bellos como la esperanza,
tus ojos son y un hechizo
asaz misterioso guardan.
Mal haya amén el que de ellos
arranque furtiva lágrima,
que son las lágrimas perlas
que el sufrimiento alquitara.
Pero más que de tus ojos
la luz que mágica irradia,
cuando por ellos se asoma
toda tu alma enamorada,
envidia me da aquel nombre
que, en tu matinal plegaria,
por el coral de tus labios,
pálida virgen, se escapa.

Intuición

Si amor el aura suspira,
si amor la fuente murmura,
si amor, en la selva oscura,
sus trinos al ave inspira:
si todo cuanto se mira
de amor da aroma exquisito
¿á qué huir, como un precito,
de su halago tentador,
cuando siento que es amor
el alma del Infinito?

Inocencia

EL POETA.—Perla, ¿qué buscas en el jardín?
Espinas tiene la flor gentil,
y tu existencia, que hoy es feliz,
acaso alguna pudiera herir.
LA NIÑA. —Cuando el sol luce sobre el zenit
las mariposas vagando vi,
y nunca espina logró sutil
herir sus alas de oro y carmín.
EL POETA.—Feliz quien nunca voraz, sin fin
sintió el tormento de duda vil!
¡Feliz quien lleva dentro de sí
santa confianza para vivir!

Mentiras del corazón

Niña, el fuego de tus ojos
y aquella triste sonrisa
que vaga en tus labios rojos,
que estás sufriendo me avisa.
¿Será amor, perla preciosa,
será amor?

Pero ¡ay de ti! no adivinas
que tiene el amor espinas
cual la rosa,
y que es su herida enojosa
y que es mortal su dolor.

Escucha. Una vez (esto era,
allá en los días
de mi vital primavera,
tiempo de luz y armonías)
me arrancó tiernas querellas
el amor
y á un astrólogo, prolijo
consultor
de la luna y las estrellas,
pedí remedio á mi duelo...
¿lo creerás?
Pues sírvate de consuelo
el saber lo que me dijo
su ciencia de Satanás.

¡Mienten ellos! ¡Mienten ellas!
La constancia
es una flor sin fragancia...
¡delirios! ¡fábulas bellas!
La escuela del desengaño
enseña á todas y á todos;
y el que una vez por su daño,
cree en amor,
después, por distintos modos,
engaña á más y mejor.

¿Qué juzgas, niña, del cuento?
Es una amarga verdad
la que hoy, en tu pensamiento,
ha arrojado mi amistad.
¡Por el lirio
de Idumea!
¿No es martirio
que así sea?
Mas sé con pena tirana,

mi bien, que ni tú ni yo,
hemos de enmendar la plana
al que este mundo creó.
Y en los más floridos años
aprendemos,
á fuerza de desengaños
y de sufrir y sufrir,
que para mejor mentir,
y mentir sin aprensión,
¡ay! traemos
escondido el corazón.

Hostia

El derecho divino de los reyes
ante la idea nueva se derrumba;
del pasado á encerrarse va en la tumba
con sus vicios la vieja majestad.
A la justa y sagrada democracia
el Hombre-Dios desde la cruz nos guía.
¡De rodillas! ¡Tu pan de eucaristía
es ella, humanidad!

Realidad

Aquellas horas mágicas,
que la ilusión un día
acarició en tu espíritu,
ya nunca volverán.
¿Qué resta de tus célicos
transportes de alegría?
El desencanto pálido,
el matador afán.
¡Anciano! así en el tráfago
fatal de la existencia,
el goce es una ráfaga
que piérdese fugaz.
Después... acaso lágrimas

nos queman la conciencia,
hasta encontrar el túmulo
donde dormir en paz.

Oriental

Para ornar tu pura frente
tú sólo gastas, hermosa,
blanco jazmín, fresca rosa,
no corona refulgente.
Que encantos tales, tan bellos,
le plugo prestarte á Aláh,
que oro superior no habrá
al oro de tus cabellos.
La mujer del medio día
ciega la vista, sultana,
porque, altiva, se engalana
de variada pedrería.
Tú la miras con enojos
y haces bien, flor de las flores,
porque hay cambiantes mejores
en el cristal de tus ojos.

En un álbum

Pues mi autógrafo quieres,
como recuerdo,
lo que en prosa otro dijo
te escribo en verso.

—

A busto descotado
no lo perdonan
miradas subversivas,
ni tisis sorda.

Nunca de un baile ilesas
dos cosas salen:—
el pudor de una niña,
ni sus encajes.

Adelante

¿A dónde vas? Tu destino,
humanidad, está escrito...!
El libro del Infinito
lo encierra, lo sabe Dios!
El te guía, y nuevas glorias
para tu constancia crea,
y va espléndida la idea
de nuevos triunfos en pos.

Ayer del genio el pensamiento osado
expiraba en sus labios aún naciente;
mas la imprenta lució...! De gente en gente,
al transmitirlo, lo tornó inmortal.
Y cruzó luego en el espacio gayo
la eléctrica cadena que conduce
la palabra del hombre, como rayo
ó chispa divinal.

¡Tú avanzas! No ya con burlas
oirás las quejas del pobre...
de vil y dorado cobre
no eres, civilización!
Pronto no alzarás altares,
ciñendo corona verde,
al que se revuelca y pierde
en el fango y la abyección.

A una generación desventurada
otra vendrá que lave su impudicia,
y con ella el derecho y la justicia...
¿quién tu carro detiene, humanidad?
¡Dolorosa verdad! Los pueblos tienen
su purificación en el martirio,
y al fin, lozana como hermoso lirio,
se alza la libertad.

¡Marcha! aparta los estorbos
en tu senda de progreso:

no te abrume con su peso
del pasado la impiedad;
y tu enseña clava altiva
en la meta del camino...
¡Avanzar es tu destino!
¡Adelante, humanidad!

A solas

Ensueños que acariciaba
mi espíritu de poeta,
por cada uno una saeta
hoy me hiere el corazón.
Horas van y vienen horas...
cada una de ellas arranca
de nuestro sér la flor blanca
de una ilusión.

¿Quién no suspira doliente?
¡Del árbol de las congojas
siempre retoñan las hojas!
Nunca muere la aflicción.
Eterna palingenesia
del impío sufrimiento!
A un dolor suceden ciento,
¡oh corazón!

Y todos de ti ocultamos
algún quebranto profundo;
porque siempre humilla ¡oh mundo!
tu insultante compasión.
¡Sociedad! ante tí ríe
quien vive en llanto deshecho...
para eso es cárcel el pecho
del corazón!

¿Y qué es la vida? Juguete
tenaz del destino huraño:
siempre brota un desengaño
donde muere una ilusión!

¿Y qué es la vida? Océano
de tempestad atronante,
y tú el náufrago constante,
¡oh corazón!

Flores y abrojos

En su capricho infantil
ella las flores deshoja,
y al instante las arroja
burlando al viento sutil.
En tanto el tiempo volaba,
la edad la llegó de amores,
y en vez de jugar con flores,
con corazones jugaba.
Vinieron luego otros años
cubiertos de nubarrones,
y presa de las pasiones
acarició desengaños.
De una ilusión el encanto,
á veces su alma divisa:
más detras de la sonrisa
asoma siempre su llanto.
Y si pide al labio chistes
va con ellos el sarcasmo;
porque él es el entusiasmo
de los espíritus tristes.
¿Qué se hicieron peregrinas
sus auroras encantadas?
¡Ayer flores perfumadas!
Hoy, hojas secas y espinas!

—

Ondina de mis riberas,
hurí de los negros ojos,
que escuchaste sin enojos
mis endechas lastimeras;
Tú que del pobre proscrito
al dolor brindas consuelo,
y soñar lo haces del cielo
con el halago infinito;

Maga de los labios rojos,
esta historia, en conclusión,
dice que las horas son
mezcla de flores y abrojos.

En el album

una amiga, tan bella como esquiva, que me pidió versos en castellano antiguo

En la fabla deleitosa
del señor de Hita é Buitrago,
assumpto poetal te fago,
fermosa, la muy fermosa.
Probara á negarme yo,
feamente;
mas non digas que non só
complasciente.

Mormura por la cibdat
dueña ya setentañona,
que á tal la de tu persona
non ovo en Lima beldat;
que ningunt doncel te mire
¡mal pecado!
sin que al momento sospire
namorado.

E disce cierto, mia fe,
cá gentil á marabilla
eres, cual otria en la villa
bolliciosa non se vé;
mas cuitado é sin ventura
el amador,
que eres más que roca dura
en tu rigor.

Quien, si nasció é si te viera
párias non te rinde ufano?
Cá para el que es fiel christiano

cruz eres codibciadora.
E la lumbre de tus ojos,
filha, es tanta
que, al vellos, fincan de hinojos...
Mari-sancta!

A las feridas que faces
con tus desdenes tiranos,
bien menguados zurujanos
son los omes lenguaraces.
Para guarir al que invoca
melecina,
¿sonrrísos non há tu boca
porpurina?

Connubio

Una alma á otra alma adivina;
se buscan, se hallan y encienden;
dos miradas se comprenden;
y así dos almas se prenden
de amor en la red divina.
Si en la desierta ribera
al gran penacho flotante
alza gentil la palmera,
buscad, no estará distante
su amorosa compañera.
Entre las alas del viento
su fértil pólen envía,
beso que dá el sentimiento
al sér lleno de ardimiento
que es nuestra paz y alegría.
Junto á la mujer querida
¡qué bella es la luz del sol!
Cuál se desliza la vida
hallando otra alma fundida
de la nuestra en el crisol!
¡Ah! no es el mundo, por cierto,
de las almas la prisión!
Sólo el mundo es un desierto

para aquel que lleva muerto
dentro el pecho el corazón.

A Florencio Escardó

Carta-prólogo

I

Haciendo guerra á la infernal polilla
y asfixiándome el polvo los pulmones,
arrellanado estábame en la silla
descifrando unos rancios cronicones,
cuando entró mi criado, y en silencio,
entregóme tu carta, buen Florencio.

Gracias, hermano, gracias... ¿Quién diría
que, en la feliz región que baña el Plata,
encontrara amistosa simpatía
un sér á quien la adversidad maltrata?
Gracias mil otra vez, noble soldado,
que, en el revuelto campo de las letras,
de tu entusiasmo juvenil armado
lleno de fé penetras.

He leído tu libro. Francamente
que, al terminar, me dije:—¡Desdichado!
zahiriendo el pasado
fustigas, como hay viñas, el presente.
El pretexto no es malo
que así menos escuece el varapalo:
es aquello de—á tí lo digo, negra,
entiéndelo si quieres tú, mi suegra—
Revistiendo esqueletos coloniales
de púrpura, oropel y relumbrones,
das á estos tiempos por demás fatales,
en realidad, bien rudos coscorrones.
Pero, chico, es lo cierto
que pretender que sus pecados gordos
odie la humanidad, es en desierto
predicar ó cantar para los sordos.

Diga la magistral filosofía
lo que quiera. Yo tengo
mi opinión, como mía
extravagante acaso; mas me avengo
un cuarto á dar de conversión si alguno,
periodista ó tribuno,
me prueba, con estricto silogismo,
que en el mundo no impera el egoísmo,
y que en la humana ciencia
no hay la que llamaré—démosla nombre—
ciencia por excelencia,
la cual tiene por base este aforismo:
explotación del hombre por el hombre.

Hombres y siglos rómpense la crisma
del tiempo raudo en el eterno abismo,
y el hombre... ¡siempre el mismo!
la humanidad... ¡la misma!
¿Somos mejores hoy ¡viven los cielos!
que nuestros bisabuelos?
¿Más virtudes hay hoy sobre la tierra?
¿El mal y el bien no siguen siempre en guerra
¿No existen hoy, como en lejanos días,
muchas, muchas sociales picardías?
¡Y á éstos llamamos tiempos de ventura!!
¡Y á este llamamos siglo de las luces!!
Pues, en verdad, á mí se me figura
que, á pesar del vapor y del progreso,
y de tanto poético embeleso,
vamos al caos á caer de bruces.

Florencio ¿á qué embromar? Crucificado
es todo redentor: está probado.
Este mundo es un pícaro de cuenta,
que maldito de Dios lo que escarmienta
leyendo las lecciones del pasado.
Revuélcase en eterno pecadero,
y ámalo en tanto grado que desdeña
el cielo que el Ripalda nos enseña,
y de golpe se arroja en el caldero
de un tal Pero Botero.
De aquí saco, con lógica agustina,

la conclusión siguiente: al que se inclina
á condenarse, es justo
dejarlo que se salga con su gusto.
Lo demás es majar en hierro frío,
cortapisas poniendo al albedrío.

II

¡Basta de burla y de sarcasmo, basta!
Tal vez, y sin tal vez, no fuí sincero;
tal vez di paso al desencanto fiero
que así las fibras de mi vida gasta.
¿Quién, en el carnaval de la existencia,
no se mezcla á la humana mascarada
y, al sentir de una espina la dolencia,
no ríe con grotesca carcajada?
¡Adiós! ¡Abrí una válvula del alma!
¡Perdón! Lo hasta aquí escrito
démoslo por no escrito... importa un pito.
Vamos á ver si charlo con más calma.
Cierto es que el triste mundo no mejora
de condición: que fué antes lo que ahora.
Así el cielo lo quiso,
desde que el padre Adán del Paraíso
mordiera la manzana tentadora.
Es cierto que la prole sigue ciega,
entre vicio y virtud, brega que brega;
pero no es constituirse en pedagogo
del siglo en que vivimos, que uno escriba
(bien sea por conciencia ó desahogo
del ánima expansiva)
y diga á sus hermanos ó vecinos:—
No os dejéis enredar en telarañas;
vais por malos caminos;
por si ustedes lo olvidan
sepan que, en tiempos de... Maricastañas,
por esas breñas desnucóse un *quidam*—
¡No! no son visionarios ni farsantes
los que, cual tú, combaten arrogantes,
y al mundo dicen, al narrar un cuento:
—sírvate de lección ó de escarmiento—
¿Que se malgasta el tiempo sin provecho?

¿Que lecciones el mundo ya no escucha?
¡Paciencia y barajar! A lo hecho, pecho
El deber no es el éxito, es la lucha.

¡Adelante! Descorre de la historia
los íntimos arcanos,
y si hoy tu afán no te reporta gloria,
quizá tiempos vendrán menos livianos.
No te importe que en esta batahola
rodando siga la mundana bola
como rodaba ayer, ni más ni menos.
Con atacar el vicio haces bastante.
Cumple así tu misión entre los buenos
y ¡adelante! ¡adelante!

TRADUCCIONES

En 1888, en edición privada que circuló sólo [en]tre mis amigos, coleccioné la mayor parte de e[stas] traducciones, muchas de la que, como *La [Con]ciencia*, de Víctor Hugo, y *El Salmo de la V[ida]* de Longfelow, han merecido encomio de ren[om]brados críticos literarios.

La Conciencia

(Víctor Hugo)

Furiosa tempestad se desataba
cuando, de pieles rústicas vestido,
Caín con su familia caminaba
huyendo á la justicia de Jehovah.
La noche iba á caer. Lenta la marcha
al pie de una colina detuvieron,
y á aquel hombre fatídico dijeron
sus tristes hijos:—descansemos ya.

Duermen todos excepto el fratricida
que, alzando su mirada sobre el monte,
vió en el fondo del fúnebre horizonte
un ojo fijo en él.
Se estremeció Caín, y despertando
á su familia del dormir reacio,
cual siniestros fantasmas del espacio,
retornaron á huir. ¡Suerte cruel!

Corrieron treinta noches y sus días,
y pálido, callado, sin reposo,
y mirando sin ver, y pavoroso,
tierra de Assur pisó.
—Reposemos aquí. Dénos asilo
esta región espléndida del suelo—
Y, al sentarse, la frente elevó al cielo...
y allí el ojo encontró.

Entonces á Jubal, padre de aquellos
que en el desierto habitan—haz, le dijo,
que se arme aquí una tienda—y el buen hijo
armó tienda común.
—¿Todavía lo veis?— preguntó Ysila,
la niña de la blonda cabellera,
la de faz como el alba placentera,
y Caín respondió:—¡lo veo aún!

Jubal entonces dijo:—una barrera
de bronce construiré: tras de su muro,
padre, estarás de la visión seguro;
ten confianza en mí—

Una muralla se elevó altanera...
y el ojo estaba allí.
Tubalcaín á edificar se puso
una ciudad asombro de la tierra,
en tanto sus hermanos daban guerra
á la tribu de Seth y á la de Enós.
De tinieblas poblando la campiña
la sombra de los muros se extendía,
y en ellos la blasfemia se leía:
PROHIBO ENTRAR Á DIOS.—

Un castillo de piedra, formidable,
que á la altitud de una montaña asciende,
de la ciudad enmedio se desprende,
y allí Caín entró.
Tsila llega hasta él, y cariñosa
—Padre, le dice, ¿aún no ha desparecido?—
Y el anciano, aterrado y conmovido,
la responde:—¡No! ¡no!

Desde hoy quiero habitar bajo la tierra
como en su tumba el muerto.—Y presurosa
la familia cavóle una ancha fosa,
y á ella descendió al fin.
Mas debajo esa bóveda sombría,
debajo de esa tumba inhabitable,
el ojo estaba fiero, inexorable...
y miraba á Caín!!!

Confrontaciones

(Víctor Hugo)

¡Hablad! ¡hablad, cadáveres!
Decidme ¿quienes son
los asesinos pérfidos
que así el puñal feroz
en vuestro seno mísero
hundieron á traición?
¿Quién eres tú? respóndeme.
¿Tu nombre?—RELIGIÓN.
—¿Y tu asesino?—El tímido
ministro del Señor.

—

¿Y á ti que, en cálida sangre,
te agitas ¿quién te hirió, quién?
¿cuál es tu nombre?—JUSTICIA.
¿quién es tu asesino?—El Juez.

Esperanza en Dios

(Víctor Hugo)

¡Joven! Espera, espera
en el mañana, y siempre en el mañana;
no abandones la fe del porvenir.
Y cada vez que, fúlgida y galana,
luzca la aurora en la celeste esfera
y el monte dore y transparente el valle
de píe, de pie nos halle
á la plegaria prontos, cual Dios á bendecir.

¡Pobre joven! El amargo
sentimiento que en tí noto
es el hijo de tus faltas,
es tu parte de lo odioso.

Quien sabe, permaneciendo
por largo tiempo de hinojos,
cuando haya Dios acabado
de bendecir generoso
á todos los inocentes,
los arrepentidos todos,
quién sabe, joven, quién sabe,
se acordará de nosotros!

Nomen, numen, lumen

(Víctor Hugo)

Cuando EL ya su obra terminado había,
y los astros sin cuento
en la bóveda azul del firmamento
tuvieron armonía,
se dijo:—Creador ¿cómo te nombras?
Alzóse entre las sombras
y exclamó:—¡JEHOVAH!

Las siete letras luego,
cayendo en el espacio,
del cielo reverberan
en medio á la extensión,
formando con su brillo
de vívido topacio,
los siete astros gigantes
del negro septentrión.

Dios es amor

(Paráfrasis de Víctor Hugo)

Atrás, sotanas inmundas,
las que calumniáis á Dios
armándolo inexorable
con el rayo vengador!

¡Atrás! Vuestro Dios, malsines,
es un Dios de convención,
un Dios con pasiones de hombre,
más que los hombres feroz.
Mi Dios no es el Dios de Roma
que hace vasallo al Señor.
Mi Dios es al que elevaba
su espíritu Salomón;
mi Dios es *Misericordia*,
mi Dios es un Dios de amor.
Bendito tu nombre que *Amor* interpreta;
Verdad el salmista te llama y *Creador*;
Poder Eclessiastes y *Luz* el profeta:
Justicia dice Esdras, y el gran rey poeta
et llama *Clemencia*... ¡tu nombre es *Amor!*

Sedan

(Víctor Hugo)

Es grande Lucifer en su caída.
algo de apoteosis hay en ella.
En su inmensa catástrofe una huella
de vivísima luz puso el Señor.
Bonaparte cayó! Luces y nieblas
rodean su memoria soberana.
Queda la duda, en la conciencia humana,
sobre el mal que hacen los que grandes son.

Cuando asciende un gigante á las alturas
imitarlo pretende hasta el pigmeo:
no alienta en un enano un Prometeo;
quien nació chico, chico acabará.
Y Dios, para lección de los mortales,
tras la epopeya la parodia trajo,
y así vimos á un triste renacuajo
caer desde una altura colosal.

Era el crimen ese hombre. Era preciso
que, al caer, ostentase su miseria,
histrión infame que, en infame feria,

revistiera la púrpura imperial.
Y al caer entre el lodo, el mismo lodo
se avergonzó de recibir sus manes...
¡César! Asco inspiraste aún á los canes
y náusea al inmundísimo albañal.

Desdén

(Víctor Hugo)

No es de admirar que en cólera no estalle.
Si al trueno en vuestras manos falta vida
¿qué mucho que de arriba abajo os mida
y os hiele mi perdón?
Bien castigados vais, que en vez de encono
pena inspiráis. Osar contra un gigante,
y de él no merecer (¡es humillante!)
¡siquiera un bofetón!
Antes de que la injuria hasta mí llegue
y excite mi furor,
costumbre tengo de medir la talla
de mi difamador.

A mi hija

(Víctor Hugo)

Como un niño Jesús, allá en tu infancia,
dormías junto á mí,
y á perturbar tu sueño no alcanzaba
el cántico del ave en el jardín;
y sobre tí sus alas á los ángeles
los sentía batir,
y yo sobre tu almohada deshojaba
clavel, rosa, jazmín;
y lágrimas mojaban mis mejillas
en la noche, al pensar, del porvenir.

Ya llegará mi noche, vida mía.
mi turno de dormir;
sombras me envolverán, y ese silencio
canción no turbará de ave gentil.
En esa negra noche ¡oh mi paloma!
noche eterna, sin fin,
vuelve á mi tumba lágrimas y flores,
lo que á tu cuna di.

Fragmento

(Víctor Hugo)

Espada y no puñal. Campo sin meta,
alta la frente, pecho contra pecho,
él, campeón del infierno, y tú, poeta,
soldado del derecho,
así combatir debes. No en tinieblas
sino á la luz del sol. Si la victoria
el resplandor te niega de la gloria,
y sucumbes, leal y caballero,
libre de todo proceder villano,
al descender al ataúd postrero
Bayardo y Cid te estrecharán la mano.

El estanque

(Víctor Hugo)

El estanque y el hombre son semejantes:
sobre la superficie la calma se halla
con fulgores del cielo, limpios, brillantes;
y en el fondo, entre el cieno, se dan batalla
las pasiones, reptiles
sucias y viles.

Necedad de la guerra

(Víctor Hugo)

Estúpida Penélope, de sangre bebedora,
que arrastras á los hombres con rabia embriagado
á la matanza loca, terrífica, fatal,
¿de qué sirves? ¡oh guerra! si tras desdicha tan
destruyes un tirano y un nuevo se levanta,
y á lo bestial, por siempre, reemplaza lo bestial?

El salmo de la vida

(Longfelovv)

¡Ah! ¡no! No me digais con voz doliente
que la vida es un sueño,
que el alma muere donde el cuerpo acaba,
que es nuestro fin incierto.
Polvo que vuelve al polvo es la sentencia
funesta para el cuerpo;
pero el alma, que es luz, en luminosa
región busca su centro.
Placeres y amarguras no son sólo
de la existencia objeto;
la vida es acción viva, afán perenne;
la vida es lucha, es duelo.
La obra del tiempo es lenta, y el tiempo huye
rápido como el viento;
y el corazón la marcha del combate
sigue siempre batiendo.
¡Alerta! En la batalla de la vida
reposar un momento
es torpe cobardía... la victoria
es hija del esfuerzo.
Da un adiós al pasado, y del mañana
no te ofusque el destello;
pón la esperanza en Dios, en Dios tan sólo,

y lucha con denuedo.
La Historia nos lo dice: la constancia,
el valor y el talento
engrandecen al hombre. ¡Fe y audacia!
También grandes seremos.
Y más tarde ¡quién sabe si otro hermano
al cual agobie el peso
del infortunio, revivir se sienta
siguiendo nuestro ejemplo!
Trabajar es luchar. A la obra, á la obra,
sin desmayar, obreros!
Grabemos esta máxima en el alma:—
Trabajar y... esperemos.

Mi aspiración

(Enrique Heine) (*)

No soy exagerado en mis deseos.
Yo, para ser feliz cual lo son tantos,
le pido á Dios muy poco:—buena casa,
buena mesa, buen vino, lecho blando;
frente á mi puerta un árbol, y si place
á Dios colmar mi dicha, que colgado
mire de cada rama á un enemigo.
Perdono al enemigo todo el daño
que hacerme quiso y pudo. Lo perdono...
pero después de ahorcado.

Fragmentos

(Enrique Heine)

I

Rocas, monstruos, oleajes, tempestades;
niña, mi corazón es como el mar;

(*) Mis traducciones de Heine no son directas del alemán, idioma que no conozco, sino de la obra de Gerard de Nerval.

si á su fondo desciendes
perlas de gran valor encontrarás.

II

¡Tierra extranjera! ¡Mísera tierra
para el artista!
Tú no me brindas consolación.
Cual flor que en vaso de bronce encierra
el herborista,
has marchitado mi corazón.

III

A sus ojos y boca,
á toda su belleza juvenil,
mi fantasía loca
entusiasta rimó conceptos mil.
¡Ah! qué trova más bella,
qué soneto tan lindo y qué canción
al corazón la hiciera; mas ¡ay! ella
no tiene corazón.

IV

De tus mejillas las purpúreas rosas,
de tus manos las blancas azucenas,
siempre lozanas son.
Siempre son primaveras deliciosas
tus dulces horas de ilusiones llenas...
y mustio sólo está tu corazón!

V

Cual brillaba en el baile de palacio
tu diadema, alma mía!
Rubí, zafiro y ópalo y topacio!
Diadema de tan rica pedrería
una reina del Asia envidiaría.
Pero de esos brillantes con que pueblas
tu faz, ninguno tiene irradiación

que á iluminar alcance las tinieblas
que hay en tu corazón.

VI

No envidia á la opulencia
sus vanos esplendores
el que en el alma guarda
un tesoro mayor.
El cielo tiene estrellas,
la tierra tiene flores,
el mar tiene sus perlas;
pero mi corazón tiene tu amor.

VII

Un ataúd hacedme
más grande que Heidelberg,
y más que el puente sólido
de Maguncia también.
Traed doce gigantes,
de fuerza más viril
que el que se ve en el domo
de Cologne-sur-Rhin.
Ellos mi ataud carguen
y arrójenlo en el mar...
Para tan gran sarcófago
fosa mejor no habrá!
¿Sabéis para qué quiero
tal ataud? ¡oh, Dios!
Para que en él se encierren
mis penas y mi amor.

VIII

Tocaron las trompetas botasilla,
y á escape penetraron en la villa,
luciendo cascos bien empenachados
los hulanos azules y encarnados.
¡Qué confusión! ¡Qué gritos! El estruendo
de las armas alzaba un eco horrendo!
Al fin buscan posada... ¡qué locura!

Conozco el corazón de una perjura
que dar puede (no miento)
posada al regimiento.

IX

La de ojos azules, la joven sencilla,
mi casta ilusión!
El calor de estío está en tu mejilla
y el frío de invierno en tu corazón.
Todo cambia un día ¡oh mi bien amada,
mi grata ilusión!
Tu mejilla entonces sentirás helada,
pero habrá una hoguera en tu corazón.

X

Tú vertiste veneno
en mi alma de poeta, y mis cantares
amargos como la onda de los mares
y envenenados son.
¿Cómo pedir á mi alma
cánticos dulces, trovas inocentes,
cuando traigo escondidas mil serpientes,
¡y á tí en el corazón?

Una mujer

(Enrique Heine)

¡No amor, es idolatría!
Ella, ladrona: *él*, ladrón.
Cuando *él* una presa hacía,
ella un beso de pasión
le daba (¡tórtola mía!)
y reía.
Pero una noche sombría,
en medio á tantas llegó;
la justicia lo aprehendía:
ella su ventana abrió

por verlo (¡tórtola mía!)
y reía.
El la escribió:—Mi Lucía,
alma de mi corazón,
sin ti la vida es impía.—
Ella leyó en su balcón
la carta (¡tórtola mía!)
y reía.
El pueblo se removía
de un cadalso en derredor,
en tanto *ella* Rhin bebía
con otro nuevo amador.
(¡Tórtola! ¡Tórtola mía!)
y reía.

Amor peligroso

(Enrique Heine)

Muy más que las inglesas
eran blancas las hijas de Ata-Troll;
y los hijos tan negros
como el caos, la noche y el dolor.
En el más pequeñuelo
de la madre cifrábase el amor;
su Benjamín él era,
su embeleso, su gloria, su pasión.
Como pocos, travieso
era, y gimnasta, y diestro luchador,
y tanto era patriota
que odiaba, por *de estrangis*, al jabón.
Y una noche la madre,
del maternal cariño en la efusión,
besándolo entusiasta,
¡la oreja de un mordisco le arrancó!

Herodías

(Enrique Heine)

En su mirada ardiente
reflejábase el brillo del Oriente;
tan esbelto y flexible su talle era
que envidiarlo podría la palmera;
y el beso de su labio delicado
dulce era cual la fruta del granado.
Si era ángel de almo coro
ó demonio, lo ignoro;
que, en cuestión de mujeres,
nunca acordes están los pareceres;
¿ni quién deslindará do la belleza
cesa del ángel, y el demonio empieza?

Era de Herodes la gentil amada,
la reina de Judea,
por el Bautista Juan encaprichada,
y por él desdeñada,
que no fué su alma del deleite rea.
No lo dice la Biblia; mas lo enseña
popular tradición; pues madama
en cortar la cabeza no se empeña
sino del hombre que amorosa llama
ha logrado encender en sus entrañas,
y sus besos impávido desdeña.
¡Creer otra cosa es creer en musarañas!

Doña Clara

(Enrique Heine)

Paseando está pensativa
en el jardín doña Clara,
hermosa como la estrella
que es precursora del alba.

noble como el rey Felipe
y, como él, cristiana rancia.
Amorosos pensamientos
cruzan ardientes por su alma,
que incógnito caballero,
bajo la oriental ventana,
la festeja cada noche
con plácida serenata.
Pensando en los ojos negros
y en la figura gallarda
del que su pecho cautiva,
así murmura la dama:
—es más bello que San Jorge
el adorado de mi alma.

***

En plática enamorada,
de la luna al rayo tibio,
dama y galán recorrían
más tarde el verjel florido.
—Se ha estremecido tu mano...
dime por qué, dueño mío.
—Háme picado un insecto
que me es más aborrecido
que los judíos.—Señora,
(risueño el galán la dijo)
hablemos de amor tan solo,
dejémonos de judíos.

***

—¡Ah! dime, perla de España,
dulce ídolo de mi amor,
si como dueño absoluto
yo vivo en tu corazón.
—Te lo juro por la imagen
del Divino Salvador,
á quien dieron los judíos
muerte en patíbulo atroz.

Y él replicó sonriendo:
—dejemos, Clara, por hoy
en paz á los de Judea,
y hablemos de nuestro amor

***

La enamorada pareja
perdióse en un bosquecillo.
Música son celestial
los besos y los suspiros!
El alba vino, y la dama
al caballero le dijo:
—Ya es hora de separarnos;
dime tu nombre querido;
sépalo yo, y que mis labios
lo digan en mi retiro.
No temas que yo te venda
si eres rebelde ó proscrito.
Te lo ruega un corazón
noble, entusiasta, sencillo,
en el que no corre sangre
de ningún perro judío.



Sonrióse el caballero,
besó á la dama en la boca,
y contestóla:—es mi padre
gran rabino en Zaragoza.

Rhampsenit

(Enrique Heine)

A sus caros y fieles vasallos
del Egipto y la etrusca región,
amistad y salud les promete

Rhampsenit, por la gracia de Dios.
En la noche del cuatro de junio
atrevido robóse un ladrón
las alhajas del reino, y tan solo
mi corona y mi cetro dejó.
A nuestra hija, la augusta princesa,
encargamos guardase las dos
bajo llave, en su estancia sagrada...
y á nuestra hija también se robó.
Por poner á los robos un dique,
y simpático siendo el raptor;
le acordamos la mano de aquélla
con derecho á reinar, muerto Nos.
Dado á trece de junio del año,
al arribo de Cristo anterior,
Setecientos catorce—*firmado*
Rhampsenit, por la gracia de Dios.

***

Y el ladrón con la princesa
se casó:
Rampsenit bajó á la huesa
y al trono el ladrón subió.
Y se lee para su gloria,
en la historia
nacional,
que dejó buena memoria
á Egipto el ladrón real.

En Octubre de 1849

(Enrique Heine)

Cuando el nombre de Hungría
hiere mi oído, estrecho
á encerrar los latidos de mi pecho
siento, por vida mía,
mi chaleco alemán de cotonía.

Sucumbís ¡oh maggyares!
mas consolaos... no lloréis á mares.
Nosotros, alemanes, devoramos
una mengua mayor... y no lloramos.
Al menos os dominan á vosotros
leones... y nosotros,
nosotros alemanes,
somos presa de lobos y de canes.

Al rey de Prusia

(Enrique Heine)

¡Oh, rey! No te quiero mal,
mas quiero darte un consejo.
Bueno es, y noble, y muy digno
que honres los poetas muertos;
pero también por los vivos
ten, rey, algún miramiento.
Vé que los poetas guardan
rayos mucho más tremendos
que los rayos del dios Júpiter,
que al fin creación es de ellos.
Ofende ¡oh rey! á los dioses,
ofende al Olimpo entero;
no ofendas á los poetas
que son gloria de tu pueblo.

***

Dios castiga á los mortales
del infierno con el fuego;
y sin embargo, la Iglesia
vende á los fieles remedios
con que al pecador liberta—
misas, y bulas, y rezos.—
Y á más vendrá ¿quién lo duda?
el Cristo, al fin de los tiempos,
y quebrantará las puertas

inflamadas del infierno,
y escapará más de un pícaro,
magüer el juicio severo.
Mas del infierno del Dante
no libra, no libra el reo.
Al que en él pone el poeta
no salva ni el Dios del cielo.
¡Guarte, rey de Prusia, guarte!
¡Guarte! no te condenemos
los poetas de Alemania
del Dante al rimado infierno.

En el álbum de Elvira Lavalle

Tu padre, Elvira bella,
(que, allá en los tiempos cuando Dios quería,
amaba como yo la poesía
que aún en su prosa magistral destella)
acaso te ha contado en una trova,
y usando su genial benevolencia,
que orgánica es en mí la gaya ciencia
como es en el camello la joroba.
Pues te ha engañado, Elvira,
y pésame por ello; que á mis años,
presa de achaques mil y desengaños,
no da sones dulcísimos la lira,
pues las musas galanas
se alejan del que empieza á peinar canas.
Diz que sólo simpático hay un viejo:
el vino de Jerez (cuando es añejo).
Deducirás, en suma,
de mi gárrula charla que mi pluma
el habla de los dioses ha olvidado,
y que si algo produce ¡mal pecado!
es prosa vil... y lo prosaico abruma
á seres que cual tú, niña hechicera,
se hallan en la florida primavera.
Mas ya que tu álbum á adornar no acierto
con flores de mi huerto,

acepta la versión que te dedico
de un poeta alemán, un gran poeta
que há poco cerró el pico
y lió para siempre la maleta.

El Mensaje

(Enrique Heine)

Pronto, escudero, el tordillo
apresta ó el alazán,
y ve, volando, al castillo
del rey Duncán.
Y que averigües te mando
por cuál de sus hijas, cuál,
háse hoy promulgado el bando
matrimonial.
Si es la novia la morena
puedes reposar sin pena
hasta mañana muy bien;
mas si es la rubia la amante,
torna brida en el instante
y aquí ven.
Y al volver, buen escudero,
tu corcel
brioso detén primero
en casa del cordelero...
y tráeme... tráeme un cordel.

Tenacidad

(Trovadores provenzales)

En vano cantas
con dulce acento;
sabes que nunca
te podré amar.
Por verme libre

de tu lamento,
perla me hiciera
del ancho mar.
—No así burlaras mi inmenso amor:
perla, sería tu pescador.

En flor del campo
me tornaría,
y por tu loca
tenacidad,
entre las yerbas
escondería
de mi corola
la majestad.
—Límpida fuente de agua seré,
y así tu tallo fecundaré.

Si, por librarme
de tu constancia,
celeste nube
pudiera ser
¿cómo salvaras
esa distancia?
¿ni qué tu arrojo
pudiera hacer?
—Brisa marina me volveré,
y entre mis alas te arrastraré.

Y si en una ave
me convirtiera
que de las algas
sale del mar,
y que galana
se ve y ligera,
por los espacios
atravesar?
—No hay imposible para mi amor;
ave, sería tu cazador.

Si me hago rayo
de tibia luna
que va alumbrando

misterios mil
¿qué tu arrogancia
podrá importuna?
habré rendido
tu ardor febril.
—¿Sabes, sultana, lo que yo haré?
seré la niebla, te envolveré.

Y si soy rayo
del sol ardiente,
que de las nieves
funde el cristal,
di: ¿qué tu empeño
podrá demente?
¡Estás vencido,
genio del mal!
—¿Crees que tranquila te dejaré?
En salamandra me tornaré.

En fresca gota
me desharía
de grata lluvia
matutinal,
y sobre el cáliz
me posaría
de una entreabierta
flor tropical.
—Yo mariposa gentil seré;
dulce rocío, te absorberé.

Entre los muros
del santuario
la mujer débil
se esconderá.
Rompe sus rejas,
mas el sudario
de los difuntos
me cubrirá.
—¿Crees que la muerte mató mi fe?
Seré la tumba, te poseeré.

A la distancia

(De autor anónimo)

Lejos de la patria bella,
¡cuán triste luce la estrella
de la vida!
No hay en mi cielo aureolas,
cual nave estoy por las olas
combatida.

No estarán para mí abiertas
ya más del placer las puertas,
y vagando
voy del Rhin por la ribera
una endecha lastimera
sollozando.

Poco importa que á un abismo
me conduzca el egoísmo
de esos seres,
que nunca tienden las manos
para aliviar los humanos
padeceres.

Mas si mi sangre tiñera
¡oh Polonia! tu bandera
en algún día,
yo bendijera mi suerte,
que morir por tí no es muerte
¡patria mía!

Máxima

(Traducción del inglés)

Las galantes victorias
del campo del amor,

no siempre traen glorias
ni honran al vencedor.

Tú y yo

(Del portugués)

Soy el poeta—tú eres la lira;
soy el follaje—tú el ruiseñor;
soy la campiña que el sol fecunda;
—tú eres el sol.

Soy la tristeza—tú la sonrisa;
soy el desierto—tú el manantial;
—soy la cabeza que piensa y sueña;
—tú el ideal.

Soy yo la tierra—tú eres el cielo;
yo soy tiniebla—tú irradiación;
yo soy la culpa—tú, vida mía,
la redención.

La envidia

(Marquesa de Alorna)

Del bosque umbrío luminar constante,
en las nocturnas horas,
eran de una luciérnaga brillante
las alas tembladoras.
La cabeza sacando un renacuajo
del fondo de su albergue cenagoso
envenenado, inmundo escupitajo
lanzó sobre el insecto luminoso.
—¿De qué crimen me acusas? ¿Qué mal te hice?
¿Por qué así me escarneces y me humillas?
Y el otro contestó:—Calla, infelice!
Llevas tu merecido ¿por qué brillas?

La ingratitud

(Marquesa de Alorna)

Presuntuosa una pluma,
que escribiera obras de importancia suma,
apostrofó al tintero,
con tono entre burlesco y altanero:
—Arre allá, vaso inmundo:
sin mí no haces papel en este mundo.—
El tintero ofendido
por el suelo vació su contenido,
y vuelto á la ofensora
la dijo con cachaza:—escribe ahora.

—

De perilla le viene á todo ingrato
este apólogo, fábula ó relato.

Estrofita

(De poeta anónimo)

¿Quién sabe lo que sueñan
tus ojos soñadores?
Si sueñan lo que inspiran,
afirmo que tus sueños son de amores.

¡A la caza!

(De anónimo. alemán)

Ya el sol con sus rayos de oro
el espacio transparenta,
y el cazador de gamuzas
fusil y morral apresta.
Federica, casta virgen,

llama á caza la corneta.
Ya estoy de pie, y entretanto
un ángel tu sueño vela.
Por eso, al irme á los busques,
te canto bajo tu reja:
Duerme, querida niña del alma,
duerme mi amor;
en ti pensando voy con deleite;
duerme, consuelo del cazador.

En la majestad del monte
¡cuán grande Dios se refleja!
Estos bosques vaporosos
de encanto el alma me llenan.
Pero ya la noche extiende
su denso velo de nieblas,
y tu cazador amante
torna gozoso á la aldea
y arrulla tu sueño de ángel
cantando bajo tu reja:
Duerme, querida niña del alma,
duerme, mi amor;
en ti pensando fuí con delicia;
duerme, consuelo del cazador.

Barcarola

(Del italiano)

Menos azul que tus ojos,
niña, el Adriático está.
Te esperan mis brazos, paloma del Lido.
¡Te espera mi barca; crucemos el mar!

Toda es músicas el alba!
¡Toda es la brisa azahar!
¡Todo habla de amores! También nuestras alm
responden á ese concierto inmortal.

Una canción amorosa
de los remos al compás

entona. y las aves oyendo tu acento
de envidia y de celos muy lejos se irán.

El Austria pudo quitarme
riquezas y libertad.
¿Qué importa? un tesoro dejóme en tus besos.
¿Qué importa? si nunca me dejas de amar.

Pequeñez de alma

(De autor italiano)

Entre los hombres de talento escaso
hay envidias eternas
contra todo el que atina á dar un paso
más largo que sus piernas.

VERBOS Y GERUNDIOS

———

1870 á 1878

A Cristina

En 1875 formé el propósito de no publicar m tomos de versos. Creía que con mis libritos Juv nilia, Armonías y Pasionarias, había pagado suficiente tributo á las damas de Helicona. Te h empeñado en hacérmelo quebrantar, y á fin que compartas con tu esposo la expiación del p cado te dedico el libro.

Lima, 1877.

VERBOS Y GERUNDIOS no es un catecismo de gra-
ática, sino un precioso tomito de poesías del sim-
tico escritor Ricardo Palma.

Si os complace ver siempre la cabellera desgreñada,
faz siempre pálida, los párpados siempre som-
íos y las pupilas siempre húmedas de la poesía
crimosa, no os aconsejamos leer VERBOS Y GERUN-
OS.

Es esta una colección de versos ligeros, festivos,
igramáticos, y sobre todo chispeantes de espí-
tu. Es un libro escrito en momentos de buen hu-
or y para ser leído en horas de recreo.

Tal vez se dirá que algunos de los asuntos é ideas
o son de una novedad absoluta; pero ¿qué impor-
la piedra de donde se ha extraído el hilo de oro?
a joya será siempre la obra del artista, como la
ersificación y la gala de la forma pertenecen al
oeta.

París, 1877.

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

VERBOS Y GERUNDIOS

Este es el título de un nuevo tomo de versos que ha dado á la estampa el señor don Ricardo Palma cuyas hermosas *Tradiciones* son conocidas y alabadas por cuantos gustan, en Bolivia, de lo bello en literatura.

Como lo dejan ver sus cuentos tradicionales, el númen de Palma no bebe su inspiración en los lamentos de Jeremías ni en el tomillo de la Arcadia Realista, en prosa como en verso, es eximio pintor de la naturaleza y, más inclinado á la filosofía de Demócrito que á la de Heráclito, sus versos no son lágrimas, sino sonrisas.

La sátira, culta y delicada, con que flajela el vicio y los malos hábitos, ya sean sociales ó políticos, y la amarga ironía con que se burla de pomposos y no realizados programas, campean en la mayor parte de las composiciones.

Empero el autor no puede desentenderse por completo del sentimentalismo; no de aquel aparente efecto de la rima más ó menos armoniosa, sino aquel que nace de lo más íntimo del corazón. Y aunque su propósito ha sido reir, deja escapar sentidos conceptos, con las galas de un colorido poético, no rebuscado, sino espontáneo.

En la epístola á Villergas, el célebre crítico español, encontramos este ejemplo que corrobora lo que acabamos de decir.

En doce años ¡oh, Juan! ni los reflejos
quedan del sol de juventud hermosa;
y hoy volvemos á hallarnos, pero viejos,
gastada el alma y con la faz rugosa.

He allí el verdadero sentimiento y la verdadera bèlleza; porque, como ha dicho un ilustre preceptista francés:—*rien n'est beau que le vraie.*

Evocando el genio de Bretón y de Pardo, el
eruano tradicionista nos regala con armoniosas y
icarescas letrillas. En ellas se ve la espontaneidad
el estro y la maestría del poeta para vencer las
ificultades de la rima. Alígeras como el ave, hieren
omo el dardo lanzado por la diestra mano del ca-
ador antiguo. En ellas, podemos decir que lo que
ás nos encanta es la armonía imitativa; pues
o sólo la hay en lo que pertenece al mundo físico,
ino también en aquello que es del mundo moral.

La letrilla es una carcajada en verso, y cuanto
ás burlesca es la risa, tanto más rápidamente se
xpresa: así es que aquélla debe ser veloz como
l relámpago. El metro corto y sencillo expresa la
ovialidad, representándonos la ligereza de la ju-
entud y no la pesadez de la ancianidad. Muchas
a escrito el señor Palma que no hubieran rehu-
ado prohijar los más famosos satíricos españoles
americanos; pero siendo políticas en su mayor
arte, el castizo cronista, ya retirado á las tiendas
e la cesantía, las guarda tal vez para tiempos me-
ores, si es que no ha hecho con ellas un auto de fe.

Temerosos de hacer interminable el tema, abu-
ando de la hospitalidad que se nos concede, ter-
minamos este mal pergeñado juicio recomendando
a lectura del librito á los entusiastas jóvenes aman-
es de las letras, que son la esperanza de este bello
aís, y enviando nuestras más sinceras felicitacio-
nes al compatriota y al amigo.

La Paz, enero de 1878.

DOMINGO DE VIVERO.

Verbos y Gerundios

Con este título, que parece una pulla contra los gramaticones, ha publicado el conocido escritor limeño don Ricardo Palma un volumen de poesías, elegantemente impreso en Madrid. Palma, bajo la capa de una chanza ligera, de un buen humor abundante y agudo, de una filosofía de manga ancha, esconde un odio instintivo á lo convencional, á lo trillado, á lo fingido, al plagio del sentimiento. Su poesía, más que desesperada como la de Byron, es cáustica y sin hipocresía como la del alemán Heine, á quien imita á menudo. El ha caracterizado así la retórica y la estética de sus simpatías:

Forme usted líneas de medida iguales,
luego en fila las junta
poniendo consonantes en la punta.
—¿Y en el medio?—¿En el medio? ¡ese es el cuento!
hay que poner talento.

Todo el libro de Hermosilla, sobre el arte de hablar en verso, no es tan buen consejero como este epigramático concepto de Palma, al cual se ajusta invariablemente.

Hay á veces en la poesía de Palma (¿cómo no, si es hombre?) ayes de sensibilidad, efusión de afectos; pero nunca lluvia de lágrimas ni tronada de lamentos remedados, como en el teatro, con hilos de oropel y con tiestos huecos. Nada de esas falsas ilusiones que producen tan mentidas profundidades de la idea; aparatos deslumbradores que agigantan lo que es microscópico y enano; ilusiones parecidas á las que causa el espejo de un pequeño gabinete que, reproduciendo la miniatura, la prolonga haciéndonos creer que estamos en el salón de un palacio. Los versos de Palma de ninguna manera se parecen á esas pinturas en pequeñísima di-

ensión que se esconden en el aro de un anillo ujeril y, miradas al través de un vidriecillo prisático, aparecen grandes como los frescos de la pilla Sixtina.

No perdonarán los espíritus disciplinados y conrvadores la liviandad con que el poeta del Rimac anosea algunos tipos que ellos perfuman, embecen y levantan á las nubes, allá donde, por ejemo, colocó Lamartine á su *introuvable* cura de aldea. hermana de caridad, esa Eva que, por el hecho cubrirse la cabeza con dos alas de cisne alminadas, se despoja de todas las debilidades del raíso, no le sugiere sino una agudeza de once vers, once flechas de oro resplandecientes de ingeo. Esto es verdaderamente pecaminoso.

Y basta. Por el hilo se saca el ovillo, y por las teriores citas se caerá en cuenta del sabroso bodo que brinda á los paladares ladinos el tomito Ricardo Palma.

Buenos Aires, 1878.

JUAN MARÍA GUTIERREZ.

La última copita

A Pedro Antonio de Alarcón

Ayer, entre dos luces,
casi me dí de bruces
con un pobre borracho
que, sin norte ni rumbo,
daba por esas calles tumbo y tumbo,
enviada ya la dignidad á un *cacho*
y hecho de la moral un higo chumbo.

—Perdone usted (me dijo), caballero.
¿Por dónde he de ir al callejón de Otero?
Pues, señor, ese pícaro italiano,
dueño de la chingana de la esquina,
vende un aguardientito tan liviano
que es cosa más que rica y que divina.
¡Ese aguardiente sí vale la plata!
Dicen que lo adereza
mezclando *motocachi* con cereza.
Veinte copas bebí, no es patarata,
y tan fresco quedé como una horchata,
prueba de que no es mala mi cabeza.
Mas de *yapa*, al salir, por mi desdicha
obsequióme el *bachicha*
un traguito y... ¡vea usted lo que me pasa!
que si atinar no puedo con mi casa
y estoy dando traspiés y sin levita,
es por culpa de la última copita.

—

Tal es la humanidad. Un desatino
con otros anteriores se eslabona.
¡Trueno gordo! Un gran mal nos sobrevino
que á otros males le sirve de corona;
y no culpemos nuestros hechos todos
sino que, como lo hacen los beodos,
lo atribuimos con cólera infinita
á la última copita.

La Poesía

¿Es arte del demonio ó brujería
esto de escribir versos?—le decía,
no sé si á Campoamor ó á Víctor Hugo
un mozo de chirumen muy sin jugo.
Enséñame, maestro, á hacer siquiera
una oda chapucera.—
—Es preciso no estar en sus cabales
para que un hombre aspire á ser poeta,
pero, en fin, es sencilla la receta.
Forme usted líneas de medida iguales,
luego en fila las junta
poniendo consonantes en la punta.
—¿Y en el medio?—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

Baúl cerrado

Dicen que dices que me dijiste
no sé qué historia del corazón,
y que ojerosa te hallas y triste
porque recelas mi indiscreción.
¡Vaya una tonta de flor y rama!
Si yo la diese circulación
conquistarías más alta fama
que Napoleón.

Capaz me juzgas de que yo diga
que cierta noche como á las diez...

antes me ahorquen con una liga
que yo revele tal pequeñez.
A más que nada, nada me obliga
para que, usando de avilantez,
cuente el achaque que á tu barriga
dió redondez.

Tampoco temas que luzca el cuento
de que engañabas á un tiempo á dos.
Nunca lo ajeno yo doy al viento...
¡de tal pecado líbreme Dios!
No soy tan pillo, ni soy tan bolo;
baúl con llave soy; para los
secretos ¡vamos! me pinto solo,
acá *inter nos.*

Antes que todo soy caballero
y no publico tu liviandad;
¡cual te pusiera como un harnero
la chismografia de la ciudad!
Poner tus gracias en candelero
fuera en mí mucha temeridad;
y yo no hago eso... porque no quiero
darte, paloma, celebridad.

Lo de siempre

I

Si llega á ser gobierno don Perico
ya sabrá usted, mi amiga, lo que es rico.
Pondrá coto al derroche
y no andarán los pícaros en coche;
no bailará el ratón dentro del queso,
y libertad tendremos y progreso,
y habrá tal abundancia
en aldea y ciudad, plaza y esquina
que, como lo anhelaba un rey de Francia,
tomarán todos caldo de gallina.
No tendremos ni chinches en la cama
si cumple don Perico su programa,

y seremos, de fijo, tan felices
que hasta al que es chato le saldrán narices.
—Con tal que cumpla cuando se halle arriba,
¡viva Perico! ¡Viva, viva, viva!

II

Tras una rebujina,
de esas de palo, cuerda y chamusquina,
el don Perico, al fin de la jornada,
cálzase la prebenda suspirada;
y ¡mire usted qué hallazgo!
con el otro moríamos de hartazgo,
y con éste tenemos ¡voto á sanes!
el milagrito de los cinco panes.
La casa los ratones han limpiado
y ni estaca en pared nos han dejado;
nadie tiene seguro su pellejo
y adelanta el país... como el cangrejo.
—Pues, muchachos, cambiemos de bandera:
¡Muera Perico! ¡Muera, muera, muera!

III

Ante tal batahola me amilano,
y sospecho que tuvo ciencia infusa
la viejecita ruín de Siracusa
que á los dioses rogó por el tirano.

In extremis

Este es mi irrevocable testamento
y dé fe su merced el escribano:—
Yo, Juan de Mata López y Sarmiento,
católico, apostólico, romano;

próximo á dar el postrimer aliento
en el santo hospital carmelitano,
lego, por bien del alma de mi hermano,
misas catorce... y por mi abuela ciento.

Item: declaro no dejar ni un cristo,
que en la pobreza imito á Jesucristo.—
alhajas, mobiliario ni dehesas,

—¿Y de dónde saldrán las misas esas?
—¡Qué borrico es usted, por vida mía!
¿De dónde? De la misma sacristía.

Confidencia

Jóvenes ambos. El, todo nobleza,
amor y abnegación.
Ella, toda hermosura y gentileza...
coquetismo y traición.

Que fué ayer me parece, y han pasado
años sobre los dos:
ya una cana ella oculta en el peinado,
y él que tanto la amó se ha vuelto á Dios.

Olvidarla, en la celda solitaria,
es vano pretender,
que cuando á Dios levanta una plegaria
en ella mezcla un nombre de mujer.

Y para él el recuerdo de la impura
vive en el corazón
como áspid venenoso, y lo tortura
y muerde como pérfido escorpión.

Y ella, con burla impía, dice en tanto
de un banquete en el loco frenesí:—
si llega á hacer milagros ese santo,
clávenmelos á mí.

Indirectas directas

Cierto Tenorio, gran enamorado,
cuando apenas el sol en el oriente

á escape había lanzado
su carro refulgente,
vió á una chica apoyada en la ventana
y díjola:—¡ay, tirana!
diérame el cielo amigo
poder entrar y platicar contigo!
Y la niña con púdica sonrisa
dió por respuesta:—abierto está el postigo,
madre en dos horas no vendrá de misa,
yo estoy sola, y en mangas de camisa.

—

Dejémonos de curvas y de rectas,
que el hombre es fuego y la mujer estopa...
¿qué hicieras tú, lector, si á quema-ropa
te echasen indirectas tan directas?

Respuesta á una invitación

En nochebuena á que cene
me has convidado contigo,
olvidando que soy tu ene-
migo.
En tal noche, dirás tú,
según reza el almanaque,
cena bien todo badu-
laque.
Pero, aunque lo soy, no olvido
que con desdenes un día,
ingrata, premiaste mi ido-
latría.
Que te desaire mereces,
pues yo soy, con tercio y quinto,
más altivo que el rey Reces-
vinto;
y no ha de hundir al Perú,
porque á tu cena no asisto,
hoy Nuestro Señor Jesu-
cristo.

Cuentecillo

En un corro de malos comediantes
uno decía á la demás canalla:
—Señores, mi caballo de batalla
es el *Nerón*, tragedia en asonantes.
¡Qué aplausos, voto á cribas, he alcanzado!
¡Vamos, si aquello no es para contado!
Tanto valdrá, discurro,
las estrellas contar.—¿Y en la ya dicha
(preguntó otro que no era poca ficha)
qué papel desempeñas?—El de *Burrho*.

Al poeta Adolfo García

(Castellano antiguo)

Las tus trovas falagüeñas
á doncellicas é dueñas
non son dardos,
cá non tiempos son aquestos
de los joglares apuestos
e gallardos.

En tu pénola polida
cobra dulcedumbre e vida
la canción.
Non han tus ritmas desmedro
con las ritmas del don Pedro
Calderón.

Empero á ser meresciente
de burla maledíscente
non te val,
nin doña Virgen María
é toda la behetría
celestial.

E esta que agora se usa
ser vocinglera la musa,
non sirena.
Tiempos de barraganía
son los de ogaño, diría
Johan de Mena.

Mal maridada ¡qué mengua!
de Alonso el Sabio la lengua
magestosa
vá con palabras de allende,
é ansí ya non se compriende
muy grant cosa.

La sotil e gaya ciencia
non finca su preeminencia
prencipal
en la natural semblanza
que fué de pristina usanza
poetal.

Nin cuemo antaño sesudos
son los prestes capilludos
en poridat,
que, en leturas y sermones,
pecan sus lucubraciones
de pobredat.

Non con frasi noblescida,
si de la Galia venida,
el scriptor
fama adquier de imaginero,
e de home ilustre, e mañero,
e sabidor.

Mi copla homilde te avisa
que escribas non de otra guisa
por tu bien
que cuemo se escribe hogaño.
Sálvetnos de cuita é daño
Dios. Amén.

Crónica religiosa

Hánme contado, Belén,
que ganaste el jubileo,
Dios te haga una santa, amén,
y te acuerde todo el bien
que yo para ti deseo.

Supe que en la procesión
pasaron cosas no vistas,
y que ibas tú, corazón,
realizando más conquistas
que César y Napoleón.

Ceñido al talle gentil
que cubre negro sayal
correa descomunal,
y rosario de marfil
con misterios de coral!

¡Vestida de penitente!
¿y no te dejaste en casa
esa sonrisa elocuente
y esa mirada que abrasa?
No lo entiendo, francamente.

Dirás que esto es una homilia
propia del púlpito mismo;
pero el cristiano ascetismo
muy poco ó mal se concilia
con mundanal coquetismo.

Por eso dijo un tronera
que, en este siglo liviano,
es moneda callejera
llevar á Dios en la mano
y al diablo en la faltriquera.

Aspiración insensata

En urna de cristal aprisionado
encontrábase un pez,
y exclamaba con tono acongojado:
—no hay un sér más que yo desventurado
del mundo en la infinita redondez.
Y un niño que escuchaba su lamento,
movido de piedad,
la urna rompió; y el pez, sin su elemento,
la muerte halló al momento
en la misma anhelada libertad.

—

Como el pez es el pueblo. Blando yugo
lo he visto quebrantando con ardor:
lo he visto cambiar padre por verdugo,
menor mal por mayor.

Galantería mística

De caridad hermana
era en un hospital sor Sinforiana,
y ni agrego ni quito
diciendo que era lindo su palmito.
Un enfermo del pecho,
mirándola de pie junto á su lecho
mucho más bella que oriental sultana,
exclamó:—¡Dios eterno!
Y la hermana repuso:—No se aflija...
¿qué quiere usted con Dios? yo soy su hija...
—¿Qué quiero? que me acepte por su yerno.

Torpedo

A Eugenio María Hostos.

Hablaba un diputado en el Congreso,
de Lima, Quito, Bogotá ó Santiago,
pues fiel memoria de lugares no hago
y nada importa el sitio del suceso.

—Si queréis gloria, libertad, progreso,
á Roma contemplad. Mirad qué estrago
causa el puñal de un Bruto dando en pago
de tiranía vil, muerte á un obseso.

¡Y Roma se salvó!—Mas un tunante
de aquellos que en la barra echan venablos
gritó, del aguardiente en los erutos.

—Esa es grilla, señor preopinante.
Si un bruto salvó á Roma ¿cómo diablos
no salvan á esta patria tantos brutos?

Desobediencia ejemplar

—Te despido de casa por fisgona,
chismosilla, sisona,
callejera, taimada,
golosa y respondona—
le dijo la patrona
á la linda criada
(hembra que á cualquier santo lo conquista);
la cual repuso:—Añada usté á la lista
de mis faltas que soy desobediente,
y quedará completo el expediente.
—Desobediente... no.—Mucho, señora.
—No lo he sabido.—Sépalo usté ahora.
Anoche, en la cocina,
mandó el patrón que yo le diera un beso...
—¿Y qué más? ¿Y qué más?... Vamos, termina...

Es fuerza que yo sepa en qué paró eso...
¿Y se lo diste, dí?
—No, señora... ¡lo desobedecí!!!

La gata zapatera

Imitación de Heine.

¡Vaya! ¡Vaya, si es pícara la gata!
Más vieja que la sarna y la ronquera,
echándola de honrada y de beata
se metió zapatera.
Para correr ya medio patizamba
se dijo:—pues salir de aquí no puedo,
por causa de mis males ¡qué caramba!
no siempre me he de estar chupando el dedo.
Fué, pues, lo de poner zapatería
pura alcahuetería.

Adornó la ventana con chinelas
de terciopelo y raso,
y las jóvenes ratas, coquetuelas,
detenían el paso
cautivadas por esas bagatelas;
mas no pasaban de la puerta el quicio
por miedo á un estropicio.

Al fin una (lo cuentan los Anales)
llamada Chepitinga la Elegante,
rata muy pizpireta y remonona,
muy echada adelante
y criada en finísimos pañales,
se aventuró á decir:—¡hola! ¡patrona!
¿hay botas con taquito á la Luis XV,
de las de última moda?
Y contestó la gata que era lince:
—Pues no ha de haber, hijita!
—Las compro si no valen mucha plata,
que andan los tiempos por demás fatales
y á mi papá, que es medio civilista,
há meses no le pagan la revista.

—Entre la señorita,
(muy zalamera continuó la gata)
entre la linda niña;
por duro más ó menos no habrá riña:
en mi tienda se calzan, no es embuste,
las ratas de más fuste;
entre para probarla una botina
que usa la emperatriz de la gran China.

Chepitinga, animada, tomó asiento
y echó á lucir la pierna.
¡Qué pierna, Jesucristo! Era un portento.
¡Redonda, limpia, transparente, tierna!
De esas piernas tan pródigas de encantos
que hacen prevaricar hasta á los santos.

Trajo la zapatera un taburete
y, cogiéndola un pie, la echó grillete
á la vez que, con pérfida destreza,
un mordizco la daba en la cabeza,
diciéndola:—hija mía,
conmigo te cayó la lotería,
pues por no usar zapato con zurcido
como otras mentecatas te has perdido.

En un álbum

Mejor que las románticas canciones
de un vate, cuyo numen no es gran cosa,
serán ¡oh niña de la tez de rosa!
de mi afecto las francas expresiones.

Que no mueran jamás las ilusiones
en tu alma juvenil y candorosa;
que del mundo en la escena borrascosa
hagas de amor latir los corazones.

Que disfrutes de honores y fortuna;
que afanosos te busquen los placeres;
que no halles de aflicción hora importuna

y que te envidien todas las mujeres...
y si con esto, en fin, no estás contenta
déte Dios la vejez de la pimienta.

Autógrafo para el amigo Ibáñez

Aunque oveja de otro aprisco,
don Francisco,
este amigo que lo estima
la enhorabuena le espeta,
y le manda su tarjeta
desde Lima.

¡Qué cisco, gran Dios, qué cisco,
don Francisco,
habrá en esa redacción
el cuatro de Octubre, día
en que usted puso la encía
en el pesón!

La casa andará al barrisco,
don Francisco,
no habrá ni mío ni tuyo,
le comerán media cara,
si es que no lo dejan para
mocontuyo.

Ni ogro soy ni basilisco,
don Francisco,
y á pesar de que en Europa,
para mí, se halla Arequipa,
desde aquí le grito:—¡hipa!
¡una copa!

A un tonto

Atente á mi receta
ya que en matricularte de poeta,
aunque á Dios plugo hacerte gran pollino,
se empeña tu cabeza de pepino.

Di, por ejemplo, para hablar del cielo,
diáfano tul, aéreo, coruscante,
cerúleo, azul turquí, crespón de duelo,
zenit, vertiginoso, ofir, enhiesto,
y para más no fatigarte en esto
harás gran provisión de consonantes,
vengan al caso ó no, muy retumbantes.
Lo esencial es no hacer el desatino
de llamar pan al pan, ni al vino vino.
Todo ello en un rebuzno desparrama
y será tuya la apolínea rama;
y si alguien dice que comer bellota
debieras y que no te entiende jota
porque todo tu cántico es oscuro,
dile muy arrogante,
cual quien está del cielo muy seguro,
que no todos lo entienden, y no obstante
es gran poeta el Dante.

Baturrillo filosófico

La nada de la nada, eso es la Muerte

Pardiez, que me divierte
porque me deja á oscuras,
¡filósofos germanos, vuestra ciencia!
En Dios y en mi conciencia
vuestras definiciones son locuras.
Y con un tono lo decís tan serio,
tan rotundo y enfático!
Eso es hablar, señores, de un misterio
como de algún axioma matemático;
así como quien cuenta
que veinte y veinte más suman cuarenta.

—

La premisa sentada
que la Muerte es la nada de la nada

¿la Vida, caballeros,
será una inmensa sucesión de ceros?

Pérdida irreparable

Se ha perdido ayer solita
una niña de dieciocho,
y un milagro á Santa Rita
ofrece su abuelo chocho;
porque á comprender no llega
que quien tal alhaja se halla
sería tonto ó canalla...
si la entrega.

Entrometimiento

¡No matéis á la adúltera! ¿Acaso
sin pecado os halláis? ¿Quién la piedra
lanzar puede primera á su frente?
Que arroje la piedra quien libre se crea
—dijo Cristo á la turba exaltada
que anhelaba lavar honra ajena.
Como en ello á la chusma insolente
no le iba gran cosa, calmó la tormenta.

Sólo es juez el esposo ultrajado
en las manchas que al tálamo llegan.
Si el marido se hallara presente,
y si era persona de alguna decencia,
—su merced, don Jesús, me dispense
que yo sé mi deber—le dijera;
y sin más derrochar expresiones
paliza, paliza, paliza tremenda.

A una coqueta

Hija mía: con guiños y monadas
de otros á hacer aspira la conquista;
figurar nunca quise en la gran lista
que llevais las coquetas desalmadas.

Conmigo no hay magnéticas miradas
ni sonrisas que valgan una arista,
y los nervios, de que habla un romancista,
son para mí solemnes bellacadas.

Quede eso á mancebitos de la hoja
(este verso no es mío, es de Quevedo);
yo no entiendo de tira ni de afloja;

yo ni subo, ni bajo, ni estoy quedo;
y sin darla de ser toro jugado
soy ya... carabinero jubilado.

A Adriana

Perdona, si estás molesta
mi falta de cortesía,
porque dejé el otro día
tu inspiración sin respuesta.
Un mi amigo
dijera (yo no lo digo):
Dios me hizo así tan así,
tan á etiquetas contrario,
que es el social formulario
cosa inútil para mí.

¡No! no soy un hotentote,
montaraz y mal criado,
ni la fama he conquistado
de tonto de capirote;
sino que
tanta mi sorpresa fué

al mirar que un serafín
se acordaba de mi nombre,
que me achispé, no te asombre,
y se me acabó el latín.

También te diré, en confianza,
que pensé escribirte en prosa;
mas contestar á una hermosa
en prosa vil no es crianza.
Y la musa
que há tiempo que me rehusa,
con obstinación fatal,
el favor que antes me hacía!
En mí es ya la poesía
anticonstitucional.

Y hay razón. La musa en tanto
es mujer, y el entrecejo
de quien va ya para viejo
debe de causarla espanto.
Si no fuera
así, paloma hechicera,
hoy por hoy una canción
romántica te enviaría,
en la cual te endilgaría
todo un credo cimarrón.

Hasta en tu nombre gentil
embeleso encuentra el alma,
y te hablara de Djalma
y Adriana de Cardoville.
Mira, mira,
niña de la dulce lira,
que, al ser yo aún trovador
de galantería extrema,
de sobrarme hubiera tema
para una flor y otra flor.

Pero, en fin ¿cómo ha de ser?
No llega tarde quien llega,
y el que con candela juega
peligro corre de arder.

Muy bonito,
Adriana, encontré tu escrito.
Hay hechizo en tu laúd;
y presiento, niña bella,
que á ser llegarás estrella
de primera magnitud.

Heroicidad

¡No bebo más! ¡No bebo!—repetía
uno á quien siempre conocí borracho—
No quiero ser más débil que un muchacho,
y alguna vez tengamos energía.
¡Nada! aunque Cristo padre me lo mande
juro no beber más, chica ni grande.—

Esto diciendo lo encontró su amigo
Perucho Papahigo,
que es otro borrachín de tomo y lomo,
y díjole:—¡Alto ahí! ¿qué es eso? ¡cómo!
¡qué! ¿no remojaremos la palabra?
Abra usted, patrón, abra
la ventanilla, y sirva prontamente
dos copas de aguardiente.
Mataremos la bilis, que ella estraga
el hígado y el bazo... ¡soy quien paga!

El otro vaciló, porque terrible
era para él la tentación aquella;
pero á la postre consiguió vencella,
y contestó con voz desapacible:
—Dispénsame... no bebo... lo he jurado..
—Pues vete á cazar moscas, renegado.

Y nuestro hombre siguió la calle arriba
exclamando:—¡Que viva!
¡vaya si soy valiente!
Tengo el alma templada como acero:
no hizo lo que he hecho Napoleón primero.
¿Cómo á la tentación resistir pude?

No seré yo quien de prodigios dude
que obra la voluntad omnipotente.
Heróico es lo que yo hago...
Entremos donde Broggi... francamente,
tamaña heroicidad merece un trago.

Cuestión de gustos

Burla y escarnio de los hombres sea
(dicen muchos) el ángel hechicero
que fuma, como fuma un granadero,
y echa más humo que una chimenea.

Quédese vicio tal para la fea
que no tiene noviazgo en candelero
y que, con el cigarro y el faldero,
su doncellez impávida pasea.

Pues, señores, nada hay que más me incite
que el contemplar *golpeando* una *panquita*
á una muchacha de gentil palmito,
para luego decirla:—Si permite
que la pida limosna, señorita,
cuando acabe... regáleme el *puchito*.

El árbol sin rival

—¿Es eucalipto, es fresno, es astrapea
el árbol primoroso
que, en su jardín se eleva tan frondoso?
¡Qué sombra! ¡Qué frescor! ¿Quién no desea
un árbol tal?—decíale á un ricacho
un mozo calavera y vivaracho;
y el dueño del jardín lanzó un suspiro
contestando:—¡Ay, amigo! Según miro
ignora usted la historia
del árbol en que cree cifro mi gloria
y que, en medio de tanta preeminencia,

por siempre ha envenenado mi existencia.
Dos veces viudo soy. Mis dos conjuntas
de tal árbol se ahorcaron en las puntas.
Dolor no habrá cual mi dolor tremendo...
Salid, sin duelo, lágrimas corriendo!—
Y el infeliz marido
rompió á llorar de la aflicción transido.

En tanto el mozalbete le decía:
—Pues, hombre, es un motivo de alegría
y síntesis de todos los placeres
tener árbol que, entre otras perfecciones,
tiene la de inspirar á las mujeres
tan buenas tentaciones.
Por si me enrolo un día
de San Marcos en la archicofradía,
merecer de usted quiero un gran servicio
que acaso me redunde en beneficio.
Poco, muy poco mi amistad reclama...
cuando lo pode usted... déme una rama.

Vaya un consuelo

No te irrites, hermano, porque un chinche,
á quien ninguno conoció en la escuela
y que ha leído tal ó cual novela,
echándola de crítico relinche.

No rasgues sangre ni te dé berrinche
de ese zoilo la necia cantinela...
¿que eres bruto? ¡corriente! y que la abuela
del criticastro estúpido te cinche.

Saber debiste desde el mismo día
en que te echara Dios por esos trigos
trayendo del talento la joroba,

que en esta tierra tuya y también mía,
los reptiles, del mérito enemigos,
y los tontos se barren con escoba.

A una beata

En tiempo de Diocleciano,
guapo emperador romano,
floreció santa Nefija,
de la cual se habla prolija-
mente en el Año Cristiano.

Y refiere de la tal
un muy docto historiador
algo que prueba en rigor,
que ni pecado venial
es besar al pecador.

Persiguiendo al cristianismo
aquel bárbaro, á los fieles
condenaba al ostracismo,
si no hacía el barbarismo
de echarlos á sus lebreles.

Fué la santa desterrada,
y en ello fué bien librada,
que él, con feas ó bonitas,
no se andaba con chiquitas
para hacer una gatada.

De llegar hubo á una ría,
y no teniendo dinero
para pagar al barquero,
le pagó... (Jesús María!)
con un beso bullanguero.

Si tras el toque de queda
comer ansiaba una hogaza,
un beso daba muy leda,
que eran sus besos moneda
bien aceptada en la plaza.

Si limosna la pedía
alguien, por amor de Dios,

la santa se detenía
y así... sin gazmoñería
daba un beso, y hasta dos.

Y de esa santa en elogio
y ajeno á toda diatriba,
casi, casi á decir iba
que en todo el martirologio
no la hay más caritativa.

—Pero ¿todo eso es verdad?
—Y la purísima, hija.
Si aspiras á santidad
conmigo haz la caridad
que hacía santa Nefija.

Un retrato

¡Silencio, ratas, que la noche es larga!
Yo tengo la palabra, y que me emplumen
si no brota mortal de mi cacumen
contra cierto bandido una descarga.

Ostentando una facha de botarga
es de todos los vicios el resumen;
y si es cierto que el mal tiene su numen
no sé por qué con el malsín no carga.

Aumentó con lo ajeno su gabeta;
traicionó á todos, tirios y troyanos;
nunca dió de limosna una peseta;

chisme y calumnia fueron sus hermanos;
y dice ¡desalmado fariseo!
que cree en Dios y que gana el jubileo.

Origen de las pulgas

Reverberaba el sol esa mañana
y Cristo, con San Pedro de bracero,

sin miedo á la terrible resolana
iba por el otero,
charlando mano á mano,
tú por tú, sobre el modo más certero
de hacer la dicha del linaje humano.

A la sombra de un árbol corpulento
muellemente tendida,
viendo volar las moscas ciento á ciento,
estaba una mujer, moza lucida,
de labios de coral, cutis de nieve,
de esas que, en punto á edad, sin miramiento
á que mentir es cosa inoportuna
plántanse en veintinueve
como el buen jugador de treintaiuna.
De mujeres poblado se halla el mundo
que al treinta tienen un horror profundo.

San Pedro se detuvo, y campechano
la dijo:—Dí, mujer ¿qué haces ociosa?
¿qué? ¿no sabes hilar?—Poquita cosa.
Cuando arrecia el verano
prefiero estarme mano sobre mano.
Ruede, ruede la bola,
y siga yo tumbada á la bartola.

El Divino Maestro, de Dios hijo;
miróla sonriente.—De lo malo
y vicioso (la dijo)
madre es la ociosidad. Te haré un regalo
que te ocupe y distraiga humildemente.
La pereza sacude... ¡ea! entretente.
Ráscate si te pica dó te pique.
Sigamos, Pedro, y basta de palique.

—

Y Dios creó las pulgas ese día,
microscópicos seres
en cuya cacería
han sido y son tan diestras las mujeres.

Domingo de Ramos

A un Redentor... político.

Entra en Jerusalem Cristo triunfante
y de flores le alfombran el camino;
forma la muchedumbre remolino
y con ¡vivas! le sigue delirante.

Aun Pilatos le ve de buen semblante
y Judas le sonríe, y por divino
redentor de su pueblo peregrino
el Sanhedrín le aclamará al instante.

No hay cruces en la cumbre del Calvario;
en las calles todo es arcos triunfales;
del *Dies iræ* á nadie turba el canto;

nubes de aroma brota el incensario...
¡Qué lástima! ¡qué lástima, mortales,
que tras de Ramos venga Viernes Santo!

En el álbum de una amiga

tan bella como esquiva, que me pidió versos
en castellano antiguo

En la fabla deleitosa
del señor de Hita é Buitrago,
assumpto poetal te fago,
fermosa, la muy fermosa.
Probara á negarme yo
feamente;
mas non digas que non só
complasciente.

Mormura por la cibdat
dueña ya setentañona,
que á tal la de tu persona

non hobo en Lima beldat;
que ningún doncel te mire
¡mal pecado!
sin que al momento sospire
namorado.

E disce cierto, mía fe,
cá gentil á maravilla
eres, cual otria en la villa
bolliciosa non se ve;
mas cuitado é sin ventura
el amador,
que eres más que roca dura
en tu rigor.

Quién, si nasció é si te viera,
parias no te rinde ufano?
Cá para el que es fiel christiano
cruz eres codibciadera.
E la lumbre de tus ojos,
filha, es tanta
que, al vellos, fincan de hinojos...
Marí-sancta!

A las feridas que faces
con tus desdenes tiranos,
bien menguados zurujanos
son los omes lenguaraces.
Para guarir al que invoca
melecina
¿sonrrisos non há tu boca
porpurina?

A Florencio Escardó

Carta prólogo

I

Haciendo guerra á la infernal polilla
y asfixiándome el polvo los pulmones,

ırrellanado estábame en la silla
lescifrando unos rancios cronicones,
:uando entró mi sirviente, y en silencio
:ntregóme tu carta, buen Florencio.
Gracias, hermano, gracias... ¿Quién diría
que, en la feliz región que baña el Plata,
encontrara amistosa simpatía
un sér á quien la adversidad maltrata?
Gracias mil otra vez, noble soldado
que, en el revuelto campo de las letras,
de tu entusiasmo juvenil armado,
lleno de fé penetras.

He leído tu libro. Francamente
que, al terminar, me dije:—¡Desdichado!
Zahiriendo el pasado
fustigas, como hay viñas, el presente.
El pretexto no es malo,
que así menos escuece el varapalo:
es aquello de—á ti lo digo, negra;
entiéndelo, si quieres, tú mi suegra;
Revistiendo esqueletos coloniales
de púrpura, oropel y relumbrones,
dás á estos tiempos por demás fatales,
en realidad, bien rudos coscorrones.
Pero, chico, es lo cierto
que pretender que sus pecados gordos
odie la humanidad, es en desierto
predicar ó cantar para los sordos.

Diga la magistral filosofía
lo que quiera. Yo tengo
mi opinión, como mía
extravagante acaso; mas me avengo
un cuarto á dar de conversión, si alguno,
periodista ó tribuno,
me prueba, con estricto silogismo,
que en el mundo no impera el egoismo,
y que en la humana ciencia
no hay la que llamaré—démosla nombre—
ciencia por excelencia,

la cual tiene por base este aforismo:
explotación del hombre por el hombre.

Hombres y siglos rómpense la crisma
del tiempo raudo en el eterno abismo,
y el hombre... ¡siempre el mismo!
la humanidad... ¡la misma!
¿Somos mejores hoy ¡viven los cielos!
que nuestros bisabuelos?
¿Más virtudes hay hoy sobre la tierra?
¿El mal y el bien no siguen siempre en guerra
¿No existen hoy, como en lejanos días,
muchas, muchas sociales picardías?
¡Y á éstos llamamos tiempos de ventura!
¡Y á esto llamamos siglo de las luces!
Pues, en verdad, á mí se me figura
que, á pesar del vapor y del progreso,
y de tanto poético embeleso,
vamos al caos á caer de bruces.

Florencio ¿á qué embromar? Crucificado
es todo redentor: está probado.
Este mundo es un pícaro de cuenta
que maldito de Dios lo que escarmienta
leyendo las lecciones del pasado.
Revuélcase en eterno pecadero,
y ámalo en tanto grado que desdeña
el cielo que el Ripalda nos enseña,
y de golpe se arroja en el caldero
de un tal Pero Botero.
De aquí saco con lógica agustina
la conclusión siguiente:—al que se empeña
en condenarse, es justo
dejarlo que se salga con su gusto.
Lo demás es majar en hierro frío,
cortapisas poniendo al albedrío.

II

Basta de burla y de sarcasmo, basta.
Tal vez, y sin tal vez, no fuí sincero;
tal vez di paso al desencanto fiero

que así las fibras de mi vida gasta.
Quién, en el carnaval de la existencia,
no se mezcla á la humana mascarada
, al sentir de una espina la dolencia,
no ríe con grotesca carcajada?
Adiós! ¡Abrí una válvula del alma!
Perdón! Lo hasta aquí escrito
démoslo por no escrito... importa un pito.
Vamos á ver si charlo con más calma.

Cierto es que el triste mundo no mejora
de condición, que fué antes lo que ahora.
Así el cielo lo quiso,
desde que el padre Adán del Paraíso
mordiera la manzana tentadora.
Es cierto que la prole sigue ciega
y entre vicio y virtud brega que brega;
pero no es constituirse en pedagogo
del siglo en que vivimos, que uno escriba
(bien sea por conciencia ó desahogo
del ánima espansiva)
y diga á sus hermanos ó vecinos:
—No os dejéis enredar en telarañas,
vais por malos caminos;
por si ustedes lo olvidan
sepan que, en tiempos de... Mari-castañas,
por esas breñas desnucóse un quidam—
¡No! no son visionarios ni farsantes
los que, cual tú, combaten arrogantes,
y al mundo dicen, al narrar un cuento:
—Sírvate de lección ó de escarmiento.
¿Que se malgasta el tiempo sin provecho?
¿Que lecciones el mundo ya no escucha?
¡Paciencia y barajar! A lo hecho, pecho.
El deber no es el éxito, es la lucha.

¡Adelante! Descorre de la historia
los íntimos arcanos,
y si hoy tu afán no te reporta gloria
quizá tiempos vendrán menos livianos.
No te importe que en esta batahola
rodando siga la mundana bola

como rodaba ayer. ni más ni menos.
Con atacar al vicio haces bastante.
Cumple así tu misión entre los buenos
y ¡adelante! ¡adelante!

No es imposible

No se eleva el humilde jaramago
hasta la altura de la regia encina
se puebla de armonía el aire vago
ni puebla de armonía el aire vago
quien como dulce ruiseñor no trina.
¡Sueño es mi aspiración! Ni la esperanza
oso abrigar que un día
se convierta en bonanza
del corazón la tempestad sombría.
¡Muy alta estás! Yo apenas me levanto
del polvo de la tierra,
y en ti la humana esplendidez se encierra.
Belleza, juventud, fortuna, cuanto
hace bella la vida,
rodea tu existencia bendecida.
Tú eres sol, yo soy nube
que hasta tu gran excelsitud no sube.
Ni á mirarme desciendes. ¡Ah! si un día
del águila me alzara hasta la altura,
acaso tu mirada encontraría.
¡Quién sabe si intentarlo no es locura!
Quién sabe si en el fuego en que me abraso,
mariposa gentil, también pudieras
quemar tus alas, y por mí sintieras
lo que siento por ti; quien sabe acaso
digan de mí las turbas anhelantes:
¡es un Rossini! ¡un Rubens! ¡un Cervantes!

—

Yo que soy más prosaico que un botijo
interrumpí al poeta:—¡Quién sabe, hijo!
De menos hizo Dios á un tal Cañete...
(y luego lo deshizo de un puñete.)

Consejo

No así te muestres altiva
que la altivez es dañosa,
y mucho pierde una hermosa
que lides de amor esquiva.
De adoradores la grey
hace tu desdén huir;
mas vencer sin combatir
es triunfo de mala ley.
Y al verte hacer tanto alarde
de inclemencia dirán luego:
—esta niña teme el fuego
y anda huyéndole cobarde.
De las flores peregrinas
la rosa la reina fuera,
si su esplendor no ofendiera
verla rodeada de espinas.
Mejor tú no eres que Eva,
y claro la Biblia dice
que al fin mordió la infelice
no sé si manzana ó breva.
Que el travieso corazón
se pone, es cosa probada,
á la hora menos pensada
en total sublevación.
Y demonio ó serafín
á todas, no hago excepciones,
en materia de pasiones,
les llega su San Martín.
Por lo cual dice un centón
que debe ser la mujer,
ni sencilla de cocer,
ni áspera de condición.
Pero ¡por vida del diablo!
¿quién sufrirá á una hechicera
siempre adusta y altanera
como santo de retablo?
Lo que haces va en vilipendio
de tu sexo. ¡por quien soy!...

y no hablo por mí que estoy
asegurado de incendio;
pues la edad y los achaques,
la experiencia y desventuras,
no me permiten locuras
que hacen otros badulaques.
Así, niña de mis ojos,
si Dios no te llama á monja,
fuerza es que oigas la lisonja
de un amador sin enojos.
No contestes con agravios
al que de tus ojos bellos
diga son de luz destellos,
que son púrpura tus labios;
y que es tu talle gentil
y tu cutis de azucena,
y que tu voz dulce suena
como el aura en el pensil.
Oye esas galanterías
como quien oye llover,
aunque plagio pueden ser
del *Trovador* ó el *Macías*.
Oyelo por caridad
y en actitud complaciente,
aunque la historia te cuente
del Califa de Bagdad.
Porque sino... no hay tu tía;
si no lo remedia Dios,
como uno y uno son dos;
vestirás santos un día.

Ecco il problema

Hay una institución de nuevo cuño:
Dataria civil tiene por nombre,
la cual á los casados, hembra y hombre,
se ha propuesto meterlos en un puño.

Contra esa institución no refunfuño,
(justo es que la estadística se alfombre

con toda exactitud) y no os asombre
porque ella no cosecha en mi terruño.
Mas si me tienta el diablo el mejor día,
exaltando nervioso mi sistema,
y me entra de casarme la manía
¿me dará Dios la suficiente flema
para andar entre *Curia y Dalaría?*
¿Qué opina usted, lector? *¡Ecco il problema!*

Por una letra

A Juan de Dios Peza, en México.

Era Mariquitiña
lo que se llama una hechicera niña;
fresca, bonita, dócil, hacendosa,
una muchacha, en fin, jacarandosa,
de aquellas que un buen médico receta
contra romanticismo de poeta.
No era de esas tontuelas infelices
que diz que se alimentan del rocío...
¡Un demonio! Ella, á falta de perdices,
embaulábase un pan con jamón frío.
Pero... ¡maldito pero!
En mundo tan bellaco y cominero
sin pero no hay viviente.
El defecto tenía
(que para mí no lo es, valgan verdades,
pues nunca me detuve en nimiedades)
de destrozar encantadoramente,
escribiendo al galán, la ortografía.

I

El á ella

Ayer me escribiste, y excusa que tache,
lo que hay en tu billete de antigramatical.
Hamor ¿quién demonios escribe con *ache*
en este que es un siglo de ciencia universal?

¡Vea usted! una letra fatídica, aleve,
pártióme por el eje, despedazó mi ideal,
y temo que el fuego conviértase en nieve
si no haces de la enmienda propósito formal.
Esa *ache* es más que hacha, cuchillo ó machete,
teniéndola presente ¿quién pasa el Rubicón?
Amor es una ópera, y siempre el falsete
produce en nuestros nervios tremenda crispación.
¿Qué amante, en tus cartas, viendo esos lunares
no sentiráse herido por la desilusión?
Tú dirás que nones, yo digo que pares,
y, ó hay más ortografía ó echamos el telón.

II

Ella á él

Procede usted con solapa
cuando ese pretexto atrapa
que, en verdad, no vale una *ache*,
y que es como el de la capa
del motín contra Esquilache
Quien bien quiere hace hincapié
tan solo en punto de fe,
no en letra, coma, ni tilde;
el pretexto es más que humilde
y poco honor le hace á usté.
Para mí la propiedad
ortográfica es un lío,
confieso mi ceguedad;
pero en amor, señor mío,
soy toda sinceridad.
¿O cree usted que á la mujer
académicos aliños
bastan á hacerla valer,
aunque no sepa coser
ni amamantar á los niños?
Dar gran significación
á un mísero error plumario,
prueba amor estrafalario,
en que más que el corazón
toma parte el diccionario.

En el invierno de la vida un día
dirá usted, recordando mi cariño,
la pobre nunca supo ortografía,
pero sabía amar.
Candor era ella, abnegación, ternura,
y acaso su ignorancia era la dicha,
que no siempre donde hay literatura
hay un feliz hogar.

III

Estas cartas cayeron á mis manos
por gran casualidad,
y movido de fines muy cristianos
las doy publicidad.
Si en materia de amor la ortografía
está ó no está de más,
ecco il problema. En fin, lectora mía,
tú lo resolverás.

Transmigración

Sobre su labio superior Mercedes
de tafetán llevaba un parchecito
tan mono, tan pulido, tan bonito
que tentaba á besarlo. Oigan ustedes.
Era en el tren la escena,
y de la bella al lado
un joven de bigote ensortijado,
y que á rosas olía y á verbena,
hallábase sentado.
De pronto un túnel en la férrea vía
atravesamos raudos, y de nuevo
al ver la luz del día
desparecido el parchecito había...
¡Miento! Estaba en los labios del mancebo.

Amor de beata

Hubo una chica por San Marcelo,
allá en mis tiempos de mocedad,
que tragar me hizo tamaño anzuelo
y, si en mi ayuda no viene el cielo,
hago casi una barbaridad.
Yo la llamaba vida y consuelo;
me llama ella su trovador;
ni la dulzura del caramelo
era más dulce que nuestro amor.
Beatita era ella de escapulario,
y siempre oía misa y sermón,
y la novena y el trecenario
eran su tema de distracción.
Pero una noche ¡noche menguada!
ya de la una para las tres,
vi de su cuarto salir callada
sombra cubierta de un *cache-nez*.
—Hoy la asesino ¡pese á mi estrella!
dije, en su colmo mi exaltación;
cogí un revólver, me fuí sobre ella
resuelta en mi alma su perdición.
Y la bribona con risotada
me dió esta bufa contestación:
—¿A qué esos gritos cuando no hay nada?
—¿Y ese hombre, ese hombre, quién es, malvada?
—¿Ese? Es mi padre de confesión.

Típico

En la diestra picóle á un escribano
ponzoñoso escorpión. El cirujano
á remediar llamado la avería
exclamó:—¡No hay tu tía!
esta es la más atroz de las dolamas:
cloroformo, serrucho y ¡fuera mano!
Otra cosa es andarse por las ramas.

E hizo la amputación. De su letargo
el paciente volvió con llanto amargo
y maldiciendo más que un carretero:
—¿A qué viene la queja? ¿Refunfuñas
porque salvas la vida, majadero?
—No lamento mi mano, caballero.
—Entonces ¿por qué lloras?—Por mis uñas.

La gran desgracia

A Francisco Sosa, en Méjico.

A un viejo que pasaba por la calle
detuvo del faldón de la levita
una niña bonita
y de arrogante talle,
diciéndole:—Señor, por vida suya
quiero que usted me instruya
de las nuevas que aquí me participa
una tía que tengo en Arequipa.—
Y sin más requilorio
una carta pasóle al vejestorio.

Calóse el buen señor sobre los ojos
un grave par de anteojos,
el sobre contempló, rompió la oblea,
la arenilla quitó de los borrones,
examinó la firma, linda ó fea,
y se extasió media hora en los renglones.

Ya de aguardar cansada
—¿qué me dicen, señor?—dijo la bella.
Y el viejo echó á llorar diciendo:—¡Nada!
Has nacido, mujer, con mala estrella.—
Asustada la joven del exceso
de llanto del anciano,
le preguntó:—¿Quizá murió mi hermano?
Y el viejo respondióla:—¡Ay! es peor que eso.
—¿Está enferma mi madre?—Todavía
es peor cosa, hija mía:

no puedes resistir á esta desgracia...
yo, viejo y todo, me volviera loco.
—¿Qué ha sucedido, pues, por Santa Engracia?
—Que no sabes leer... y yo tampoco.

¡Zape, gata!

A la muchacha de mejor talle
que de Malambo vive en la calle
y que me tiene sorbido el seso,
há pocas noches la pedí un beso,
lo cual es cosa que hace cualquiera.
Valgan verdades ¿quién lo creyera?
Aunque me afirman que es de esas tales
que, en Francia, llaman horizontales,
quedé, cual dicen, haciendo cruces.
Pasó la historia, ya entre dos luces,
cuando encendían los gasfiteros
en las esquinas los reverberos.
Oigan ustedes lo que me dijo
esa... coqueta que Dios bendijo:
—Aquí, en mi boca, como usted sabe,
se esconde el beso que lo contenta;
pero mi boca se abre con llave,
no con ganzúa ni otra herramienta.
—Si es llave de oro (repuse osado)
todo tropiezo queda allanado.
—No, señor mío (dijo la bella);
ya que usted tanto la cosa apura,
la llave aquella
en la parroquia la tiene el cura.

Y yo al oirla salí al escape
diciendo:—¡Zape!

Leña para el infierno

Diz que se confesaba un usurero
enredista, tramposo, verdadero

tizón de la cocina
donde el demonio sin rival domina;
y haciendo el desvalijo
de su conciencia al sacerdote dijo:
—Padre, acúsome á fuer de penitente
que no tuve piedad del indigente,
y al que vi en un apuro
apretéle la soga duro, duro.—
El buen fraile, que oíalo espantado,
exclamó:—¡Desdichado!
¿y no pensaste nunca que algún día
á juicio el Justo Juez te llamaría?
—¡Ah! la cosa da largas, por mi abuela!
(gritó contento el hombre-sanguijuela)
si Dios es Juez de paz, no me querello
de andar entre escribanos... ¡que me place!
Entáblese demanda... vengo en ello,
que después... ya veremos lo que se hace.

Mundo quimérico

Vi elevarse un altar á la virtud
y el crimen castigado por do quier;
vi ¡oh, prodigio! constancia en la mujer
y ciencia en la indolente juventud.

Honrada contemplé á la senectud
y en manos de los buenos el poder;
triunfante la justicia, y el deber
levantado á magnífica altitud.

Arca abierta miré en la caridad
y proscrita la infamia de Caín;
fe en el amor, confianza en la amistad,

patriotismo en la gente más rüín...
—Pero ¿en dónde vió usted tanto primor?
—En sueños, queridísimo lector.

Idealismo y materialismo

¡Mucho deslumbra el brillo de la gloria!
Ocupar una página en la Historia
es muy noble ambición. Cuando al ocaso
llegamos del vivir, será muy bella
cosa poder pensar:—Yo dejo huella,
en el pícaro mundo de mi paso.
No fuí el ave ligera
que cruza por la esfera,
ni el bajel cuya estela borra impía
ola revuelta de la mar bravía.
El cuerpo, esa cubierta desdichada
del *yo* que es inmortal, vuelva á la nada;
mas vivirá mi nombre
y con él el espíritu del hombre.
Batallador, científico ó artista,
filósofo ó poeta, leve arista
no soy que ha de perderse en el vacío.
¡El porvenir, el porvenir es mío!
Viviré en el futuro más distante...
¡Soy Colón! ¡Soy Velázquez! ¡Soy el Dante!

—

No se remonte más, mi caballero,
y en paz deje á los muertos infelices,
ó habremos de taparnos las narices
si removiendo sigue el pudridero.
Linda será la gloria... ¡que aproveche!
pero, á sus gangas póstumas, prefiero
la rica taza de café con leche
y el humo de un veguero.

A Anita Soler

Amistosa indiscreción
me hizo ver el otro día,
que mi humilde poesía
despertó en tu corazón
entusiasta simpatía.

¡Ay, Anita!
Nunca tu estrella permita
que me mires cara á cara;
pues tuviera ¡cielo santo!
el más atroz desencanto,
la desilusión más rara.

Tú romántico me sueñas
y muy mucho espiritual,
y en adornarme te empeñas
con todas aquellas señas
de tu fantástico ideal.
Aunque te aflija
¡qué chasco te llevas, hija!
pues dijo una gacetilla
que es *chirle* mi inspiración,
y que soy, en conclusión,
escritor de pacotilla.

En tan delicado punto,
como decís las mujeres,
me atengo á otros pareceres
que, en detalle ó en conjunto,
me ponen entre los seres
¡San Fecundo!
más prosáicos de este mundo;
y aún te añadiré, lucero,
por si no te lo han contado
que ya empiezo, aunque soltero,
á oler á papel quemado.

Desde Ovidio hasta Cervantes
fuimos los poetas bichos
por demás extravagantes,
y más llenos de caprichos
que engreídos comediantes.
Y como antes
lanzamos muy peripuestos
en la mundana Babel
palabras de relumbrón...
sabiendo el más motilón
que no es oro el oropel.

Que me conozcas no quiero.
A orillas del fértil Plata,
y entre el ombú y el pampero,
tu espíritu se dilata
expansivo y lisonjero.
Dios te guarde,
y por mil años alarde
hagas de ingenio, paloma,
libre de todo naufragio...
que yo me atengo á este adagio:
bien se está San Pedro en Roma.

Una mendiga ciega

Puesto que estoy con lo moderno en guerra
y mi pasión por antiguallas es,
escuchad esto que pasó en mi tierra,
allá en los tiempos del virrey inglés.

—

A la puerta de un templo, una doncella
de quince abriles caridad pedía
y, aunque nunca miró la luz del día,
dicen que la muchacha era muy bella.
El diáfano cristal de su inocencia
jamás empañar pudo
de impuro pensamiento la presencia;
mas no hay candor que valga, si sañudo
el gavilán asoma
y atrapa á la paloma.
Una limosna por amor de Cristo,
demandaba la pobre cierta noche
cuando un mancebo, trapalón y listo,
apeándose de un coche.
—¿Quieres limosna?—díjola.—Sí, quiero,
contestó la infeliz á aquel maldito.
—Pues sígueme, lucero.
—Pero ¿á dónde me lleva el caballero?
—Te llevo á los infiernos y... ¡chitito!

Y prosigue la historia
que no fué infierno sino dulce gloria
lo que halló la rapaza
en brazos del mancebo libertino
el que, hastiado á la postre, buscó traza
para plantarla en medio del camino.
Y de entonces la ciega, noche y día,
en el alma el recuerdo mantenía
del delicioso instante
en que al infierno la llevó un tunante.
Y vuelta á la fatiga
de paupérrima vida, la mendiga,
sintiendo su alma del deleite esclava,
no ya de pan limosna demandaba,
y entre lágrimas vivas
decía con clamores sempiternos:
—¡Almas caritativas!
¿no hay una que me lleve á los infiernos?

Hasta los gatos quieren zapatos

Al poeta Rafael Obligado, en Buenos Aires.

Señora mía, yo soy un mozo
que, aunque apenitas me apunta el bozo,
soy como amante
de alma gigante.
Si usted se apiada de mi ternura,
causará envidia nuestra ventura
á los querubes de rubio pelo
que hay en el cielo.
—¡Jesús me asista! Si hasta los gatos
gastan zapatos!

Sin elogiarme, yo soy un bolo
y para bruto me pinto solo;
mas, sin modestia,
vi otro más bestia
que yo calzarse ¡quién lo diría!
de un ministerio la oficialía.

Yo hago, como otros que no son zotes,
cuatro palotes...
—¡Bravo! ¡Archibravo! Si hasta los gatos
gastan zapatos!

Con triste sueldo de ochenta pesos
mantiene dama y otros excesos
un amanuense
liliputiense;
y va á los toros en carretela,
y por las noches á la zarzuela,
y lleva guantes, y fuma puro
de los de á duro.
—¡Qué tiempos estos! ¡Si hasta los gatos
gastan zapatos!

Señor ministro, sepa su esencia
que á mí me debe la Independencia
muchos servicios
y sacrificios.
En Ayacucho fuí en la guerrilla,
y casi pierdo la rabadilla.
¿No habrá una paga? ¡De hambre me muero
—Eso... al cajero.
¡Qué pretensiones! ¡Si hasta los gatos
gastan zapatos!

Usa quevedos, melena blonda,
diz que conoce la O por redonda,
y el muy mendrugo
de Víctor Hugo
y hasta del manco que ideó el Quijote
hizo ayer noche salsa y jigote.
Para él es Byron pobre petate
de escaparate.
—¡Qué cosas estas! ¡Si hasta los gatos
son literatos!

Un sacramento

El cura de Pimpicos es un cura
que tiene la locura
de cuidar los eternos intereses
de sus sandios y humildes feligreses;
y aún tengo yo por cosa muy segura,
tanto y tan bien su ministerio llena,
que en su parroquia nadie se condena.
No sólo en prosa, en verso les predica,
y en latín y en hebreo y en sanscrito,
y aunque algún maldiciente lo critica
yo sé que el señor cura es un bendito.
La otra noche, explicando la doctrina,
de la confirmación hizo su tema,
y concluyó la plática divina
diciendo con gran flema:
—El obispo le da una bofetada
y la persona queda confirmada.
—Si esto es confirmación, chispo ó no chispo,
dijo un borracho que el sermón oía
y al cual celoso su mujer traía,
también yo soy obispo—
y así, calamocano,
fué á su conjunta, levantó la mano
—te confirmo—diciendo, é incontinente
un bofetón la dió tan soberano
que raudo la hizo vomitar un diente.

Idilio y realidad

No de un palacio, vida de mi vida,
te brindo el esplendor;
una choza escondida en la floresta
le basta á nuestro amor:

No del festín soberbio el incentivo
te ofrecerá mi afán,
que, amándonos, será manjar celeste
un mendrugo de pan.

Lejos las joyas, creación del lujo,
invento de Luzbel;
para tu cabellera tiene el prado
lirio, rosa, clavel.

Y las aves, en torno á nuestra choza,
el alba al despuntar,
entonarán para halagarte, hermosa,
su concierto sin par.

—

Tu billete leí; pero ni pizca
el idilio me da de tentación.
¡Qué choza ni qué cuerno! A mí me gusta
dormir en buen colchón.

No me excitan de Lúculo las viandas;
pero á un mendrugo duro como nuez,
prefiero un trozo de pastel trufado
y un sorbo de Jerez.

Mucho las flores me deleitan, mucho;
pero también (porque mujer nací)
gústame usar, cuando repican gordo,
tembleques de rubí.

No me disgusta el canto del canario;
pero, si debo hablarte con verdad,
prefiero en palco de primera fila,
oir á la Sontag.

Buenos consejos

Ampliación de Heine.

A un lado la modestia. El petulante
triunfó siempre en Poniente y en Levante.
Al santo por la peana. Lisonjea
á la vieja y fea,

y por poco que el diablo á ti te asista
harás de la muchacha la conquista.
No hables mal del magnate á quien sirvieres
ni murmures jamás de las mujeres,
y si quesos te diere tu vacada
regala á todo quisque una tajada.
Haz al cura, hasta el suelo, cortesía
y obséquiale, si puedes, malvasía.
De las ánimas echa en el cepillo
el cuartejo que hubiere en tu bolsillo;
y aunque entrar en la iglesia te dé risa
no faltas á sermón, fiesta ni misa,
que así se trapichea
el que un tonto te deje de albacea.
A guisa de hombre honrado y sin tabique
ráscate, si te pica, dó te pique.
Si el dorso del botín te hace cosquillas,
plántate zapatillas.
¿Pide algo tu mujer? Ceder es justo.
Si enviudar quieres, dála en todo gusto.
Y así, tras una vida regalada,
en este valle de perennes duelos,
tendrás aquí reputación honrada
con opción á la gloria de los cielos.

Composición

da por el eminente actor don José Valero, en una función á beneficio de las víctimas de un incendio

A orillas del Pacífico azulado
ayer un pueblo alzábase arrogante:
de esperanza gentil acariciado
un porvenir soñaba deslumbrante.
La industria florecía,
y del trabajo abrumador el peso
de esa región hacía
una etapa fecunda del progreso:
Mas en noche fatal ¡pérfido sino!

tanta halagüeña realidad y tanto
bello augurio de próspero destino,
tornóse duelo, y confusión y espanto.
¡Horrible cuadro! Todos los dolores
humanos en compendio,
alumbró con siniestros resplandores
la fatídica llama del incendio.
Todo ayer vida, animación, contento,
bienestar y grandeza y goce sumo,
de la desgracia embravecido el viento
tornó en ceniza el esplendor y en humo.
Y el que ayer vió, de su constancia fruto,
rica heredad, de pronto ruína y luto,
mira hoy, con ojos en el cielo fijos,
la esposa sin hogar, sin pan los hijos,

Emanación purísima del cielo
es la cristiana caridad benigna;
brindar en las desdichas un consuelo
acción de pueblo generoso es digna.
Una ofrenda pedimos ¿Será en vano?
¿Renegará el hermano del hermano?
¿Será, será sarcástica impostura
la caridad que el cristianismo enseña?
¡No! ¡no! que siempre toda desventura
halló en ti un eco, sociedad limeña.

Pobreza evangélica

Bajo dosel de rojo terciopelo
veíase al Obispo. Alzó la diestra
y bendijo á los fieles. Deslumbrados,
del pastoral anillo á los reflejos,
mis ojos se tornaron; y allí, en frente
de tanto lujo y pedrería tanta,
pobre, humilde, desnudo, ensangrentado,
enclavado en la cruz estaba Cristo.

Mi parte de matrimonio

25 de Marzo de 1876.

Yo, el que por meses y meses,
en prosa y en verso rudo,
contra el sacrosanto nudo
eché tajos y reveses;
yo, el pirata callejero
que á más de cuatro decía:
—te juro casarme el día
treinta (del mes de febrero);
yo, el eterno solterón
hice... lo que hace cualquiera;
ante una niña hechicera
¡vamos! arrié pabellón;
y haciendo el papel de novio,
de mi pasado á despecho,
alimento di en mi pecho
al matrimonial microbio.
¡Maridos! de mis ultrajes
pasados no hagáis ya caso:
á vuestro campo me paso
con armas y con bagajes.
Es cosa tradicional,
que, en este mundo embrollón,
se empieza de oposición,
se acaba ministerial.
¡Ay! A aquel que el caldo odia
taza llena, y aunque enferme...
¿qué más venganza que verme
cantando la palinodia?
Refieren de cierta Alteza
que apostrofó al cocinero
porque le sirvió carnero
sin sesos en la cabeza;
y contestó el muy taimado:
—perdone su señoría;
ese carnero estaría
ó loco ó enamorado.—
Y es verdad. Cuando el travieso

Cupido el alma nos flecha,
no hay remedio, es cosa hecha,
todos perdemos el seso.
—¡Maridos! Desde este día
la fraternidad invoco;
porque al fin, loco ó no loco,
ya soy de la cofradía.

Intimidades

A Juan Martínez Villergas.

Han corrido doce años desde el día
en que, en tierra anglicana,
nos uniera amistosa simpatía,
exenta de lisonja cortesana.
Yo era un pobre muchacho sin historia,
mal rimador y pésimo prosista,
y ya tú, por derecho de conquista,
gozabas en las letras de alta gloria.
En doce años ¡oh Juan! ni los reflejos
quedan de sol de juventud hermosa;
y hoy volvemos á hallarnos, pero viejos,
gastada el alma y con la faz rugosa.
Halagábate entonces, noble amigo,
ser de padres modelo;
y hoy, en tu charla familiar conmigo,
me dices:—chico, chico ¡soy abuelo!—
Yo, eterno solterón, yo á quien el diablo
llevaba de locura tras locura,
te repuse:—pues, hombre, ya á mí el cura
la epístola leyóme de San Pablo,
lo que te probará, sin más proceso,
que, al cabo de los años, senté el seso...
y huélgome del caso, francamente.
Tú, abuelo! ¡Yo marido!
¿Verdad que somos viejos? Solamente,
buen Villergas, en mí no ha envejecido
la que á ti me une estimación sincera.
Hoy, como ayer, tu pluma placentera

da á mi espíritu encanto;
si escrito hubieras en remotos días
tengo yo para mí que, en vez de llanto,
dispertaras la risa en Jeremías.

Tú, en el revuelto y pérfido Oceano,
que política llaman, te lanzaste.
¡Túvote Dios dejado de su mano!
No hay penitencia que al pecado baste.
A Castelar te uniste,
como él tenaz republicano fuiste,
y ¡cosa rara en siglo tan voltario!
no abandonas al Cristo que erigiste
y lo sigues leal en el Calvario.
Mas, por propia experiencia,
conoces ya que, en el social abismo,
ocupa gran lugar este aforismo:
la política es ciencia sin conciencia.

También yo en las políticas bolinas
mezcléme de esta tierra pitagórica,
y casi me enloquecen las doctrinas
de *república práctica* y *teórica.*
Será porque soy miope; mas te juro,
por una santa cruz si es necesario,
que mientras más escucho á un doctrinario
más y más miro el horizonte oscuro.
Síntesis: la política es coqueta
de la que debe huir todo poeta.

Después, senda seguí menos ingrata.
Respiré polvo, que el pulmón maltrata,
rebuscando en ya rancios mamotretos,
de tiempos coloniales
los íntimos secretos,
y di á la Inquisición golpes fatales
trazando sus fatídicos *Anales.*
Luego, eché á luz el todo en tres librejos,
que la crítica ha hallado talcualejos,
halagando tal vez (¡Dios la dispense!)
mi amor propio de autor ó de amanuense.

Fué de sepulturero mi faena.
Si bien desenterré cien cronicones,
he enterrado también reputaciones
que alborotaron la social escena.
Y siguiendo la ley de mi destino,
que es quitar polvo á pergaminos viejos,
estoy ya para visto desde lejos;
es decir, hecho puro pergamino.

Yo me apliqué al pasado. Tú al presente,
mi maestro y amigo. Y no te asombre
saber que debo á ti, principalmente,
la muy modesta fama de mi nombre.
Que tú el primero en revelarme fuiste,
en plática amistosa, cuan galana
es y cual pompa y majestad reviste
la deliciosa lengua castellana.

No eres aquí en la patria de Peralta,
Caviedes y Vigil, advenedizo
que por sorpresa asalta
un sitio en nuestro hogar. A tu castizo
y jovial numen le pagó tributo
quien desterrar del alma quiso el luto,
y extasiarse en los giros elegantes
que enaltecen la prosa de Cervantes.
En torno tuyo ves, pléyade hermosa
que la mano te tiende cariñosa
de nobles damas que, con formas varias,
á las musas y al arte rinden parias.
Bajo este cielo azul y transparente,
la inteligencia es clara
como el cristal tranquilo de la fuente.
Hay una juventud de gloria avara;
mas de estímulos falta, indiferente,
los frutos de su ingenio brinda apenas.
Sé tú para esa juventud Mecenas.
Sé, para ella, benévolo maestro
que enseña y no fustiga;
y pues tus obras son, en nuestros lares,
á grandes y pequeños familiares,
ni una palabra que amortigüe el estro

brote, Villergas, de tu pluma amiga.
Ve la mancha, no busques los lunares;
látigo al necio, mas lección benigna
al que revele inteligencia digna,
y si logra los lauros de Helicona
deberá á tu enseñanza su corona.
Chispa de luz divina es el talento;
y Dios pródigo fué de esa centella,
deslumbradora y bella,
con que del genio la altitud se mide,
en la patria de Pardo y de Olavide.
Da aquí á las letras vigoroso aliento.
La juventud es dócil, aunque inquieta,
y con respeto escuchará tu acento;
que no es la tierra que hoy te domicilia
tierra extranjera para ti, poeta.
Sé bien venido. Estás como en familia.

—

Esta composición fué leída por su autor en la velada literaria con que, en casa de la insigne escritora Juana Manuela Gorriti, agasajaron los literatos y poetisas al escritor español don Juan Martínez Villergas, en su llegada á Lima.

No creo fuera de lugar reproducir aquí los galanos versos con que el agasajado correspondió á las manifestaciones de sus admiradores y amigos:

Salve, galante pueblo,
en cuyo seno amor, dicha y salud,
al fin brindarme quiso
de mi destino el favorable albur.
Salve, pues honras tanto
al portador de un mísero laúd,
y dulce le prodigas
todo el cariño que mereces tú.
¿Cómo podré cantarte
si no tengo la lira del astur
Campoamor, ni la ciencia
de Gallardo, de Lista ó de Hartzenbusch?
¿Cómo podré... mas antes
de que á mi cuello alcance la segur,
te haré ver cuánto tiene

de grande y de inmortal mi gratitud;
pues, mientras yo respire,
si algo te dice el público run-rún,
será que en mi alma noble
va grabado el recuerdo del Perú.

—

No en vano desde niño,
(larga fecha, pues voto á Belcebú!
casi contemporáneo
vengo á ser de David y de Saúl)
no en vano yo anhelaba
conocer esta tierra que, según
oía, otra no tuvo
precio de tan excelsa magnitud.
Pues del Perú la fama,
grande en París y grande en Liverpool,
y aún grande en las regiones
que hoy habitan los hijos de Mahamud,
lo es mayor en mi patria
donde, del vasco suelo al andaluz,
quien de una moza estima
lo que la sal se llama de Jesús,
para decir que vence
á todas las beldades de Stambul,
extático la mira
y exclama:—¡esta mujer vale un Perú!

—

Ya vine, y cuando torne
allá donde pasé mi juventud,
quizá para de cerca
dar á aquel suelo el postrimer agur,
yo diré á mis amigos,
jurárselo pudiendo por la cruz,
que si un día me pierdo
y tienen de buscarme la virtud,
á Lima se encaminen,
rico Edén de la América del Sur,
do á su placer disfrutan

el corazón espacio, el alma luz;
y donde el peregrino
goza, lo que en el mundo no es común,
de la clemencia humana
la tierna y fraternal solicitud.
Y á no encontrarme en Lima,
y á no haberme tragado el mar azul,
búsquenme en otra tierra...
si esa tierra es dominio del Perú.

NIEBLAS

1880 á 1906

En los últimos años sólo he escrito versos cuando me ha sido imposible evadir el compromiso ó porque la prosa no se prestaba á revestir el tema de cierta galanura. Si los desengaños y el sufrimiento envuelven el alma como en un manto de NIEBLAS, mal se puede ser poeta. El poeta vive de ilusiones, de fe, de esperanza. Cuando ya no se sueña con idealidades, cuando se cree poco y se espera menos, es porque la poesía ha muerto en el poeta. Las notas de su lira no tienen ya razón de ser. Las NIEBLAS del espíritu son indecisas, misteriosas, sombrías, como las del horizonte infinito

En la última página del Quijote

A Vicente Riva Palacio

Hoy, como ayer, en la tierra
¿qué vemos?—Tragavirotes
que, echándola de Quijotes,
viven con el juicio en guerra.
Es ello verdad que aterra;
pero, en el social fermento,
¿qué es el hombre, ese portento
que á los demás avasalla?—
Un loco siempre en batalla
con los molinos de viento.

¿Qué es su ciencia? Negaciones.
¿Y sus hazañas? Locuras.
Ciego que camina á oscuras
juguete de sus pasiones.
Acariciando ilusiones
no sabe lo que desea;
y, en la revuelta pelea
de angustias y de esperanzas,
va siempre rompiendo lanzas
en pro de una Dulcinea.

El doctrinario ambicioso
que anda quimeras sembrando
corre, en sus sueños de mando,

tras la dama del Toboso.
¡Gloria! Miraje engañoso.
¡Fortuna! Mar sin bonanza.
Tras una ú otra se lanza
que, al cabo, en la tierra impía
cada loco á su manía,
como dijo Sancho Panza.

Mientras más, señor Miguel,
corren del hombre los años,
trayéndole desengaños
amargos como la hiel;
mientras más el oropel
de la vida le fascina,
vuestra pluma peregrina
más le llama á la razón,
y aunque es perdido el sermón
¿quién no aplaude la doctrina?

Versos

leídos en el teatro Politeama á beneficio de las víctimas de la inundación de Murcia

Llegó hasta nosotros triste
nueva de angustia siniestra:
la que ayer fué madre nuestra
hoy de crespones se viste.
Y hondo pesar nos tortura
y profundo desconsuelo,
que es su duelo nuestro duelo
y nuestra su desventura.
Pudo una vez la discordia
rencor sembrar en los pechos;
mas ya los lazos deshechos
los anudó la concordia.
Jamás apagóse el sol
que afectos mutuos concilia;
siempre han sido una familia
el peruano, el español.

España nos trajo un día,
con la luz del cristianismo,
su esplendoroso heroísmo
y su bizarra hidalguía.
Virtudes tales no son
nubes que arrebata el viento;
viven en el pensamiento,
viven en el corazón.
Dignos de tan noble herencia
ante el mundo nos mostramos:
nosotros no renegamos
de esa preclara ascendencia.
También en nosotros brilla
la rica habla castellana,
habla armoniosa, galana,
de Cervantes y de Ercilla.
Y nuestros cual tuyos son
los laureles de tu escena,
y como nuestra la vena
nos place de Calderón.
¡España! Nuestra memoria
sabe que tus hijos fuimos,
y que en una confundimos
tu historia con nuestra historia.
Si el ancho mar nos aleja
nos une la simpatía,
y tu pena ó tu alegría
en nosotros se refleja.
Y unidos los pabellones
en lazo que Dios bendice,
siempre esa unión simbolice
la unión de los corazones.

Idolo de piedra

Negros son sus cabellos como la endrina;
almendras, que no perlas, tiene por dientes;
y es su boca la rosa más purpurina
que desde Eva hasta el día vieron las gentes.
Son sus ojos dos soles llenos de fuego,

que fascinan, deslumbran y dejan ciego;
le robó á una palmera la gentileza
y á una Venus las formas esculturales...
mas, como soy cristiano, por tal belleza
no doy dos reales.

Que esa beldad, objeto de mil ensueños,
la que embalsama el aire por donde pasa,
la de manos redondas y pies pequeños,
la que viste ancha falda de flébil gasa,
la que parece toda luz, poesía,
hada gentil que crea la fantasía,
tiene por los diamantes culto infinito,
y es coqueta de encargo, falsaria y loca,
y por alma, en el pecho, trae un monolito
de dura roca.

Análisis

Ampliación de Bartrina

A mi amigo Ricardo

Un día, convertido en alquimista,
á analizar echéme los quilates
del talento de cierto publicista,
y el talento del pobre
borroneador de muchos disparates
oro no resultó, sino vil cobre.

La misma teología,
que es la ciencia de Dios, nos da parálisis
si merodeando en ella noche y día
hallamos, á la postre, en buen análisis
que es una reverenda algarabía.

Siempre de analizar surgió la duda;
de ella á la negación sólo hay un paso;
y tengo por fortísimo fracaso
irse el alma al infierno... por sesuda.

Quien analiza pierde en musarañas
el tiempo, y gasta flema...
que otro busque la X del problema
y quémese, al buscarla, las pestañas...
Eso de analizar quede en sustancia
para los jueces de primera instancia.

En la mísera tierra no resiste
al análisis nada. Al sol que viste
reverberar espléndido en la esfera,
manchas le halla cualquiera
que al telescopio la pupila ajuste;
y hasta yo que soy miope, no es embuste,
encuentro en la muchacha más bonita,
si no un lunar, siquiera una pequita.

¡Análisis! ¡Análisis! ¡Pamema!
Hasta el gramatical bien me requema.
¡A otro can, á otro can con ese hueso!
¡Síntesis! es el lema del progreso.

Por eso es lo mejor no requemarse
con averiguaciones,
y pasar sobre mil y mil cuestiones
como sobre áscuas para no quemarse.
Lo demás es romperse las narices
para luego salir por la tangente.
Si quieres ser dichoso, francamente,
no analices, Ricardo, no analices.

La guerra

I

¡Congreso de Ginebra! Tontería
es, en medio del campo de batalla,
de tus leyes la gran filosofía!
Cuando horrores esparce la metralla
la Caridad dentro del alma calla.

II

La noción inmortal de la Justicia
como precioso relicario encierra
en lo hondo de tu pecho.
Es ariete la Guerra
que todo lo desquicia.
Cuando truena el cañón calla el Derecho.

Prosa rimada

Lógica de la Historia

A Pedro Santacilia, en México.

No es crimen de un sólo hombre jamás la tiranía,
prodúcela de muchos la abyecta cobardía.
Materias descompuestas vida á gusanos dan;
en pueblos decadentes tiranos brotarán.
La peste es el castigo del fango material:
castigo es el tirano á corrupción social.
Un pueblo sin virtudes de sí propio es verdugo:
es pueblo, como el toro, nacido para el yugo.
Ser demócrata y déspota es ser un Dios ateo:
la capa del apóstol no encubra al fariseo.
Virtud en la epidermis y vicios en el fondo;
no es pueblo el que no habla alto, el que no siente
[hondo.
Aniquilar prejuicios, matar el tartufismo
es salvar al mañana de hundirse en el abismo.
Para arrasar del crimen tiránico el cimiento
la dinamita pérfida no es sólido argumento.
¡A un César nuevo César! El crimen no se borra
al criminal matando ó hundiendo en la mazmorra.
¡Humanidad, labora! La fuerza nada crea:
la redención es obra tan sólo de la idea.
¡Sí! ¡Bien están los déspotas en pueblos donde están!
Llenaron misión lógica Atila y Gengiskán.

A un envidioso

El reptil que se arrastra jadeante
jamás alcanzar puede á las alturas.
Si enano te hizo Dios ¿por qué gigante
¡imbécil! te figuras?
No has de crecer un geme
porque hasta ti, lunar de los lunares,
la talla rebajares
del que tu baba ponzoñosa teme.
Sigue, cobarde; el mérito destroza,
de barro ensucia todo lo eminente
y seméjate al cerdo pestilente
que sobre el mármol de las tumbas hoza,
¿Tienes talento? Exhíbelo altanero
para que el mundo su sanción te preste:
el talento ignorado vale un cero,
de talentos inéditos hay peste.
El mérito se impone y aún se aclama,
mal que le pese al envidioso anhelo:
caben todos los nombres en la fama
como todos los astros en el cielo.

Album

Tus labios rubíes y perlas tus dientes
dicen en sus versos vates decadentes;
pues ladrón me vuelvo, y á la mejor hora
me robo esa boca que tanto atesora,
la vendo á un joyero
y sale de pobre tu amigo sincero.

Nobiliaria

Aristócrata ocioso y sin talento,
pobre en virtudes, pero en vicios rico,
valer pretendes porque fué tu padre

conde ó marqués, si tú eres un mendigo
entre tahur, rufián y tabernario,
deja, pues lo deshonras, tu apellido,
ó cuélgate de tu árbol genealógico
en la rama más alta. Abur, he dicho.

Lavandería

¡El alma! ¿Qué es el alma? Una camisa
que siempre debe estar muy bien lavada.
En el cielo se pagan del aseo
y sin camisa limpia no hay entrada.
Es el confesionario
una lavandería patentada.

En la portada de un álbum

A la puerta de tu álbum primoroso
el adusto papel hago del oso.
Dejo pasar al que te traiga flores
en verso de riquísimos quilates;
pero enseño mis dientes mordedores
al que venga á ofrendarte disparates.

A Teótimo

Nunca amigo sincero es el colega
en vida literaria. No hay rivales,
no hay émulos. Cada uno se declara
á todos superior, sin más examen.
Todo recién venido es adversario,
todos maestros son, jamás iguales,
así el doncel que aún pisa las aulas
como el senil cultivador del Arte.
La cuestión no es de escuela, es de comercio,
mercantil competencia miserable:
piensa vender la propia mercancía
el que la ajena abate.

Teótimo, el mundo es ancho. Para todos
en el mundo falaz sitio hay bastante,
y aprende que la envidia sólo daña
al envidioso infame.

Condolencias patrióticas

(GUERRA DEL PACÍFICO)

I

Á Juan de los Heros.

Siniestra noticia vino
llanto á arrancar de tus ojos.
¡Cuánto es cierto que de abrojos
lleno está nuestro camino!
Batalla con el Destino
es la vida fatigosa;
desde la cuna á la fosa
es el hombre gladiador
que lucha contra el rigor
de la suerte caprichosa.

Tu Carlos, el noble niño
de espíritu levantado
que un día miré á tu lado
con entusiasta cariño;
tu Carlos, de tez de armiño,
tu Carlos, que era tu ensueño,
gran alma en cuerpo pequeño,
todo virtud y bondad,
del mar en la inmensidad
hoy duerme el último sueño.

¡Vida breve! ¡Heróica historia!
Lanzó la queja postrera
lucir viendo en su bandera
el lampo de la victoria.
Unido irá á su memoria

lauro inmortal y envidiado.
Cese tu lloro angustiado
y tu quebranto prolijo...
¡Digno de ti murió el hijo!
¡Digno del Perú el soldado!

II

Miguel Grau.

Sol de resplandor fecundo
que nuestras pupilas hiere
es *Miguel Grau.* Nunca muere
el astro rey para el mundo.
¿A qué de duelo profundo
llanto derramar sincero
si ya, con buril de acero,
grabó ese nombre la Fama,
y el mundo la gloria aclama
del héroe y el caballero?

Vive la vida inmortal
que conquistó su heroísmo:
no se hundirá en el abismo
del olvido nombre tal.
Del tiempo el giro fatal
dará más irradiación
á tanta espléndida acción,
y del héroe la memoria
honra será de la historia,
gala de la tradición.

III

Alfonso Ugarte.

¡Gloria á ese valiente! Honor
al que, con frente altanera,
cae al pie de su bandera
intrépido luchador.
Lleno de bélico ardor
su pecho entusiasta late,
y en el hórrido combate

¡alma de temple espartano!
cae cual árbol lozano
que el rayo fatal abate.

En su vital florescencia
el mundo le sonreía,
y una aura de poesía
halagaba su existencia.
Era de su sér la esencia
amor de patria sagrado,
y lánzase denodado
á la sangrienta batalla
en donde los lauros halla
de mártir, héroe y soldado.

Después de la batalla

(Intima)

En la inmensa lotería
de los males del Perú,
número de premios cúpome,
y premio de magnitud.
Libré el pellejo, y librarlo
no fué correr poco albur
que, si me descuido, un vándalo
me hace añicos el testuz.
Sobre mi hogar el incendio
esparció siniestra luz,
y vime casi mendigo,
falto el cuerpo de salud.
la patria infeliz atada
de la ignominia en la cruz,
mis hijos sin pan ni abrigo...
¡Y Dios tras el cielo azul!!!

Væ victis!

Al marqués Lucifero, de la real marina italiana, en respuesta á una bellísima composición que me dedicó.

Hijo feliz de la nación gloriosa
donde flota el espíritu del Dante,
donde lució soberbia, esplendorosa,
del gran Colón la estrella deslumbrante
¿á qué, mi noble amigo,
tocas hoy á las puertas del mendigo
que sin hogar, sin patria, sin ventura,
amargo cáliz de ponzoña apura?
A qué despiertas de letal marasmo
mi adormido, patriótico entusiasmo,
y que pulsé, en un tiempo me recuerdas
el arpa del poeta, y di á los vientos
armónicos acentos
si hoy, rotas ya sus cuerdas,
no dulces sones da sino lamentos?

Condor que cruza libre el firmamento,
es él poeta. Si la patria gime,
con odas no se aplaca su tormento,
con odas su aflicción no se redime.
donde cimientos la conquista labra,
carece de misión la poesía...
sólo al cañón le toca la palabra.
Navíos y cañones,
pólvora, sables, rifles, bayonetas,
corazones, viriles corazones,
no entusiastas canciones
de inspirados poetas,
reclama una nación desventurada
para lavar su honra mancillada.
No fué la poesía, dulce y bella,
quien á Lázaro dijo:—*¡surge!*—¡Ay! ella
cadáveres no anima... Quizá es cierto
¡ay! que en mi patria el patriotismo ha muerto
y, más que el extranjero, las facciones
hacen el patrio pabellón jirones.

A todo trance ¡guerra! grita un bando,
á todo trance ¡paz! grita el opuesto;
y la paz y la guerra son pretexto
á merodeo infando.
Y en medio á la ignominia y las derrotas;
y en medio al desconcierto y la anarquía
¡triste presente de la patria mía!
no hay patria, patriotismo ni patriotas.

Cuando, abjurando la ambición rastrera,
aliente cada cual sólo un deseo,
agrupándose èn torno á una bandera,
tendrá misión la trompa de Tirteo.

Si Dios á los mejores abandona,
si Atila sigue su triunfal carrera
y al Exito de flores se corona;
si es ley fatal de la moderna historia
aplausos tributar á la victoria
del fuerte contra el débil; si el hermano
vencido no halla generosa mano
que amparo le prometa
al borde del abismo ¡á qué dar cauce
á inspiración estéril! ¡No, poeta!
Bien está el arpa suspendida á un sauce.

¡Ave, César! fué el grito del romano
rendido gladiador, sarcasmo rudo
contra el Destino pérfido, tirano,
que avasallarlo pudo.
A pueblo que se rinde no le es dado
ni increpar al Destino.
Si exánime las armas ha arrojado,
debe sufrir el yugo resignado,
no halagar con su angustia á su asesino,
acariciar en su alma la esperanza
y... aprestarse, en silencio, á la venganza.

A Guillermo Prieto

Insigne poeta mexicano

Hijo del pueblo, en trovas populares
das al pueblo el amor que tu alma llena;
fuera para tu numen pobre escena
salón de pintorescos alamares.

Romanticismo no hay en los cantares
que brotan de tu pluma siempre amena...
¡cuán bien del pueblo tu profunda vena
interpreta los goces y pesares!

Canallócrata llaman á tu Musa
porque dar culto al oropel rehusa
y en la Verdad y el Bien sólo se excita.

Ahora me explico, bondadoso amigo,
por qué, por qué, simpaticé contigo...
Porque del mismo paño es mi levita.

Rosa Amelia

(Corona fúnebre)

Lo que llamamos muerte
de vida se alimenta:
la muerte á nueva vida
tan sólo es despertar:
en ella siempre el gérmen
de otro existir alienta,
y así la estrella tórnase
radiante luminar.

Cuando creyente el alma
de Dios en la grandeza,
al ideal se eleva
de excelsa religión,

no es triste á ese misterio
que tras la tumba empieza
llevar el pensamiento,
llevar el corazón.

La flor que su corola
purísima á la vida
entreabre, delicada,
en el feraz pensil,
ya tiene del Destino
la suerte prevenida,
y de su tallo arráncala
la brisa más sutil.

Tú, Rósa, que veniste
como una flor lozana
á ser la encantadora
delicia de tu hogar,
viviste cual la rosa
fugaz una mañana,
y tu perfume plácido
fué el cielo á embalsamar.

Tántalo

¡Más! ¡mucho más! En su amorosa fiebre
dice la juventud. De goces nuevos
siempre ávida va en pos. El ambicioso
de honores y de lauros pide ciego
más, mucho más, lo mismo que el avaro
que el arcón de metal mira repleto.
A nadie lo alcanzado satisface,
amor, gloria, riqueza. Hasta del cielo
más suma de virtud aspira el santo.
soñador de otro mundo más perfecto.
¿Será que la insaciable
funesta sed de Tántalo traemos?

En la Biblioteca

Autógrafo para Estanislao Zeballos

El libro es el sublime
sulfato del espíritu;
por él el genio osado
de un más allá va en pos.
El libro es una antorcha
que el caos ilumina;
eléctrica cadena
que al hombre une con Dios.

¡Descúbrete, poeta!
Templo es la Biblioteca.
Aquí tu pensamiento
dé culto al ideal.
El libro no es cadáver
que tiene por mortaja
el polvo de los siglos...
El libro es inmortal.

En Octubre de 1883

Lo recuerdo muy bien. Un tiempo fuimos,
del Destino por negra aberración,
seres sin patria en medio de la patria,
hundidos en el mar del deshonor.
Arrastrábamos tristes la cadena
de extranjera invasión,
y ante presente de ignominia tanta,
más doloridos que el doliente Job,
el alma sollozando murmuraba
presa de angustia atroz:
—¿Será la tierra de los Incas tierra
maldecida de Dios?
¿dónde la libertad? ¿dónde atributos
siquiera de nación?

En la Jerusalem americana
no bate el viento el patrio bicolor.—

Entre las densas nubes
tras larga noche resplandece el sol.
Tal, de la patria subyugada, un día
refulgió el pabellón;
y en nuevos horizontes el espíritu
sus alas desplegó
surgiendo la esperanza en un mañana
de tanto y tanto agravio vengador.

En Diciembre de 1884

La popularidad es cual veleta
alzada en la eminencia. Torpe y necio
el que en ella confía. Hoy entre vítores
la tumba acoge al vencedor excelso,
himnos le entonan los poetas, flores
alfombran su camino, y arcos regios
y festines después y serenatas,
y luminarias y árboles de fuego.
¡Oh, César! No te engrías. Ten presente
que es muy voltario el popular afecto,
que así Jerusalén recibió al Cristo
y *crucifixe* en breve gritó el pueblo.
Si hoy la veleta brisas de cariño
la mueven, ¡ay! mañana vientos recios,
huracán de odios derribarla pueden.
En la ley de la Historia toma acuerdo,
y no olvides que al día de los triunfos
sigue el día sin sol del vencimiento.

Epitafio

Miguel Iglesias

Era el *deber* su consigna;
era el *trabajo* su emblema;

era la *patria* su culto
y era el *honor* su bandera.
Nunca nublaron dobleces
el azul de su conciencia,
ni el huracán de la envidia
rindió su altiva cabeza.
La batalla de la vida
peleó como noble atleta,
sin arredrarlo peligros
ni envanecerlo grandezas.
¡Duerme en paz! y que tu espíritu,
allá en la región eterna,
alcance para tu patria
el bien que tu patria anhela.

Carta epitalámica

A Felipe Latorre Bueno.

Felipe ¿tú también? Sea en buena hora.
¿Con que esta vez la fama vocinglera
no mintió, al afirmar murmuradora
que has arriado bandera,
pasándote con armas y bagajes
al campo que ocupamos los maridos?
Con paso tal seránte redimidos
muchos que hiciste al matrimonio ultrajes.
Matriculado ya en la cofradía
(según lo prueba la curial licencia)
absolución plenaria ella te envía,
siendo el órgano yo de su clemencia.

Siempre me sospeché que en ti semilla
de solterón no había, y que, á la larga,
complementaria hallaras tu costilla.
Si jornada es la vida,
fatigosa y amarga,
entre dos compartida
leve se hace la carga.
Y de esta verdad rancia que aquí te hablo,

y á fin que no me tengas por un zote,
la epístola se encarga de San Pablo
que, en latín, va á leerte el sacerdote.
Ya verás, ya verás que este poeta,
Felipe, no te habló de *paporreta.*

Dios no quiso que el hombre solitario
viviese como el hongo, y compañera
le dió que, en medio á su destino incierto,
deleznable, precario,
grata la vida terrenal le hiciera.
Ni en el erial desierto
arraiga solitaria la palmera.

Tu nave iba á encallar entre las rocas
del proceloso mar del celibato
y ¡marino insensato!
te acariciaban ilusiones locas.
Dios te inspiró sin duda, camarada,
y á tiempo has dicho:—*¡forte la virada!*
El tiempo recio y los oleajes bravos
¿quién daba diez centavos
porque librases del naufragio cierto?
Prostérnate, Felipe, ante la hermosa
que es, para ti, la estrella esplendorosa
que te guió de salvación al puerto.

No conozco á tu Irene. Sé que es bella
y buena como un ángel; sé que te ama;
y con eso está dicho que destella
sobre tu hogar la dicha. Quien reclama
ó anhela mayor bien sobre la tierra,
loco es que vive con el juicio en guerra.
Ya sólo una ambición (¡mira qué ideas!)
digna encuentro de ti. ¿Cuál? Que tu Irene
(el verso que á este sigue no la leas)
antes de un año te regale un nene.

Pláceme ver, Felipe,
que, á fuer de caballero,
has roto en mil pedazos la patente
de corsario ó pirata callejero

y á coyunda feliz doblas la frente.
Permite que por ello te anticipe
mi felicitación. No es vilipendio
eso de ser, en juvenil alarde,
fósforo contra incendio
que no en diversas cajetillas arde.
Sé fiel al pabellón que hoy enarbolas,
y bramar deja las revueltas olas.

La mar del matrimonio siempre es llana.
Si el esquife zozobra
del capitán, del capitán es obra,
no de la capitana. El matrimonio
es barco que si acaso ha sucumbido
alguna vez, será porque el marido
puesto de timonel le dió al demonio.

Dí de mi parte á tu sultana, á Irene,
que con ser tuya conquistada tiene
la amistad de éste tu sincero amigo;
que si no asisto, en clase de testigo,
de la boda á dar fe, no me moteje,
y que culpe á infortunios culminantes
que en esta patria (que en mi afán bendigo)
á muchos han partido por el eje
sin dejarles residuo para guantes.
Y dila, en fin, que votos hago al cielo
porque eterna ventura la sonría,
y que nunca una lágrima de duelo
anuble de sus ojos la alegría.

Ya va larga la carta, y pongo punto;
no por falta de asunto
sino porque prefiero
dejar algo en el fondo del tintero;
amén de que es muy obvio
que para extensas cartas no está un novio,
preocupado con el alma toda
en el dulce... en el dulce de la boda.

En el álbum de Valentina Camacho

I

Lo que dijo tu padre

Sirviéndote de puntero
deditos de rosicler,
te conocí, Valentina,
(me parece que ayer fué)
de tu padre en las rodillas
deletreando el A, B, C.
de nuestros ingenios prez,
Tu padre, el hidalgo amigo,
á quien Apolo ciñera
inmarchitable laurel,
sonreíase escuchándote
y, embriagado de placer,
beso tras beso estampaba
en tu nacarada tez,
y decíame entusiasta:
—Chico, en la tierra no hay bíen
mayor que dar vida á un ángel...
mi Valentina ángel es.

II

Lo que dije yo

Después corrieron los años
sin que te volviese á ver;
brisas de cielo extranjero
acariciaban tu sien.
Creciste allá en gentileza,
hermosura y sensatez,
y entre ilusiones y flores
la niña se hizo mujer.
Volviste, al fin, á la patria,
que un tiempo dichosa fué,
y hallándola envilecida,
sujeta á yugo cruel,

en tu pupila una perla
liquificóse tal vez.

Como estrella que ilumina
la angustiosa lobreguez,
te hallé un día en mi camino,
á tí los ojos alcé,
deslumbróme tu belleza,
encantóme tu esbeltez,
y, aunque viejo y abatido,
rejuveneció mi sér;
que, al verte, reminiscencias
se agolparon en tropel
de horas, en que las batallas
de la vida y del deber
peleaba con entusiasmo
incontrastable y con fé.
Cayóme en gracia tu gracia,
y exclamé:—¡Dios de Israel!
O me engaño mucho, mucho,
ó esté ángel Valentina es.

Casamicciola

Acariciada por las mansas olas
del mar napolitano, iluminada
del Veusbio por limpias aureolas,
Ischia se alzaba ayer, como encantada
tierra, de Dios bendita,
donde el bien y el placer se dieron cita.
En su región serena,
poblada de perfume y armonía,
hoy se respira brisa que envenena,
reina el silencio de la tumba fría.
Hórrido cataclismo
abrió de duelo inmensurable abismo,
allí do levantado parecía
que su alcázar hubiese la alegría.
¡Vil ceniza es el hombre! ¡Humo y escoria!
Pues á humillar su orgullo y valentía
¡mísera suerte del linaje humano!

grabados en sus páginas la historia
trae dos nombres:—Pompeya y Herculano.

¡Estaba escrito! repite
el sensual orientalismo,
y la idealista creencia
repite:—*Dios lo ha querido.*
Del fatalismo son forma
que expresa un concepto mismo,
que variado en las palabras
igual es en el sentido.
Y la razón se pregunta:
¿destruir es goce divino?
¿á la cósmica armonía
acaso es el mal preciso?

. . . .

Y el pensamiento se abisma
de la duda en el abismo.

En una corona fúnebre

Soldado del deber y de la ciencia,
era límpido cielo tu conciencia.
No al ocio vil su espíritu se avino,
la lucha y el trabajo eran su sino.
En la tribuna fué del parlamento
palabra audaz y austero sentimiento.
Sólo la muerte avasallarlo pudo,
y el gladiador cayó sobre el escudo,
resignado y con ánimo sereno,
como cae el valiente y cae el bueno.

A un artista

B. C.

De tu álbum la primera
blanca página brindas á mi musa,
que por ti siente admiración sincera
y que aplauso á tu genio no rehusa.
Digno émulo de Listz y de Beethoven,
haces brotar del tremulante piano

notas que el alma arroben
con deleite infinito, sobrehumano.
El arte para tí no tiene arcano
que tu osado talento no sorprenda:
inspiración audaz en alma joven,
tuya es del arte la gloriosa senda.
No desmayes, artista. Patria gloria
será la de tu numen inspirado.
Si el arte nacional tiene una historia,
tu nombre en ella brillará envidiado.

¿Salvajismo ó fanatismo?

I

¿Cobarde ante la vida?
¿Valiente ante la muerte?
Así, por el suicida, (1)
que ayer contemplé inerte,
pregunta generosa la humana compasión.
No falla, no decide, no busca solución,
si en esa acción sombría
valor, ánimo fuerte,
locura ó cobardía
lanzaron al ser libre y pensador en pos
de un más allá, ese arcano que sólo sabe Dios.

Y en medio de este enigma
la Iglesia con su estigma,
de intolerancia estúpida haciendo ostentación,
la caridad desdeña,
en ser feroz se empeña
y á un Dios de amor convierte en bárbaro Nerón.

La paz de los sepulcros la turba el anatema;
más réprobo el suicida para Ella es que Caín,
ya no la carne humana sobre la hoguera quema
pero la da á los cuervos feroces en festín.

---

(1) Sepultado en el cementerio católico el cadáver de un suicida, la autoridad eclesiástica obtuvo que fuesen desenterrados los restos y arrojados al campo.

II

Yo me digo ante tanto salvajismo:
¿Será mi Dios el mismo
Dios que calumnia Roma
que, cual impuso su Korán Mahoma
entre el hierro y el fuego nos implanta
barrera vil que la razón quebranta
é inflexible destroza?
¿Será mi Dios un Dios que cual la hiena
sobre las tumbas hoza.
y á vilipendio estúpido condena
al inerte cadáver del suicida
que rompió con su mano la cadena
que al tormento lo ataba de la vida?
. . . .
. . . .

En una velada literaria en homenaje á Juana Manuela Gorriti

> Yo soy de los que el tiempo
> que pasa no lamentan,
> de los que nunca miran
> lo que después vendrá,
> de los que siempre ráfagas
> de juventud alientan;
> yo soy de aquellos viejos
> que no lo son jamás.
>
> JOSE ZORRILLA.

Tal dijo el melodioso poeta de GRANADA,
aunque ello petulancia os pareciere en mí,
e vienen sus conceptos lo mismo que pedrada
boticario en ojo, cual suélese decir.

En medio de vosotros que olvido me parece
ue canas, y no pocas, coronan ya mi sien;
i espíritu en un mundo fantástico se mece,
siéntome poeta como el que aún joven es.

Recuerdos del pasado resurgen en mi mente
on todo su magnífico fulgor primaveral;

en medio de vosotros soy fénix renaciente
de la ceniza aún cálida de juvenil edad.

¡Oh, gracias! Esta noche despierta en mi memor
memorias adormidas de tiempo más feliz,
en que una noble dama, de nuestras letras gloria,
brindábame laureles, en literaria lid.

Ausente en las regiones que riega el ancho Plata,
hoy llévenla, en sus alas, las brisas del Rimac,
como perfume grato que nuestro amor dilata,
saludos cariñosos y ofrendas de amistad.

¡Córdoba!

A Aníbal Galindo.

De heroísmo verdadero
fué una edad que ya se aleja...
Os hace falta un Homero,
tiempos de la patria vieja!
De aquel valiente que pudo,
de Ayacucho en la victoria,
dejar de palmas desnudo
todo el árbol de la gloria;
del bravo entre los mejores
que dijo:—*arma á discreción*
y paso de vencedores— (1)
oidme una tradición.

***

Espartano en bizarría
era y gallardo el doncel;
mozo que á nadie cedía
del entusiasmo el laurel.
Es la civil disensión
y es un campo de batalla;

(1) Histórico.

de ancho llano en la extensión
muertos siembra la metralla.
Héroe de la antigua Grecia
transportado al Mundo Nuevo,
allí do el combate arrecia
se ve impávido al mancebo.
¡Oh, cuánta estéril hazaña!
¡Cuántos tajos y reveses!
¡Así bajo la guadaña
del segador caen las mieses!
—*¡Ríndete!* (le grita alguno)
Tu esperanza es ilusoria;
somos ciento y eres uno,
y es nuestra ya la victoria.
Con sereno parecer
y tranquilo sonreir:
—si es imposible vencer,
no es imposible morir— (1)
dijo el valiente adalid
y, espoleando su bridón,
cayó en la revuelta lid
destrozado el corazón.

Lectura

en la inauguración del Ateneo de Lima

Señoras, señoritas y caballeros:
ya que de nuevo nada pueda ofreceros
y, obedeciendo dócil vuestro mandato
de oir mi voz en esta
solemne fiesta,
ocupo la tribuna por breve rato,
tolerad que os repita lo que algún día
ya os leyó mi sincera cortesanía.
Duéleme no ofreceros flores lozanas
cuando vuestras sonrisas honran las canas
del ya viejo poeta que, hace veinte años,
pese á sus infortunios y desengaños,

(1) Histórico.

halaga vuestros sueños más ideales
relatándoos consejas tradicionales.
Cierto, ya no es mi musa joven galana
que desparrama flores y vierte aromas,
que imágenes exhibe de filigrana
y que imita el arrullo de las palomas;
mas rómpase en pedazos el arpa mía,
agóstese infecunda mi fantasía
y mi espíritu invada letal marasmo,
siempre que de las bellas á los hechizos
el tributo no pague de mi entusiasmo
en versos, como el aura, resbaladizos.
Musa gentil, que un día diste á mi acento
vigor, y engalanaste mi pensamiento,
dame cantar en fácil gallarda rima
á la mujer limeña, la hurí del Rima.

La limeña

Tiene en sus ojos rara fosforescencia,
y en su color del alba la transparencia:
en su talle hay lo esbelto de árbol lozano,
es turgente su pecho, su pie es enano
y, al andar, con la gracia se enseñorea
del clavel que en su tallo se balancea.
Si sonríe, acaricia; si ríe, hechiza;
la palabra, en su boca, se poetiza;
tiene són de divinas arpas eolias,
perfume de azahares y de magnolias.
No siempre es glácil palma que se doblega
al viento que sus hojas versátil riza;
razonadora, á veces; otras, fe ciega
domina en sus creencias espirituales,
ó es fatalista, como las orientales.
Ora se manifiesta sultana altiva,
ora violeta humilde que el sol esquiva,
y hasta en su ingenio, si éste se desmenuza,
es tanto castellana como andaluza.
Lo grave de Castilla con cuanto cría
de sal, en sus salinas, Andalucía
se juntó en la limeña, que en esta playa
ni Galicia, ni Asturias y ni Vizcaya

se aclimataron. Poco fruto de amores
dieron aquí los vascos conquistadores.
¡No! no mintió el que dijo que es la limeña
azúcar refinada, sal levantisca,
espuma gaditana, luz madrileña,
cual fué Lima, en los siglos á éste anteriores,
ciudad medio cristiana, medio morisca,
ciudad de celosías y de pebetes,
y de góticas torres y minaretes,
en que al par goda y árabe, seria y sencilla,
su Catedral remeda la de Sevilla (1)
Del helénico tipo y el bizantino
guarda el perfil limeño lo peregrino;
de la Venus romana la gentileza
resalta en los contornos de su cabeza,
y negros, misteriosos, rizos y bellos
sobre la ebúrnea espalda caen sus cabellos.
Búcaro en que armonizan cien flores varias
la limeña armoniza cosas contrarias:
ya es peña inconmovible que el mar acosa,
ya tiene veleidades de mariposa;
ya algo de lo esplendente de los querubes,
ya mucho de lo vago que hay en las nubes.
Sus pasiones, á veces son huracanes;
en su desdén hay algo de nieve andina;
su amor esconde el fuego de los volcanes,
deslumbra, atrae, se impone, quema y fascina.
Generosa, abnegada, caritativa,
siempre risueña y ágil, siempre expansiva,
lo mismo en los festines está del mundo
que junto al triste lecho del moribundo.
Siempre á dar al mendigo, débil ó anciano,
la limosna bendita pronta su mano,
y en toda desventura que al alma toca
palabras de consuelo tiene su boca.

---

(1) Después de las reparaciones en la fábrica terminadas en 1896, ha desaparecido la semejanza.

A San Martín

Homenaje de un soldado de la patria vieja

¡Presente, mi general!
En los campos de batalla
y arrostrando la metralla
en combate desigual,
seguí un tiempo la bandera
que alzaste contra el hispano,
noble enseña que en tu mano
lábaro de triunfos era.
No á mi palabra demandes
loores á tu memoria...
si pedestal de tu gloria,
Gran Capitán, son los Andes!
Tú los escalaste un día
con arrojo sobrehumano,
dando al mundo americano
asombro tu bizarría;
y cual águila caudal
que níveas cumbres trasmonta,
y cae, altanera y pronta,
sobre la presa campal;
así, audaz y bravo, tú
en lid feroz te lanzaste
y los lauros conquistaste
de Chacabuco y Maipú.
Después á tambor batiente
vino tu aguerrida grey,
y exclamaste:—¡Abajo el rey!
¡viva el Perú independiente!—
Y á esa voz el patriotismo
dispertó de su marasmo:
Lima fué toda entusiasmo.
germinador de heroísmo.
Arma al brazo, aire triunfal,
como en bélica jornada,
estuvo tu camarada
presente, mi General,
y vió al pueblo en torbellino,

como alborotado mar,
agradecido regar
con flores mil tu camino.
¡Quién entonces te dijera
que, al fundar la libertad,
iba la fraternidad
á ser odiosa quimera!
Que pueblos que con hazañas
rompieron la argolla ibérica.
para baldón de la América
se arrancasen las entrañas.
y resucitara aleve,
con insidia antes no vista,
el derecho de conquista
en el siglo diezinueve!
Quizá al sonar el clarín
de contienda fratricida,
en pueblos á que dió vida
don José de San Martín,
en horas de lucha infanda
que nos guardaba el Destino.
quizá á interponerse vino
esa sombra veneranda,
y vió con pena cruel,
en la bárbara contienda.
repetida la leyenda
que habla de Caín y Abel.

—

No de los tiempos pasados
la historia pondrá en olvido,
orgulloso de haber sido
último de tus soldados,
quien vió, entre rudos afanes,
extinguirse cual pavesa
la luz de la vida en esa
generación de titanes.
Yo, que tu constancia vi,
que tus proezas conté,
tu abnegación admiré
y con tus duelos sufrí;
yo, que estuve en la victoria
junto á ti con arma enhiesta,

reclamo mi sitio en esta
apoteosis de tu gloria;
y hoy, que á tu nombre inmortal
va á ser monumento alzado,
decir cumple á tu soldado:—
¡Presente, mi General!

Esta composición fué leída por el autor en nombre del único militar que aún vivía en Lima, contemporáneo del generalísimo, en la ceremonia oficial del 28 de Julio de 1890, con motivo de la colocación de la primera piedra para un monumento al ilustre fundador de la Independencia peruana. La lectura produjo una reclamación diplomática por parte del ministro de Chile en el Perú.

Al poeta García Mérou

Saludo

Poeta que nos llegas de la región del Plata
donde el pampero mece el secular ombú,
que, en horas de infortunio, cuando la suerte ingrata
la hiel de los dolores vertió sobre el Perú,
supiste de entusiasta, de noble simpatía,
conceptos á tu lira melódica arrancar,
perdona si mi acento, desnudo de armonía,
no alcanza nuestro afecto por ti á significar.

Apóstol de las grandes, patrióticas ideas
que el credo sintetizan de egregia juventud,
poeta, bien venido á nuestros lares seas,
tú que derecho tienes á nuestra gratitud.
Si, aleve, nos negara sus lauros la victoria,
vencidos por el número, por el esfuerzo no,
tu canto á nuestro *Huascar* es pedestal de gloria
al héroe que en las aguas de Angamos sucumbió.

Tú anhelas, como un iris de vivos resplandores,
de América hacer práctica la confraternidad;
soldado de la idea, tú en bélicos horrores
no ves luz ni progreso para la humanidad.
Tu pluma, ya en las lides esté del periodista,
ya aspire de las musas al délfico laurel,

combate el insidioso derecho de conquista...
Caín no fraterniza contigo sino Abel!

¡Quién sabe! En los arcanos que el porvenir encierra
tu patria con mi patria, en fervorosa unión,
harán que desparezca de americana tierra
el gérmen de la injusta, rastrera usurpación.
Quizá si las enseñas peruana y argentina,
emblemas siendo un día de civilización,
unidas en la cumbre de cordillera andina
reclamen de un Homero los cantos de Ilión.

El blanco y el celeste de la triunfal bandera
que, en Lima, tremolara José de San Martín,
avivan en nosotros la inextinguible hoguera
de afecto por la patria del bravo paladín.
Y cuando alegre tornes á la natal ribera,
al seno de los tuyos, poeta luchador,
exprésales que en esta nación de fe sincera
para los argentinos tenemos sólo amor.

Respuesta oficial

á la Bohemia de Tacna que me honró con el diploma de su Patriarca

Salud y bendición en Jesucristo,
que fué de Galilea en la bohemia
un bohemio de marca;
yo, á quien nombráis *Patriarca*,
honra que acepto, y con la cual me invisto
porque hartas horas de fatiga premia,
desde Lima, do vivo
desempolvando el Nacional Archivo
y matando polilla
á granel, con escoba y escobilla,
os acuso recibo,
en serio más que en broma,
del galano diploma
con que jovial la juventud tacneña
en su falange enrólame risueña.

Y tras este proemio
permitidme que os diga sin empacho
que, á pesar de mis canas y entrecejo,
en mí vive el bohemio.
Yo, queridos amigos, soy un viejo
que escondido en su sér lleva un muchacho.
¿Viejo he dicho? ¡No, no! Soy joven crónico.
Es *peccata minuta* ó menudencia
lo de tener acento un algo afónico
y arrugas que hacen acto de presencia.
¿Que lo pruebe pedís? Mis *Tradiciones*,
según autorizadas opiniones,
no hacen llorar, despiertan la sonrisa;
y si rimo renglones,
ya con pausa ó de prisa,
en ellos de amargura evito el dejo:
mi buen humor retoza á borbotones,
ni lloro, ni me quejo.
Quede sentada esta verdad sucinta:
ni lágrimas ni hiel uso por tinta.
No por eso creáis, nobles amigos,
que mi alma vive siempre en carnavales,
que del dolor no alcanzan los puñales
á herirme; mas los cielos son testigos
de que al sentirme á vece circunflejo,
triste y patidifuso,
dar salida á las lágrimas rehuso
y río... con la risa del conejo.

¿Será esto hipocresía? No, señores:
mi convicción sincera
es que el hombre, si luce sus dolores
se afemina, se vuelve plañidera.
Del corazón los hondos sufrimientos
echar al sur, al este, oeste ó norte,
para que aquellos á quien nada importe
se burlen de los íntimos lamentos,
siempre lo tuve por torpeza suma,
acción indigna de una digna pluma.
Amarga es la cerveza.
Mi credo es que la copa de amargura,
con viril entereza

y con mano segura,
debe apurarla el hombre. La irrisoria
mueca del asco para el mono quede:
no es hombre el que no lucha, ni el que cede
á las penas del alma la victoria.

Por eso con vosotros, que en la liza
del existir entrais con faz risueña,
este viejo bohemio simpatiza,
pues nunca tuve el alma zahareña.
Seguid dando paliza tras paliza
á todo lo que encarne retroceso
ó humillación villana,
y no olvideis que el hombre del progreso,
el hombre del mañana,
no se abate, ni llora ó desespera,
que estudia, que razona, lee y escucha,
y en fin, que de la vida en la carrera
apercibido siempre está á la lucha.
Combatid el rastrero fanatismo
con insaciable afán. Al pensamiento
libre elevad altivo monumento;
y siempre, en vuestros pechos,
encuentre eco la voz del patriotismo
que reivindica hollados los derechos.

Yo camino al ocaso, y te saludo
Bohemia en pleno Oriente!
No cejes en la lucha del presente,
la lucha por el triunfo de la idea.
En la ardua empresa y el combate rudo,
que tu consigna sea
con el escudo ó bien sobre el escudo.

Y aquí punto final, caros hermanos,
no peque de chochez mi moraleja.
Os estrecha las manos
vuestro cofrade—*El de la Ropa Vieja.*

En el álbum de una amiga

Oye, Amelia, los viejos,
y mucho más cuando á casado apestan,
sólo son buenos para dar consejos
que poco ó nada cuestan.
Imitarlos no quiero,
pues no anhelo que digas:
el diablo se ha metido á sermonero
y con la cola está matando hormigas.
Tampoco echarte flores
corresponde á mi musa estrafalaria,
pues no soy ya la palma solitaria
que á todo viento prodigaba amores.
Amén que tu razón rechazaría
que echándola saliese de galante,
en versos más ó menos cadenciosos
sujetos á la ley del consonante,
porque aquí y en Turquía
son los poetas, sábelo, hija mía,
unos muy reverendos mentirosos.
Sólo no es verso lo que aquí te digo,
con la formalidad de un documento,
que fuí, soy y seré siempre tu atento
y muy sincero servidor y amigo.

FILIGRANAS

1890 á 1908

En 1890, y con el título FILIGRANAS, publiqué, en edición numerada de doscientos ejemplares, un librito en dieziseisavo que, por vía de aguinaldo, envié á mis amigos en lugar de la obligada tarjeta de año nuevo. No poco he agregado después.

Há más de un cuarto de siglo que, formalmente, me despedí de las Musas, y sólo la tiranía del álbum y de las postales me ha obligado, de vez en cuando, á quebrantar mi propósito. Resultado de afectuosos y sociales compromisos, las FILIGRANAS no pasan de pecados veniales contra la Poesía.

Tengo para mí que la literatura de álbum reviste carácter especialísimo, y que ella excluye largas tiradas de versos. Las galanterías, los piropos, han de propinarse en dósis homeopática para que lo dulce no empalague.

Creo también que en álbum ó tarjeta no debe aspirarse á la originalidad. A lo sumo cumplirá al poeta vestir, con más ó menos primor, las zalamerías con que, durante siglos y siglos, han venido los hijos de Apolo, y aún los hijastros, ensalzando á la mujer. Además ¿qué se solicita de un escritor? Su carácter de letra y su firma ó garabato al pie de un pensamiento. Bastan, pues, poquísimos renglones rimados para salir airosamente del compromiso.

Explíquese así el lector las reminiscencias que, en FILIGRANAS, encontrará de poetas españoles, franceses, italianos é ingleses. He cuidado sólo de que la forma, la estructura de los versos me pertenezca que, en cuanto á la paternidad de las ideas, el día del Juicio, en el vallecito de Josafat, y á la hora de encender faroles, cada padre reconocerá á sus hijos, no sin agradecerme el vestido nuevo que á muchos puse. Consígnolo, como respuesta anticipada, á la acusación de plagiario.

Preludio

Pues, señores, francamente
que si hoy echo
á luz pública el presente
pastel de versos, que he hecho
á despecho
del propósito formal
que hice un día
de dar á la Musa mía
el adiós más patriarcal,
es (y guárdenme el secreto)
porque ha salido un sujeto
con la antífona de que,
por orgullo ó tontería,
he dado atroz puntapié
á la noble Poesía.
Yo, señores, verdad pura,
soy humilde;
y no aguanto se me tilde
de ser zote
ensimismado
que, en la Prosa, se cree alzado
á la altura
del sabio autor del QUIJOTE.

Cierto que ya no me place
andar poniendo en carteles
(cosa que hace
gracia á poetas noveles)
amor, goce ó desventura

propios, que los sentimientos
íntimos es gran locura
echar á los cuatro vientos.
¿Gana algo la humanidad
con saber esta simpleza:
que me duele la cabeza
que es una barbaridad,
sólo porque me hizo un feo,
en fealdad infinito,
la hembra de mejor palmito
y de mejor *cututeo*
que pasea la ciudad?
¿No es verdad?

Pues bien, estas FILIGRANAS,
lector, como verá usted,
si es que me hace la merced
de querer honrar mis canas
con leer este librejo,
le probarán que, aunque viejo
y con vida un tanto ascética,
aún no he olvidado el manejo
de la herramienta poética.
Versos hechos por que sí
y porque me dió la gana,
lo que es, en lógica sana,
razón, y no baladí.

¿FILIGRANAS? ¡Cómo! ¡Qué!
¿Estamos haciendo el oso?
Pues no es poco pretencioso
el tal autor!—dirá usté,
y dirá mal, por mi fé.

Por supuesto
que no hallara más modesto
título, ni á tres tirones,
mi mente ática,
para rimados renglones
en cantidad homeopática.
FILIGRANAS, sí señor,
se llama este libro pobre.

¿De oro? No... de similor.
¿De plata? Menos... de cobre.

A Margarita

(En su álbum)

Te dió su nombre una flor
y su delicado aroma;
en tus pupilas asoma
de la inocencia el fulgor;
á tu labio tentador
dió su púrpura el coral,
y en tu talle angelical
hay, Margarita hechicera,
la esbeltez de la palmera
mecida por el terral.

Consejo

Cristiano y caballero, tu corazón y labio
perdonen al que agravio
cobarde te infirió;
mas olvidar la ofensa, borrar el torpe insulto
de la memoria... hágalo el sinvergüenza estulto,
el hombre digno, no!

Peligrosa

Miré tus ojos
sólo una vez
y casi, casi jurarte puedo
que me quemé.
Con esos ojos
que Dios te dió
y que más rayos despedir saben
que el mismo sol,
no el parque vayas
á visitar,
porque, de fijo, que el centinela
te grita:—¡atrás!
Cabo de guardia,

volando aquí,
que á incendiar vienen la dinamita
del polvorín.
¡De una desgracia
líbrenos Dios!
Con esos ojos aquí no se entra
porque hay peligro de una explosión.

En el álbum de una viajera

Adiós ¡oh peregrina, que ves correr las horas
corriendo infatigable de una quimera en pos!
Que en tu camino no halles espinas punzadoras,
que nubes en tu cielo jamás consienta Dios.

Curiosidad

No por forma de estricta galantería
de hombre cortés
te dije, há pocas tardes:—señora mía,
beso sus piés—
pues te los vi, al descuido, cierta mañana
sin la botina,
y de decir á gritos me entró una gana
¡cosa divina!
Desde entonces, curioso, pues Dios lo quiso,
descubrir quiero
si tienes algún ángel del Paraíso
por zapatero.

A Angela

A mí, ratón que roe los pergaminos,
rival, por lo coplero, de Calaínos,
hombre que á la polilla le da batallas
y que, dormido, sueña con antiguallas,
tú, perla de la Antilla que España abona
como joyel preciado de su corona,
me pides cuatro rasgos, cualquier simpleza,
tú, reina que te impones por la belleza!
¿Que por ti al aire quieres eche una cana?
¡Vaya con el capricho de la cubana!

¿A qué me pides versos, amiga mía,
tú que eres encarnada la Poesía?
Hurí del Paraíso que ideó Mahoma,
que, aún tibio, de los cielos traes el aroma,
que, en vez de labios, muestras corales rojos,
y que estrellas del éter luces por ojos;
tú que de las Palmeras que Cuba cría
tienes la gentileza, la gallardía
con que mecen sus copas piramidales
al soplo de las brisas primaverales,
no, tú no necesitas que vieja pluma
de tu hermosura ensalce la gracia suma,
tú la maga hechicera que, en los salones,
alfombra va pisando de corazones.
¡No! no te escribo versos... te haré ese ultraje.
Ya que todos te rinden pleito homenaje,
ya que no hay alabanza que á ti no suba,
seré más insurgente que los de Cuba.
No te he de escribir versos así me emplumen,
tú mereces de Byron el alto numen,
y te devuelvo el álbum, Angela hermosa,
con líneas, como mías... de versi-prosa.

Sic semper

Una estatua de corcho y otra de oro
del mar cayeron en el hondo abismo:
se hundió la que valía gran tesoro
y la otra se salvó del cataclismo.
De la santa justicia con desdoro
entre los hombres vi pasar lo mismo:
aquel que vale se hunde en mar ignota;
pero el hombre de corcho siempre flota.

Pensamiento de Heine

Cuando el poeta hasta la prosa baja
rayos de viva luz envuelve en paja.

Galantería

Diz que coral y perlas de gran valía

de un monarca robaron á la corona.
Si en tu boca se fija la Policía,
á chirona, á chirona,
vas por ladrona.

Cabellos blancos

No los arranques, no los ultrajes,
pálidas flores de invierno son;
acaso, acaso les prestan savia
latidos últimos del corazón.
Para las tumbas, joven, respeto;
para las canas, veneración;
que toda cana flor es que brota
sobre el sepulcro de una ilusión.

Verdad como el puño

Hay nombres que se imponen por tanto oir citarlos;
hay glorias que son glorias á fuerza de gritar;
y sin examen somos adoradores ciegos
ó lacayos de alguna muy gran vulgaridad.

Traducción

Jesús con ser quien fué (no era un cualquiera)
en un establo vió la luz primera.
¡Qué mucho, pues, que los demás mortales
vivamos rodeados de animales!

Confraternidad

(De Tristán Shandy)

Del poeta en el cuarto de estudio
un mosquito zumbaba tenaz:
el poeta entreabrió la ventana
y dijo al insecto:—tunante, ve en paz.
Prisionero no aspiro á tenerte,
que en el mundo cabemos los dos:
fuerte yo, débil tú, para todos,
moscones, mosquitos, el mundo hizo Dios.

Album

Con frases de genial galantería
hoja en tu álbum resístome á llenar:
otro en eso lecciones me daría;
pero no en desearte, amiga mía,
felicidad sin par.

A Leonor

Si yo soy el invierno
y tú la primavera;
si yo voy cuesta abajo
y tú vas cuesta arriba;
si soy el desencanto
y tú eres la ilusión;
es imposible y grande,
¡oh virgen hechicera!
que en tu álbum una página
poética suscriba.
Las Musas enemigas
de los ancianos son.

Contraste

La clemencia de Dios es infinita
y el cielo nos promete.
Perdona al que en el mal se precipita
setenta veces siete.
Y Roma, intolerante, el texto altera,
ve en el hombre un juguete,
y lo manda terrífica á la hoguera
setenta veces siete.

Album

I

Bethsabé, llevas en la pupila
las claridades del cielo azul;
se transparenta tu alma tranquila
como la infancia, como el idilio, como la luz.

II

Que Dios te acuerde, Isabel,
horas tan afortunadas
cual frescas y perfumadas
tiene flores el verjel.

III

Por sendero de rosas purpurinas,
bella niña, hoy caminas.
¡Nunca hieran tu planta las espinas!

IV

Yo sé de vos, señora,
que sois encantadora,
que un ángel os dió rostro y otro ángel corazón
Por eso, en este libro, lamento mi impotencia,
que humana poesía no tiene suficiencia
para cantar á seres que de los cielos son.

Pensamientos de Heine

I

Toda joven es Eva que, impaciente,
espera á la serpiente.

II

Gatazos negros miedo me inspiran,
gatitas blancas mi tirria son;
yo quise á una como á mis ojos,
y tal araño me dió la pérfida
que aún brota sangre mi corazón.

Pensamiento de Byron

Vi desatarse la borrasca horrible
en el hogar, y vi la tempestad

en furioso océano. ¿Cuál más miedo
á mi espíritu dió?—La del hogar.

Pensamiento de Lamartine

Como esta blanca página
el libro de tu vida en blanco está.
Que Dios en él escriba
lo que escribo yo aquí:—FELICIDAD.
(En otra forma)
La vida es hoja en blanco, niña bella,
y Dios escribe en ella.

Triste verdad

Es cristal quebradizo la hermosura
como el frágil espejo;
y fugitiva, Celia, la ventura
como en él de tu imagen el reflejo.

Enigmática

Aquella niña del talle leve,
de purpurina, risueña boca,
es, cuando la hablan del verbo *amar*,
más fría que la nieve,
más dura que la roca,
más falsa que la mar.

Album

Aunque á un floricultor le cause enojos,
no fué una rosa del verjel florido
quien púrpura prestó á tus labios rojos,
que fué tu boca de coral partido
la que dió tinte de rubí encendido
á la gentil y perfumada rosa
que sobre campo de esmeralda posa.

A María Teresa

Hánme dicho que dices que te holgarías
teniendo en tu álbum cuatro palabras mías,
y al anhelar tan poco, María Teresa,
que has tenido perverso gusto confiesa.
A lamentar me obligas mi mala suerte
que me priva del goce de complacerte
porque, viejo y poeta, como es notorio,
héme vuelto un sujeto contradictorio,
pues, pese á mis arrugas, pese á mis canas,
siempre veo en las niñas rosas galanas,
y rebelde la Musa ni á tres tirones
que exprese bien permite mis impresiones.
Si en ti se han reunido belleza rara
y de la inteligencia la luz preclara;
si suma de virtudes en ti se anida
y todo te promete dicha en la vida;
si eres, María Teresa, flor primorosa
de esta bendita tierra de Santa Rosa
¿cómo podrá cantarte con desenfado
poeta á quien las Musas ya han jubilado?

A Mercedes

Honra tu nombre, pues honrarlo puedes,
pródiga para mí siendo en mercedes.

A un político

¿También tú, cobarde,
imitas á Pedro,
que negó al Maestro
en la hora suprema del conflicto, dí?
O es que desde el drama
fatal del Calvario,
en la tierra abundan
los ensabanados de Getsemaní?

Album

Siempre para las hermosas
reservaron los poetas
camelias y tuberosas,
margaritas y violetas.
Ya no tengo ni las flores
de culta galantería,
ni los ensueños de amores
de una edad que no es la mía.
Para ornar tu cabellera
y merecer tus sonrisas
¡con cuánto placer tejiera
corona de minutisas!
Mas ni el festivo galán
ni el bardo de amores soy:
mis canas diciendo van:
cuánto va de ayer á hoy!
Y aspirar fuera acción mala,
que en mí provocara escándalo,
el perfume que se exhala
de tu abanico de sándalo.
Acepta, pues, de buen grado
sólo amistoso interés
del poeta jubilado
que humilde besa tus piés.

Pregunta sin respuesta

¿Qué cosa es la Verdad?—le preguntaba
Pilatos á Jesús de Nazareth.
Veinte siglos de entonces han pasado...
—y la pregunta en pie.

A Lastenia

Si yo, Lastenia, fuera hoy el mismo
que, allá en sus días de juventud,
conceptos ricos de orientalismo

halló en las cuerdas de su laúd,
en este libro te escribiría
rimas gentiles de grato són,
que fué galante mi poesía
y fué sincera mi inspiración.

Mas ya á mis canas esos primores
de fantasía sentaran mal:
nunca el invierno produjo flores,
nunca en el yermo brotó el raudal.
A tí, que tienes claro talento,
virtud, belleza, no ha de ofrecer
fútiles frases que arrastra el viento
el que tu amigo se honra con ser.

A un pirata callejero

Para dar picotones á las mujeres
¿ser pulga quieres?
Sáquete bien el diablo de esos andares;
no te aplaste una suegra con los pulgares.

Desdeñosa

De palabras que el viento se lleva
haces bien no atendiendo al rumor;
si hay crisol en que el oro se prueba
¿por qué aquilatarse no podrá el amor?
No me admira al mirarte tan niña
que el desdén en tu faz siempre esté:
no seré quien por eso te riña...
pues sabes ya dónde te ajusta el corsé.

Confidencia

Le dí la mano, me estampó un beso,
pidió una cita y...—¡Ojo con eso!
que son las citas trampa con queso.

A Rosa

Un libro ayer leí
en que, hablando de flores peregrinas,
dice el autor:—no hay rosa sin espinas—
Te ruego no las tengas para mí.

A un escritor

¿Qué nube claridad robó á tu mente?
Infame causa defendiendo estás:
te absolverán los hombres del presente,
mas la justicia histórica... ¡jamás!

A Pepita

Si eres así de pepita
tan bonita,
¡por vida de Satanás!
¿de pepa cómo serás?

Receta

Le preguntaba al médico
cierto municipal,
que andaba en pos de fósforo
para curar la anemia cerebral,
qué cantidad de peces convendría
comiese cada día.
Y contestóle el émulo
sabihondo de Avicena:
—Para su anemia crónica
bastará que se almuerce una ballena.

De la Biblia

El lujo en la mujer ¡quién lo creyera!
nació en el Paraíso

con la hoja de una parra ó de una higuera.
Después... la modista hizo lo que quiso.

Un Cicerón

(Semblanza parlamentaria)

De sesos de loro
embutidos en busto de mico
resultó este orador pico de oro;
lo afirmo y publico.

Cuestión de santidad

Santos de la cintura para arriba
los concibe mi mente sin trabajo;
mas lo difícil es que ella conciba
santos de la cintura para abajo.

Cuentecillo histórico

Pido á Dios verlo á usted pronto
con la faja de ministro.
—Gracias, amigo, mil gracias;
para tanto no he nacido;
yo me conozco y no tengo
talento, estudios, ni tino.
—¡No embrome! Muchos más brutos
que usted ministros han sido.

Aforismo

Debe temerlo todo
el viejo imbécil que con joven casa;
y nada temer debe
joven que á viejo su existencia enlaza.

Lección de Química

Que todo lo explosivo acaba en ITA
lo prueban dinamita,
melinita, lydita,
gelvita, panclastita,
mi mujer Margarita
y mi señora suegra doña Rita.

Lagrimas

Lloraste ayer de alegría
y lloras hoy de aflicción!
¡Por cuánta varia razón
gustamos, amiga mía,
la savia del corazón!

Filosofía

La vida es un libro descompaginado
y forman sus hojas confusa Babel.
Por eso en el mundo ¡cuán pocos, cuán pocos
lo saben leer!

Falsificación

Hay de cristal de roca
brillantes que cual sol relampaguean.
¡Cuántos hombres que brillan en el mundo
son cristal de Bohemia!

Autógrafos

I

Autógrafo me pides, cualquiera bobería
rimada, un pensamiento, en prosa ó poesía;

y ¡cómo resistirme, dulcísimo embeleso,
si tienes unos ojos que dicen: *date preso!*
Y exclamo al verte tan bella
corazones conquistando:
—¡Virgen Santísima! ¿Cuándo
cayó del cielo esta estrella?

II

Pues exigís, señora,
que mi modesta firma aquí se vea,
sabed que mi alma para vos desea
que, libre de tormenta abrumadora,
cielo sin nubes vuestra vida sea

A Amalia Puga

Dios puso en tu rostro muy dulce sonrisa,
un astro á tus ojos prestó su fulgor,
y tiene tu acento, gentil poetisa,
cadencias de himno y arpegios de amor.

A un politiquero

Aspira á todo, á todo:
—Obispo ó Presidente—
Prefiere hacerlo con altiva frente
á hacerlo revolcándote en el lodo.
Aspira á todo en serio, nunca en broma.
Con paciencia y saliva
se llega siempre arriba, muy arriba.
En eso de aspirar sé cual Mahoma,
que aspiraba el muy pillo
hasta á guardar la luna en su bolsillo.

A Enriqueta

Los poetas, fabricantes de castillos en el aire,
dirán, niña, que es hacerte un grandísimo desaire

ıo decir muchas lindezas de tu gracia y hermosura
n los versos con que manchan de estas hojas la
[blancura.
ıunque admiro los encantos de tu cuerpo escultural,
nás me hechizan las virtudes que hay en tu alma
[angelical.

Entre mi hija y yo

¿Ves ese caballero, Angela mía?
Pues, sin ser un arcángel de los cielos,
ese hombre ha contribuído
á enjugar muchas lágrimas y duelos.
Vélo bien, conocerlo no te pese.
—Tal hombre bendecido
merece ser sobre la tierra impía.
Dime pronto, papá, dí ¿quién es ese
que prodiga consuelos?
—¿Ese?... te lo diré... vende pañuelos.

Olvido divino

Al talento del hombre puso límites
Dios, que es todo bondad;
pero olvidó ponérselos
á su bestialidad.

Contraste

Los grandes ríos y el hombre sabio son silenciosos:
no necesitan alborotar.
Los riachuelos y los pedantes son bulliciosos,
porque les falta profundidad.

Violeta fúnebre

Tu boca fué una rosa
abierta sobre nieve;

la nieve tus mejillas
que el cura besó leve.
De flores en el cielo
Dios quiso una guirnalda,
y te arrancó para ella
de la materna falda.

A un desleal

No me abraces. La perfidia
palpita en tu corazón,
lodo en que tiene mansión
el gusano de la envidia.
Está visto
que me mientes:
tus besos son descendientes
del que dió Judas á Cristo.

Perogrullada

Ultima vanidad que tiene el hombre:
un epitafio en el que esté su nombre.

Traducciones é imitaciones

I

(En una calavera)

De dos enigmas solución sabida
tienes ya ¡oh trozo de materia inerte!—
¿Dónde acaba el enigma de la Vida?
¿Dónde empieza el enigma de la Muerte?

II

En esto de temblar ante el peligro
sólo un distingo encuentro:
cobarde es el que tiembla para afuera,
valiente es el que tiembla para adentro.

III

Si en la humanidad hay lógica
es lógica bien extraña:
reniega contra las moscas
y persigue á las arañas.

IV

Todo hombre de talento
tiene su cuarto de hora de jumento.

V

La muerte es el cuchillo que Dios usa
para partirnos por la hipotenusa.

VI

¿Las perlas y las lágrimas quisieras
saber en lo que tienen semejanza?
Puestas en la balanza
falsas son unas, y otras verdaderas.

VII

Para humillar el orgullo
del talento,
hizo Dios á los tontos,
y no al jumento.

VIII

Desde Cristo, á todo hombre extraordinario
dan corona de espinas y Calvario.

IX

La moral es un corsé
que, en ciertos ratos, usamos;
pero en otros lo colgamos
de un clavo... y Dios guarde á usté.

X

Tanta sangre en tu nombre,
cristiana religión, se ha derramado
que ella, en la Cruz, las huellas ha borrado
de la sangre preciosa del Dios-hombre.

XI

Una virginidad vilipendiada:
la de una limpia espada.
Si al cielo va con su amo,
sin duda alguna
dirá San Pedro:—pase,
la once mil una.

XII

En la enguantada mano lleva el devocionario
y póstrase contrita, ante el confesionario,
la misma que fué anoche de los salones gala
y oyó de los galanes palabras familiares:
¿si querrá ser, cual otra María de Magdala,
liviana en las alcobas y santa en los altares?

XIII

Eres tan pedigüeña, vida mía,
que cuando Dios te llame para el cielo,
por pedir, en la misma portería,
pedirás á San Pedro un caramelo.

XIV

A la tumba de todos los maldicientes
en busca de ponzoña van las serpientes.

XV

Para ascender con adular te basta:
la lisonja es jabón que no se gasta.

XVI

Mi mujer es un libro, mucho sabe.
—Pues préstemelo usted cuando lo acabe.

XVII

Niña que amores inspirando vives
como si fueras ángel de retablo,
pues por resmas epístolas recibes
¿cuándo te llegará la de San Pablo?

XVIII

El crimen es, señores,
decía un juez,
un cambio á retaguardia
de la honradez.

XIX

Saben mucho los viejos ¡qué sandez!
Los años no dan ciencia... dan vejez.

XX

El pueblo es un enfermo,
como cualquiera,
que cree sanar cambiando
de cabecera.

Génesis

Estaba el padre Adán en el Edén
perfectamente bien
con Eva, entre las flores del jardín
jugando al pollo ciego y el pin-pin,
cuando una sierpe atroz de cascabel
(suegra en embrión) acometió al doncel;
y diz que desde entonces le fué al tal
completamente mal.

Ante el Juzgado

Muy bien impresa se ostenta
en mi cara la honradez,
—dijo el reo. Y dijo el juez:
—Sí... Salvo erratas de imprenta.

Electricidad

Es una suegra eximio divisor,
y es la pobreza el aislador mejor.

Fatuidad de los chicos

A un elegante, enfermo
y moribundo, le picó en la pata
una pulga, y gritó la mentecata:
—ya dejo agonizando al paquidermo:
mi picada lo mata.

A Gaudencia

Desde que estudié latín
(ya hace fecha, amiga mía)
se me clavó en el magín
que *gaudentia* es alegría.
Y á fe que pocas mujeres
saben su nombre llevar
como tú, Gaudencia, que eres
alegría de tu hogar.

Tonto

A tus piés, hermosísima coqueta,
(dijo un vate) pasara el día entero—
¿Quién tal cosa expresó será un poeta?
—¡Quiá! Será un zapatero.

Claris Verbis

No hay flor de primavera ó de verano
que roída no esté por un gusano,
y en ti es la vanidad, preciosa Zoe,
gusano vil que el corazón te roe.

Política

Todo puede faltarle al mandatario
que por el bien de su nación se afana:
no han de faltarle ingratitud villana,
ni Judas, ni Calvario.

Murmuración

Muchos medran del mundo en las marañas
porque hermana ó mujer tienen hermosa.
(Es muy corriente cosa
por las faldas subir á las montañas)

Reproche de alcohólico

¿Qué le costaba á Dios la mar salada
hacerla de aguardiente?—¡Nada! ¡Nada!

Ardorosa

Soles tus ojos,
tus labios fuego,
un volcán tu alma...
Digo ¿habrá más calor en el infierno?

Piropo

Luces, niña, cordón de escapulario
sobre el cuello de tul de la camisa...

¡Qué altar, padre vicario,
para decir en él misa tras misa!

Album

Dios guarde en el cristal de tu conciencia
del cielc azul la limpia transparencia.

A Cristobalina

Archirrevolucionarios
son tus ojos por lo visto,
desde que por ellos Cristo-
balina, guerrean varios.
Quien ojos luce incendiarios
como tú, no es bueno se halle
cruzando libre la calle
y provocando atropellos...
¡Nada! A la cárcel con ellos
y... que el carcelero talle.

Antítesis

Rara vez el ejemplo y la doctrina
caminan de bracero:
San Pablo predicaba el matrimonio,
y se quedó soltero.

Miseria humana

Hay mucha buena gente
que con placer leería
una necrología
diariamente.
Bien dijo Malthus, pensador profundo:—
no hay sitio para tantos en el mundo.

Mal afeite

Rubio era su cabello. Ha encanecido
desde que viste el luto del marido.
En este espejo has de mirarte, niña,
tinte para no usar que se destiña.

Absurdo

¿Servicios haces y quieres
también agradecimiento?
Pues, hijo, sólo un jumento
aspira al goce de dos placeres.

Pedrería celeste

Para darte esos ojos de luz suprema
Dios quitó dos brillantes á su diadema,
y para darte labios tan carmesíes
tomó el rojo encendido de dos rubíes.

Desaseo

Las uñas no se corta mi escribano
porque ellas (sea magro ó sea vigilia)
dan el pan cotidiano
que come la familia.

Ley fatal

¡Malditos cuarenta años!
una coqueta murmuró con pena.
Cuando los cumple la mujer los hombres
la ponen en perpetua cuarentena.

Album

I

Un vate que murió de hipocondría,
con aire contristado me decía:
—Firma de viejo, en álbum de una hermosa,
es más bien epitafio que otra cosa—
Yo digo que los viejos, al firmar,
dejan una reliquia en un altar.

II

Condesa, en tu Granada, muslímica hechicera,
no pude hallar palmera
que iguale tu esbeltez;
ni del Generalife los mágicos jardines
mostráronme jazmines
más blancos que tu tez.

III

Encanto tiene infinito
de tus ojos el fulgor:
en ellos el cielo ha escrito
todo un poema de amor.

Receta

Si te enfermas de amor mal retribuído
hazte curar con el doctor Olvido,
el cual sabe hacer curas
lentas, pero seguras.

Colón

Si sublimara á Cristo
de la crucifixión la escena impía,
á ti, Colón, los grillos te agigantan

que, en la tierra, no hay rosa sin espinas,
no hay redención sin cruz infamatoria,
ni gloria sin envidias.

Predicción

Yo vi en los miradores de Lindaraja
que una ave hizo su nido, no sobre paja,
sí sobre el azulejo de piedra dura
que del Korán conserva solemne sura.
¡Oh niña esquiva!
si no tienes el alma de roca viva
ya habrá quien logre en ella, galán cumplido,
labrar, y para siempre, de amor el nido.

En el álbum de una andaluza

De tu boca de rubí
por conquistar esperanzas,
airados rompieron lanzas
abencerraje y zegrí.
De Kásida nazarita
tu voz tiene el embeleso:
hay en ella algo del beso
que dentro el alma palpita.
Yo, cristiano y trovador,
y de americana tierra,
no sé decir cuánto encierra
tu rostro de seductor.
Mas por ti dará un sultán,
niña de la crencha blonda,
los diamantes de Golconda
y las suras del Korán.

A Didy

Sé que en el cielo un ángel tiene enojos
porque envidia la magia de tus ojos.

Maravillas del siglo XX

En este siglo de las dos incógnitas
va á ver el mundo lo que nunca ha visto:—
la paz universal y alguna autógrafa
carta de Jesucristo.

Lo de siempre

¡Pueblo! por darte libertad peleo,
en sus proclamas estampó un magnate.
El triunfo vino tras feroz combate
y ¿tuvo el pueblo libertad? Lo creo...
Tuvo la libertad de Prometeo,
que es la de desprenderse las lagañas
cuando el buitre le roe las entrañas.

En el confesionario

Tentación de la carne!!! Ya está en baile
la carne (al penitente dijo el fraile).
Pon la carne en salmuera...
lo que te tienta á ti es la carnicera.

En la primera página de un álbum

Muy honrado, Judith me considero
con que me hagas de tu álbum el portero.
Sépase, pues, que dejo libre entrada
á toda musa bien acicalada,
y en cuanto á prosa dejo el paso franco
al escritor que calce guante blanco.
A nadie le consiento
más de una hoja en que estampe un pensamiento,
porque el álbum no tiene otro propósito
sino el de ser de autógrafos depósito,
y que nunca sus páginas abrumen
bellacos á quien Dios no dió cacumen.

Apotegma

La envidia es como el humo. Cuando nace
la llama nace el humo.
Después el mucho fuego lo deshace.

Semiplagio

La vergüenza empeñó cierto poeta
para obtener sillón de diputado.
Lo malo es que sin ella se ha quedado
porque se le perdió la papeleta.

Elena

(Corona fúnebre)

Fué como nota plácida
de una arpa angelical,
como aromada nube
de incienso en el altar.
La nota y el aroma,
en rápida espiral,
flotando en el espacio
al trono de Dios van.

A Cristóbal Colón

Si empequeñecer tu gloria
quisiera envidioso un hombre
y el renombre de tu nombre
vulgarizar en la Historia,
para alcanzar triunfo tanto
le bastara al badulaque
lograr que en el Almanaque
te matriculen de santo.

Naderías y Postales

¡Estudiar! ¡Estudiar! Ya eso no se usa.
Nace hoy todo mamón con ciencia infusa.

—

Es el desdén en tu purpúrea boca
mucho más duro que el cristal de roca.

—

Paloma sin hiel era la niña bella;
pero es hiel sin paloma la madre de ella.

—

¡Refrena, oh pueblo! tu entusiasmo loco:
los ídolos de barro duran poco.

—

¿Qué es la vida?—pregunta un papanatas.
—Un libro con muchísimas erratas.

—

Los juramentos de cariño eterno
suelen ser la antesala del infierno.

—

El amor, de la vida en la jornada,
es casi siempre píldora dorada.

—

¿Será un ángel caído esa mujer?
¡No! (pero está al caer).

—

Toda joven, lo tengo por seguro,
si sueña habrá de ser con el futuro.

—

El primer juramento
de amor es como el prólogo de un cuento.

—

¿Si tu novio en saber tendrá interés
cuánto en polvos de arroz gastas al mes?

—

A las pasadas edades
les echa pan nuestra edad,
en que campan nulidades
henchidas de vanidad.

—

Un beso que no es dado en boca plena
es... como una alma en pena.

—

Aunque camino entre abrojos
y es ya de viejo mi historia,

creo mirar en tus ojos
un trasunto de la gloria.

—

Astro eres, yo soy nube
que á tu altitud no sube.

—

Tus ojos de fuego, mi pecho de yesca...
Si no fuera viejo teníamos gresca.

—

Dijo, al verte, un diputado
de la sierra,
que es tu aire tan agraciado
que á Júpiter diera guerra
en el Olimpo estrellado.

—

Niña, que tu belleza es sin rival
lo declara el sufragio universal.

—

Conquistas más que el Cid, si por la calle
luces tu gentil talle

—

Me han dicho que pareces
ángel del cielo,
y que ya estás en punto
de caramelo.
Tú necesitas
novio que te haga muchas
purisimitas.

—

Como tus ojos vi pocos,
ángel de mi devoción:
son, sin exageración,
de luz eléctrica focos.

—

Existe en tu belleza tal encanto
que harás prevaricar al Padre Santo.

—

Dios belleza te dió y alma de artista:
¿qué mucho que hayas hecho mi conquista?

Armas son la hermosura y el talento
á las que siempre rindo acatamiento.

—

Ni el Papa niega bendición papal,
ni yo mi garabato á una postal.

—

Tu corazón no es hecho
de dura roca.
Esa dureza tiene
vida muy poca.
Niña bonita,
Amor tiene potencia
de dinamita.

—

No hagas caso de ese tonto,
pues sus frases de amor son
como pompas de jabón
que se desvanecen pronto.

—

Dice quien de tus ojos
admira el brillo:
—¡Dios me libre de ustedes,
buen par de pillos!

—

Cuando en el mar te bañas no hay olas que se [enojen
la sal que á ti te sobra las olas la recogen.

—

No es corazón aquel que no palpita
mirando á una muchacha tan bonita.

—

En barquito de papel
me embarcara, amiga mía,
con rumbo hacia tu verjel,
para aspirar la ambrosía
de tu boca de clavel.

—

Me han contado tus vecinas
(chismes son de vecindad)
que enloqueces y dominas
al que mira tu beldad.

—

Luces, niña, en tu mirada
angelical,
resplandores de alborada
tropical.

—

Esta sí que es mujer de ringo y rango,
y el que otra cosa diga es un guarango.

—

Niña, cuando te miro
uisiera darte el alma en un suspiro
ue, aunque viejo, en ti encuentran mis sentidos
s entusiasmos de mis tiempos idos.

—

En ti, niña, la gracia se enseñorea
del clavel que en su talle se balancea.

—

Aquel que me dijera que tú no tienes sal
diría un disparate extrapiramidal.

—

Mis alas quemaría, si mariposa fuera,
de tus ardientes ojos en la vivaz hoguera.

—

Luces en tu belleza encantadora
rayo de luna ó resplandor de aurora.

—

Para pescar á un novio
¿qué más anzuelo
que tus zalamerías
de ángel del cielo?

—

Se le fué la mano al cura parroquial,
pues te puso, al bautizarte, mucha sal.

—

Quien de tu amor no anhele las cadenas
no tendrá ¡vive Dios! sangre en las venas.

—

No es mentira de poeta
sino la pura verdad,
que es una preciosidad
la dueña de la tarjeta.

—

El corazón me ha robado
la gracia de tu persona:
y yo digo atribulado—
¡Ah, ladrona!

—

Si el Congreso del Perú
premiara á la más bonita
de seguro, Margarita,
que el premio lo obtienes tú.

—

Ruega á Dios que el Gobierno no me haga un día
Prefecto ó Intendente
de policía;
pues sin pocas ni muchas vacilaciones
á la cárcel enviaba, seguramente,
á tus ojos que son grandes ladrones
de corazones.

—

Hilo de perlas entre rubíes,
ostentas, niña, cuando sonríes.

—

Tienen tus ojos, al través del velo,
refulgencias del cielo.

—

Para copiar lo que hablan tus ojos, vida mía
te juro que quisiera saber taquigrafía.

—

Niña bella, niña bella,
la de ojos fascinadores:
tus pies pequeños por huella
hacen brotar lindas flores.

—

Julia, si á tu belleza peregrina
se la busca rival,
yo sé que hay quien opina
que tendrás el sufragio universal.

—

Aunque tu cielo no he visto,
Señor mío Jesucristo,
la dueña de esta postal
es un ángel celestial,

muy hechicero y muy listo.

—

Aunque muchas bonitas son tus rivales,
pocas habrá que valgan lo que tú vales.

—

No hay talle que seduzca como tu talle
dicen los que te miran cruzar la calle.

—

¿Quién no caerá de hinojos
ante el fulgor, Matilde, de tus ojos?

—

Me han contado unos duendes muy parlanchines
ie envidian tu belleza los serafines;
que el que va á la iglesia con toda prisa,
te halla en el camino, ya no oye misa.

—

Que en el carro triunfal de tu belleza
siempre luzca de tu alma la pureza.

—

Si luces en paseo tu rostro hermoso
hasta el santo más santo pierde el reposo.

—

Me han escrito, niña hermosa,
desde la banda Oriental,
que eres tú como una rosa
en búcaro de cristal.

—

Me dicen, niña, que en los salones
haces cosecha de corazones.

—

Por cuestiones políticas un día
del cielo te expulsó la policía,
y desde entonces vives en la tierra
á muchos corazones dando guerra.

—

Si pronto no la lee el cura
la epístola de San Pablo,
á esta linda criatura
se la va á llevar el diablo.

—

Como soy buen cristiano, siempre que veo
tu figurita de ángel, digo:—*¡Laus Deo!*—

Es muy natural cosa
que alabe á Dios que te hizo tan preciosa.

—

Digo, cuando el salón con garbo cruzas,
que también en mi tierra hay andaluzas.

—

Lo de pescar á un novio ó á un pez lelo
es asunto de anzuelo.

—

Me han escrito desde allá
que es tu belleza un compendio
de las huríes de Alah.
(Gracias á Dios que estoy ya
asegurado de incendio.)

—

Que son tus ojos dicen,
en la ciudad,
asesinos que gozan
de inmunidad.

—

El vívido fulgor de las estrellas
lo puso Dios en tus pupilas bellas.

—

Tu corazón no sea un almanaque
en que esté como santo un badulaque.

—

La constancia en amor es mucha cosa:
nunca hagas el papel de mariposa.

—

Por tu hermosura barajado el seso
tiene la mayoría del Congreso.
Tus ojos son dos ladrones
(el Intendente decía)
que asaltan los corazones—
Y contra ellos ¿qué hace usía
que, en el día,
sin andar con dilaciones
no organiza policía?

—

Aunque ese chico te parezca un bobo
guárdate de él... no se convierta en lobo.

—

A enaltecer no alcanzará mi pluma
de tu talle gentil la gracia suma.

—

Poéticos primores
en mí ya sientan mal:
nunca el invierno produjo flores,
nunca en el yermo brotó el raudal.

—

En toda enfermedad hay un microbio:
en la de amor, el novio.

—

Quien no rinda á tus gracias homenaje
ha de ser un grandísimo salvaje.

—

Lima tiene la fama
de ser ciudad coqueta:
no la imite la dama
dueño de la tarjeta.

—

Si yo, señora, fuera un Sultán,
en vez de flores te obsequiaría
cuantos diamantes Golconda cría
y cuantas perlas tiene Ceylán.

—

¿Tendrás alguna amiga, Lilí bella,
que mire sin envidia
el que te cases tú primero que ella?

—

Al ser yo aún trovador
de galantería extrema,
viendo en ti tanto primor
de sobrarme hubiera tema
para una flor y otra flor.

—

¿Quién no se deshilacha
si encuentra en el paseo á esta muchacha?

—

Niña, lo que me pides
no es un arco toral;
mi firma nada vale,
pues banquero no soy... pero ahí va.

—

Si á concurso de estrellas un día
convocar se le antoja al Señor,
á tus ojos ningúna osaría
competir en fulgor.

—

Troya ardió por una Helena...
Si eres como tu tocaya,
Dios se la depure buena
al que á conquistarte vaya.

—

Caperucita encarnada,
la de la dulce mirada,
di á tu mamá... que el ya anciano
vate la besa la mano.

—

Me propongo pedir al Padre Santo
que te perdone coqueteo tanto.

—

Juramento de amor, niña bonita,
es cual palabra sobre arena escrita.

—

Tu boca, linda niña,
brindar parece un beso,
y tienes unos ojos
que dicen:—date preso.

—

¿Quién de ti no es dócil esclavo obediente
si tu aire es de reina, de reina de Oriente?

—

¿Sabes lo que me han dicho,
niña agraciada?
Que Dios te dió ojos lindos...
y el diablo la mirada.

—

Dios te acuerde mucho bien
y mucha felicidad
por toda una eternidad
de eternidades. Amén.

—

A todo galancete novelesco
envíalo á pasear con viento fresco.

—

Que soy, dice un artículo de prensa,
un libre pensador que en nada piensa.
¡Vaya un mentir de pluma baladí!
¡Si noche y día pienso sólo en ti!

—

A un capricho tu ventura
no sacrifiques jamás;
pues hastío y amargura
cosecharás.

—

El que se muere no vuelve,
y esto nos comprueba que
allá por el otro barrio
le deberá de ir muy bien.

—

Empolvarse la cara sin exceso
es ponerle al ratón trampa con queso.

—

Hoy juegas, linda niña, con flores é ilusiones,
pero no, cuando crezcas, juegues con corazones.

—

El confesor, Zoraida, cuando te vea
en el confesionario te galantea,
que hechizo tanto
hará, seguramente, pecar á un santo.

—

Todo aquel que se casa de amor loco,
después recobra el juicio poco á poco,
porque dice un refrán, que bien recuerdo,
que todo loco por la pena es cuerdo.

—

Sin que peque al decírtelo de irónico,
el amor más en boga es... el platónico.

—

Quisiera ser tu espejo, niña agraciada,
por disfrutar la dicha de tu mirada.

—

No en pergaminos rancios
está el mejor blasón:
la nobleza más alta
se halla en el corazón.

—

Tu talle ondula con el ritmo vago
del junco que se mece sobre el lago.

—

En esta época tan loca,
es moneda callejera
llevar á Dios en la boca
y al diablo en la faltriquera.

—

Dicen que el mar se endulza,
si en él te bañas
niña, la de las rizas,
negras pestañas.

—

Dios guarde en el cristal de tu conciencia
del cielo azul la limpia transparencia.

—

Si en la calle te encuentra el arzobispo
y tu rostro admiró de serafín
su bendición te obsequia, con apéndice
de un piropo en latín.

—

Casarse sin amor es condenarse
á ser muy infeliz.
¿Quién vió nunca dar flores ni elevarse
á planta sin raíz?

—

Que encierren bajo llave los corazones,
pues me dicen que tienes ojos ladrones.

—

Me pego de balazos con cualquiera
que me diga que no eres hechicera.

—

Por admirar tu esbeltez
y tu sonrisa hechicera,
hasta Buenos Aires fuera
en un cascarón de nuez.

—

Yo á definir lo que es Amor renuncio:
Pregúntaselo al Nuncio.

—

¿No conocerte y quererte?
¡Eso es suerte!

Estimo en más ¿quién diría?
una postal ofrecerte
que ganar la lotería.

—

Para *robar*... voluntades
el cielo te dió patente.
¡Jesús! qué inmoralidades
se oyen en el siglo XX!

—

Como una ave bellísima en su nido
el amor en tu pecho está escondido.

—

Me dice un tu paisano
que envidian, niña hermosa,
la azucena lo blanco de tu mano,
de tus mejillas el carmín la rosa.

—

Con pétalos de una flor
y fulgores de una estrella
dicen que te hizo el Señor,
niña bella.

—

El apacible encanto de la tarde
hace en tu rostro de existir alarde.

—

Tras las rejas moriscas de Granada
parece que fulgura tu mirada.

—

A ratos me pareces sultana altiva,
y á ratos la violeta que el sol esquiva.

—

Dios te dé, buena amiga,
por plácida cadena,
de chicos muy gentiles
una media docena.

—

Quien formarse quiera idea
de las delicias del cielo,
es preciso que te vea.
Por eso cuando te vi

dije, entre admirado y lelo.
—¡Señor! ¡ten piedad de mí!

—

Afirmo que es muy cierto
que es tu boca un clavel medio entreabierto.

—

Ostentas en tus labios,
niña preciosa,
el rojo más subido
que hay en la rosa.

—

El sol de tu mirada reverbera
sobre este corazón de blanda cera.

—

De la Venus romana la gentileza
resalta en los contornos de tu cabeza.

—

Hay en tus ojos como ignota llama
algo que dice:—¡Ama!

—

En tus labios de grana tentadores
retoza una sonrisa,
pura como el aliento de las flores
mecidas por la brisa.

—

Te acaricia la ilusión,
y tan feliz como pura,
de ángel tienes la hermosura
y de ángel el corazón.

—

Ante esos ojos, rizos y embelecos
cualquiera se hace flecos.

—

Grato es para ti el vivir;
porque, si elevas la frente,
ves sin nubes y esplendente
el cielo del porvenir.

—

Dime qué estrella fugaz
dió su esplendor á tus ojos,
su fuego á tus labios rojos
y á tu sonrisa su paz.

Mi última tradición

De Bogotá arzobispo fué el señor Cuero,
que era un sabio y un santo de cuerpo entero.
El domingo de Ramos, cuando él misaba,
la misa en seis minutos finiquitaba,
pues del largo Evangelio nunca leía
más de un par de versículos, y así decía:
—Perdona, evangelista, si más no leo:
basta de candideces de San Mateo.

FIN

INDICE

